Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año II . Número 13 . SEPTIEMBRE - OCTUBRE - 2004

ESPECIAL ANIVERSARIO

ISSN 1695-1859

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics… cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.
Co-editor: Sergio Bayona Pérez.
Ilustradores: Marina Muñoz y María del Pilar Rodríguez Castillejo

Aviso Legal Importante:
Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. Las ilustración es copyright de su respectivo autor. La composición de portada es © de Sergio Bayona.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial 1
Cuentos 6
SEMBRADOR DE MUNDOS 6
por Belén Mariño Ponte
ALGUNOS PROBLEMAS EN TIERRA 16
por Sergio G. Bayona
ATRAPA ESE BOSÓN 23
por Belén Mariño Ponte
ADAM DE EPSILON ERIDIANI 35
por Omar E. Vega
Novelas 52
MADRE 52
por Germán Núñez López
Poesías 82
POR UNA ETERNIDAD CAYENDO .. 82
por Dorian Cano
TEMPO OLVIDADO 83
por Dorian Cano
Artículos 84
LA IDEA NO LO ES TODO: SUEÑOS GEODÉSICOS Y MÚSICA EN LA SANGRE 84
por Pablo Castro
EL OSCURO HÉROE COTIDIANO: RELATOS DEL PILOTO *PIRX*, DE STANISLAW LEM 89
por Reinaldo Avendaño
SERES CIBERNÉTICOS EN FANTASÍA Y CIENCIA-FICCIÓN 91
por Omar E. Vega
FRANCISCO MIRALLES 104
El rincón del lector 105
A PROPÓSITO DE LA VISIÓN DE LUIS SAAVEDRA 105
por Moisés Hassón
Noticias 107
ÁNGEL TORRES QUESADA, PREMIO GABRIEL 107
COMUNICADO DE LIBRO ANDRÓMEDA CF 109

ZONA DE DESCARGA: http://www.alfaeridiani.com
E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es
LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

Editorial

Estimados amigos:

En septiembre Alfa Eridiani cumplió un año y hemos querido celebrarlo con un especial, está vez dedicado a la clonación. La idea original era elaborar una serie de cuentos basado sobre la siguiente premisa argumental:

> Un financiero loco decide fundar una colonia en el espacio profundo. Para ello contrata una nave generacional en la que irán 100 clones suyos con la particularidad de que 50 de ellos son hembras. Sí has leído bien, a los clones femeninos se les ha extraído previamente el cromosoma Y original y se les ha insertado un nuevo cromosoma X. Para evitar los efectos de la consaguinidad, se ha realizado una búsqueda exhaustiva con técnicas de ingeniería genética de aquellos genes que pudieran ser problemáticos, genes deletéreos o que causen enfermedades. Al final de la obra se descubrirá que la búsqueda puede ser no tan exhaustiva o haya algún otro problema.

Bueno esa era la premisa de partida. Dentro de la lista recogieron el testigo **Belén Mariño Ponte** y **Sergio Bayona** quienes han elaborado tres de los cuatro relatos adscritos al tema, el cuarto fue elaborado por **Omar Vega**. *SEMBRADOR DE MUNDOS* de **Belén Mariño Ponte** y *ALGUNOS PROBLEMAS EN TIERRA* de **Sergio Bayona** tienen cierta continuidad porque sus autores lo planearon así. A la vez, representan la cara y la cruz del planteamiento argumental: En *SEMBRADOR DE MUNDOS* se ve el desarrollo de la acción desde la parte financiera de la colonización y desde la parte gubernamental, la parte que se opone a la colonización, en el caso de *ALGUNOS PROBLEMAS. ATRAPA ESE BOSÓN* de **Belén Mariño Ponte** nos muestra un planteamiento diametralmente distinto, no solo porque aborda la clonación desde el punto de vista cuántico, sino porque lo aborda desde el lado investigador, es decir, como viviría el proyecto un científico solitario pero al servicio de una pequeña compañía que intentasen absorber su proyecto en otro mucho mayor.

En *ADAM DE EPSILOM*, **OMAR VEGA** aborda el argumento desde la perspectiva de uno de los involucrados en la colonización del nuevo mundo, relatándonos sus pensamientos y sentimientos sobre su condición desde la posición extraordinaria de un ser único ante una situación única, que ningún humano ha vivido antes en la historia de la humanidad. Nos cuenta las dudas, los temores y las decisiones de este moderno Adán que ha probado la fruta del conocimiento del Bien y el Mal y que se erige en juez, jurado y verdugo de un destino planeado por Otro a quien toma como su Adversario.

Completa el apartado de relatos la novelita *MADRE* de **Germán Núñez**, en ella se nos narra las aventuras de una familia en un mundo devastado por una glaciación que acompaña a la líder del clan hacia el punto de reunión con otras tribus. Nos cuenta su autor que es la primera obra de una serie de relatos, algunos largos y otros más cortos, ambientados en este mundo post-apocalíptico, donde la humanidad no solo se enfrenta a una naturaleza hostil y al horror extraterrestre, sino también al retorno de una amenaza proveniente de un pasado que es nuestro presente. **MADRE** pertenece al final del *Ciclo de la Mantis*, una larga saga protagonizada por mujeres que lleva años creciendo en la mente de su autor.

En este número no hemos olvidado las poesías y hemos incluido dos de **Dorian Cano**. *POR UNA ETERNIDAD CAYENDO* que puede interpretarse como una reelaboración del tema de los desheredados en clave de ciencia-ficción. La poesía nos narra el sufrimiento de una niñita pobre y deforme, mutante, que aspira a la redención. *TEMPO OLVIDADO* es más complicada porque además de ser un viaje iniciático en búsqueda del conocimiento propio, está escrita en clave metafísica y no solo por citar a los Elementales, aquí fuente de toda sabiduría, sino porque es una reelaboración del Ying y el Yang, proceso de creación y destrucción de lo nuevo y lo antiguo. Seguro que hay otras muchas más referencias místicas pero esas las dejo para que las descubra el lector.

Ya en la sección de artículos tenemos *LA IDEA NO LO ES TODO: SUEÑOS GEODÉSICOS Y MÚSICA EN LA SANGRE* de **Pablo Castro**. El autor de este artículo sostiene, acertadamente, que, si bien una buena idea es fundamental en el desarrollo cualquier obra, el desarrollo literario de la misma lo es todo y que la mayor virtud de la ciencia-ficción es facilitar toda una gama de elementos increíbles y de gran envergadura ya sea por sus alcances científicos o por su fuerza y tamaño estético que bien desarrollados impactan favorablemente en el lector. Y para desarrollar su idea contrapone *SUEÑOS GEODÉSICO*S y *MÚSICA EN LA SANGRE*.

Reinaldo Avendaño en su artículo EL OSCURO HÉROE COTIDIANO: RELATOS DEL PILOTO PIRX, DE STANISLAW LEM nos cuenta que los relatos que componen está colección son una nueva muestra del buen hacer de *Stanislaw Lem*. En ellos nos encontraremos a un piloto ordinario, *Pirx*, con el que nos podríamos identificar, sometido a una serie de situaciones que analizan bien las virtudes y defectos de la naturaleza humana, bien el supuesto comportamiento de la Inteligencia Artificial basada en el desarrollo actual de la ciencia informática. No obstante «*… Todos son cuentos en los que el escepticismo de Pirx y el sentido común son los recursos de una perpleja e insegura humanidad frente a herramientas que dejan de ser fiables. …*»

Con *SERES CIBERNÉTICOS EN FANTASÍA Y CIENCIA-FICCIÓN*, **Omar Vega** nos ofrece un artículo en el que *tratará*, según nos confiesa el mismo, *de demostrar que, con el conocimiento actual de la ciencia, la creación de un ser artifi-*

cial de tipo cibernético está fuera de nuestro alcance; por ahora. Y que nuestro deseo de crear este tipo de seres, y de creer en su existencia, tiene raíces profundas en la consciencia humana, lo cual nos lleva a cegarnos ante las dificultades de su materialización.

Moisés Hassón ha recuperado una pequeña biografía de **Francisco Miralles**. Nacido en 1837, este ingeniero, artista y dibujante que merece la pena ser recordado por ser pieza importante de la historia de la CF en idioma español con su novela de 1877 *DESDE JÚPITER* y, ya en *El Rincón del Lector* una nota sobre el articulo de *Luis Saavedra LA DÉCADA PRODIGIOSA DEL FÁNDOM DE CIENCIA FICCIÓN EN CHILE. UNA VISIÓN PERSONAL POR LUIS SAAVEDRA V.*, articulo que publicamos seriado en los números 8, 9, y 10 de Alfa Eridiani. En dicha nota, se observa la profunda amistad que une a estos dos famdomitas de pro.

En la Sección de Noticias, nos hacemos eco del comunicado de la AEFCFT que anuncia la concesión del *Premio Gabriel* a **Ángel Torres** por la labor de toda una vida. Nuestra más sincera enhorabuena a **D. Ángel**. Igualmente nos hacemos eco de la ampliación de la convocatoria del *Premio 2005 de Ficción Especulativa* en su categoría de novela, realizada por Libro Andrómeda, una colección en continuo crecimiento.

A algunos de los autores los conocemos de otros números. Por ejemplo a **Belén Mariño Ponte** quién nos comunica que es Suiza de nacimiento y corazón, gallega de adopción, esta friki reparte su tiempo entre ganarse la vida como mercenaria informática, la cría en cautividad de dos pequeñas Furias destructoras de mundos, las motocicletas y otras perversiones fandomeras. **Sergio Bayona** nacío en Paraná hace 39 años y comenzó a leer cf a eso de los once, pero no sabía que era cf, hasta que se hizo más grande y empezó a comprar y a discriminar lo que compraba. Es técnico aeronáutico y Regente de una escuela técnica de su ciudad natal. Ha publicado en LiterArea de QuintaDimension, Axxon, Golwen en el Boletín de CCF y por supuesto en Alfa Eridiani. En el 91, ganó sendas menciones especiales, una en Cuasar y otra en la ya desaparecida revista Tierras Planas.

Pablo Castro (30) también es conocido de otros Alfas; cientista político y miembro del comité editorial del e-zine *Tau Zero*. Su relato EXERION fue publicado en EE.UU en julio de 2003 y en el año 2002 obtuvo el premio *Terra Ignota* (http://www.terraignota.com/segundopremio.htm) en la categoría de ciencia-ficción por su cuento MORTER. Su artículo fue publicado originalmente en Fobos 21.

Omar Vega nació en Santiago de Chile en 1958. Ingeniero en computación y master en ciencias de la computación (Canadá), trabaja en informática. Durante los '80 migró a Canadá donde hizo investigación en inteligencia artificial y en visión computacional, temas que le han servido para fundamentar sus

ideas. En la actualidad vive en Chile y trabaja en informática. En los ratos libres escribe cuentos de CF, en Español e Inglés, así como artículos. Es integrante de la Comunidad Hispanoamericana de Ciencia Ficción y miembro de Letras de Chile. Entre sus proyectos personales el sitio web El Mensajero de Santiago, www.mestgo.cl, hoy descontinuado. Sin embargo sus artículos todavía existen en la web, copiados sin autorización. (Ver, por ejemplo: http://www.renovable.com.ar/article.php?sid=27). Entre los publicados con autorizados podemos citar:

1986, Abril: Autómatas: Técnicas de autómatas finitos. Microbyte 22 (revista de computación de distribución masiva).
1984, Noviembre: Simulación Continua. Microbyte 7.
1984, Agosto: Teoría: Grafos y Computación. Microbyte 5.

Dorian Cano nació en León, Guanajuato, México —ciudad que sus habitantes creen megaciudad y que dicen debió ser la capital de su estado, donde muy pocos leen por cierto—. Director de la Revista Literaria Ochocientos (http://www.revista800.com/main.html) es gran aficionado a la lectura y aunque escritor y poeta, se considera más que nada lector y tiene la loca idea de algún día mantenerse de los libros.

Reinaldo Avendaño es chileno, estudió ingeniería civil y cultiva un gran espectro de aficiones, entre las que destaca, por supuesto, la ciencia-ficción, la historia y los viajes. Aficionado a las ciencias y Stanislaw Lem, ha sido un valor fundamental para darle peso al fanzine chileno Fobos con sus artículos; en retribución, dice sobre esta actividad: «(...) obliga a una identificación con (...) la cf en general, en el sentido de estar constantemente buscando, eligiendo, y sobre todo intentando llenar los océanos de ignorancia y, a la vez, tratar de mantenerse actualizado para poder colaborar con propiedad.»

A **Germán Núñez López** también le conocemos de otros Alfas. Según nos confiesa nació en 1974 en Barcelona, España. Inició la carrera de Historia, aunque no llegó a acabarla, completando en créditos el equivalente a tres años. Tras el cambio de siglo hizo dos master de guión para cine y TV, donde se reafirmó en la escritura y comprendió que podía dedicarse a lo que mejor sabe hacer: ordenar los pensamientos de su calenturienta cabeza y plasmarlos sobre el papel, o, en algún improbable futuro y si el cine español cambia, cosa que duda, sobre una pantalla.

Moisés Hassón, nacido en la sureña ciudad de Temuco, es Magíster en Ciencias de la Computación y un coleccionista e historiador por afición. Durante muchos años fue un activo miembro del fándom editando el mítico fanzine *Nadir*. Sus múltiples artículos e índices han sido publicados en España, Italia, Argentina, Alemania. En el libro *LA NOVELA POPULAR EN ESPAÑA 2* de la Editorial Robel se incluyen dos completos artículos sobre otra de sus pasiones, las

revistas Pulp. Tiene completo un *ÍNDICE DE LAS REVISTAS DE CF* en castellano hasta el año 1989 esperando por un editor.

En este número no queremos olvidarnos de los ilustradores. Empezamos con **Marina Muñoz**, quién ilustra con bellos trazos ingenuos y etéreos los tres primeros cuentos. Esta argentina de 26 años es Profesora de Dibujo y le gusta mucho la historieta y el fantasy art, por los que piensa que nunca va a ser una artista tradicional, con exposiciones serias y demás. Confiesa tener mucho tiempo libre debido a que no tiene trabajo y tiene mucho tiempo para dedicar a la lectura, actividad que considera tan importante como el entrenamiento en el dibujo porque da una apertura mental que no da otros medios como la televisión o el cine. A los dibujos de **Marina** se le contraponen los fuertes rasgos de personajes con personalidad y colores impactantes de las acuarelas de **María del Pilar Rodríguez Castillejo** nació en la Córdoba española, en 1977. Es dibujante, retratista y pintora. Ha ilustrado cuentos, hecho retratos, dibujado storyboard y cómics, decorado espacios y realizado varias exposiciones como la EXPOSICIÓN DE COMIC EN LA CASA DE LA JUVENTUD (1996) de Córdoba y la EXPOSICIÓN DE PINTURAS EN RTVA, agosto 2004 y otras cuantas más que por falta de espacio no citamos.

Hechas las presentaciones solo nos queda desearles una buena lectura,

Los editores

Cuentos

SEMBRADOR DE MUNDOS

por Belén Mariño Ponte

¿AHORA TAMBIÉN EL ESPACIO? Las grandes letras del titular de portada del *Citizen* se destacaron en la pantalla mientras la cuidada voz sintética del locutor leía con perfecta entonación de demagogo profesional la arenga contra la cada vez más preocupante escalada de poder de la corporación Wunder. Fuentes de las que no podían revelar su identidad pero de toda solvencia, dijo de forma que parecía estar compartiendo con su público un secreto de alto nivel, les habían filtrado ciertos preocupantes, casi escupió el adjetivo, informes sobre una inminente campaña de colonización espacial al margen de la ONU.

Michelle Wunder sonrió. Le gustaba cómo había quedado, reflejaba perfectamente aquel aire de incertidumbre y maravilla con que la totalidad del planeta observaba cada uno de sus movimientos desde la lejana fecha en que compró Microsoft al contado.

—Ha llegado la llamada que estaba esperando. —Era la voz de su secretaria a través del intercom, que se sobrepuso a la meliflua voz del locutor del *Citizen*.

—¿Es el Secretario de Asuntos Espaciales?

—No, se trata del Secretario General de la ONU en persona.

—Perfecto. Puedes pasármelo inmediatamente.

Cerró su edición multimedia del *Citizen* y en la pantalla apareció el rostro del viejo hombre, visiblemente cansado y ojeroso.

—Buenos días, Raymond. ¿Cómo estás?

—Déjate de cortesías, Michelle. Sabes perfectamente cuál es el motivo de mi llamada y exijo una explicación.

—¿Exiges? La edad te está empezando a afectar, viejo amigo.

—No soy tu amigo.

—Semántica —dijo mientras hacía un gesto con la mano quitándole importancia.

—He recibido tu mensajito. ¿Esperabas que me quedase con los brazos cruzados?

—¿Mensajito? No te he enviado ningún mensaje.

El Secretario General de la ONU agitó una edición impresa del *Citizen*.

—Este mensajito.

—El *Citizen* no pertenece a mi grupo de comunicación.

—Sé que lo compraste a última hora de ayer.

Michelle sonrió como una niña pequeña.

—Oh, vaya. Es posible. Nunca estoy al tanto de esas minucias.

—¿Qué es eso de que vas a iniciar tu propia campaña de colonización espacial? ¡No puedes hacer algo así!

—¿No puedo? Es curioso, mis asesores dicen todo lo contrario. ¿Quieres subir a mis instalaciones orbitales a comprobarlo por ti mismo? ¿Te viene bien dentro de hora y media? No quiero que pienses que oculto nada.

—No puedo conseguir un transporte en tan poco tiempo —el hombre estaba visiblemente incómodo ante la oferta que sabía que ella le haría.

—No importa. Estás en Ginebra, ¿verdad? Puedes utilizar mi ascensor espacial del Mont Blanc. Ese —añadió con una enorme sonrisa de triunfo— que tus técnicos dijeron que era físicamente imposible de construir.

—No eludas el fondo de la cuestión. Colonizar un planeta sin contar con nosotros es…

—Raymond, —le interrumpió— cuanto lo siento, debo dejarte. Me reclaman asuntos inaplazables. Lo arreglaré todo para que te permitan utilizar el ascensor. Te espero a las 11:30 en la estación. Au revoir.

***

Como ya había esperado, fue el único al que dejaron acceder al ascensor. El resto de expertos de la ONU que le habían acompañado ni siquiera fueron autorizados a atravesar el perímetro exterior de las instalaciones. Mientras ascendía hacia el espacio se preguntó qué nuevo juego se traería esta vez entre manos su antigua antagonista. Aquella magna obra de ingeniería que era el ascensor reflejaba muy bien el espíritu de Michelle Wunder: si podía hacerse,

simplemente se hacía. Las cuestiones éticas, jurídicas, políticas, eran para ella meros ornamentos que no se molestaba en disimular lo poco que le importaban. El imperio de la fisis sobre el nomos, como le gustaba afirmar.

Si era cierto que pretendía llevar a cabo una colonización particular, y todo parecía indicar que así era, había llevado los preparativos, incluida la campaña de reclutamiento de colonos, en el más absoluto secreto. Conociéndola como la conocía era obvio que no habría hecho pública su intención hasta que el proyecto estuviese terminado. ¿Cuándo partirían las primeras naves? ¿Al día siguiente? Raymond cayó en la cuenta de la fecha y estuvo plenamente seguro de que así sería. Se recriminó a sí mismo por haber acudido a aquella cita. Posiblemente lo único que pretendía Michelle era jactarse de nuevo de su superioridad, de la total y absoluta libertad de acción que tenía; recordarle lo que pudo haber tenido, lo que había rechazado hacía tantos años.

Cuando el ascensor alcanzó la estación orbital Wunder, ella ya le estaba esperando en la zona de llegada. Tenía aquella apariencia de acabar de alcanzar la treintena apenas hacía unos días, congelada su belleza y juventud a través del paso del tiempo. En realidad era mayor que él, su edad exacta nadie la conocía pero rondaba los ochenta y pico años. Y el pico no era precisamente despreciable. Milagros de la nanotecnología, milagros de la corporación Wunder. Le saludó sin estrecharle la mano y evitando el beso en la mejilla. Hasta esas minucias se le negaba.

—Bienvenido, Raymond. Se te ve muy cansado.

—Tú sin embargo estás como siempre, literalmente.

—Viniendo de ti casi podría considerarlo una afrenta.

—Me has proporcionado una mañana demasiado ajetreada para mi edad.

—Quejica. La vida no tiene emoción sin un poco de frenesí. Aunque siempre fuiste muy poco aventurero. ¿Dispuesto para la visita?

Raymond asintió.

—Algún día deberías patentar esta tecnología de gravedad artificial; es realmente buena. Los sufridos trabajadores de nuestras estaciones orbitales te estarían eternamente agradecidos.

Ella sonrió. La tradicional apertura de peón de rey acababa de efectuarse.

—Si la patentase debería contar el secreto, Raymond, y ahí es donde reside la ventaja diferencial.

—En ser la única que dispone de toda tu tecnología, lo sé. Pero algún día te ablandarás y nos regalarás parte de ella.

—Por supuesto, en cuanto mis niveles tecnológicos la conviertan en prehistórica, la donaré a la humanidad. Siempre he querido ser reconocida como la gran filántropa que soy —bromeó—. Por aquí, llegaremos enseguida.

Subieron a un pequeño vehículo que flotaba a unos cuarenta centímetros sobre el suelo. Nadie lo pilotó, se dirigió por propia iniciativa a su destino sin mediar ni una mísera orden.

—Espero que todo eso de iniciar un plan de colonización no sea más que un farol.

—No lo es. La nave que vamos a visitar está preparada para partir mañana.

—¿Mañana? No sé porqué pero no me sorprende.

—Tenía que festejar de alguna forma tu cumpleaños. ¿Cuántos son? ¿Sesenta y nueve?

—Setenta —reconoció Raymond con resignación.

El vehículo se detuvo en un hangar en el que estaba anclado algún tipo de yate espacial de líneas innecesariamente aerodinámicas. En el lateral del casco se destacaban las letras doradas que formaban el nombre *Sembrador de mundos*.

—¿Vamos a salir al exterior en eso? —preguntó al ver la astronave.

—No. *Eso* es la nave colonizadora.

Raymond estalló en carcajadas ante la atenta mirada de Michelle.

—No me hagas reír. Enséñame la nave auténtica y no lo que quiera que hayas preparado especialmente para mí.

—Te repito que esa es la nave colonizadora —su expresión se había endurecido. No estaba bromeando.

—Por el amor de Dios. ¿Qué pretendes, enviar una sola familia para colonizar un planeta? ¡Nuestras naves colonizadoras más pequeñas son doscientas veces más grandes que ese cascarón!

—De hecho no voy a enviar a nadie a colonizar el planeta. Pero es comprensible tu reacción, supone un cambio de paradigma radical en comparación con vuestra tecnología… ¿prehistórica?

***

Alexander Yushikota estaba repasando por última vez la totalidad del sistema de asignación genética. El análisis del banco de datos había confirmado la presencia de doscientos cincuenta y seis modelos genéticos válidos, todos ellos diferentes y únicos, así como casi un billón de registros de genes individuales que permitirían ajustar determinados aspectos de cada genotipo para adecuarlo mejor a su futuro entorno.

En esos momentos estaba comprobando el buen funcionamiento del protocolo automático de asignación de modelos. Las primeras generaciones serían seleccionadas automáticamente por los sistemas de control de la nave basándose en los análisis de entorno realizados en el propio planeta destino y por un criterio de máxima diversidad genética. La estrategia consistía en disponer de un número amplio de sujetos muy diferentes en las primeras fases del proyecto para así poder determinar las características que favorecían la supervivencia en el nuevo entorno. Posteriormente esa información se retroalimentaría en los nuevos modelos. Cinco generaciones estaban programadas siguiendo esa estrategia. Posteriormente el sistema podría continuar funcionando bajo aquellos parámetros o podría ser puesto en manual. La información de cómo hacerlo no se les suministraría a los pobladores antes de cincuenta años desde la llegada para evitar interferencias en la estrategia que se había revelado óptima.

Introdujo la complicada secuencia de desactivación del programa automático y pasó a revisar los interfaces de diseño manual. Permitían elegir el número de modelos de cada cosecha, los genotipos y los sexos, lo que constituía un mecanismo muy flexible. Podía emplearse para construir un único sujeto con unas características muy específicas que fuesen necesarias para alguna tarea o bien podían generarse cosechas de sesenta y cuatro sujetos simultáneamente usando la totalidad de los úteros artificiales. Si por ejemplo la proporción de mujeres por varón caía preocupantemente, nada más fácil que generar una cosecha de hembras. Introdujo las variantes en el sistema, que las aceptó sin problemas. Sonrió. Acababa de programar el paraíso de todo hombre.

Incluso podrían generarse cosechas sin variación genética alguna. Si sólo uno de los genotipos resultase viable en el nuevo ambiente, sería suficiente con restringir los datos al modelo en cuestión. Introdujo un genotipo al azar, sexos al 50% y 100% de capacidad de producción. El programa lo aceptó de nuevo sin problemas. Bien, el sistema funcionaba a las mil maravillas. Hora de reiniciar el modo automático y despedirse de tantos años de trabajo bien invertido.

La puerta de la sección de génesis se abrió. Visita. Y formada nada más y nada menos que por Michelle Wunder. Y en su acompañante Alex creyó reconocer al Secretario General de las Naciones Unidas.

—Aquí está la tripulación —decía Michelle—. Ah, hola, Alex. Os presento. Alexander Yushikota, nuestro Jefe de Equipo del proyecto Gen Viajero, Raymond Pólux, Secretario General de las Naciones Unidas.

—Es un placer —saludó Alex.

—¿Interrumpimos algo importante?

Era la forma elegante de Michelle de pedir que les dejase a solas. Alex dudó. Tenía que reprogramar el sistema a automático pero no podía introducir la secuencia secreta delante de personas ajenas al proyecto.

—Nada importante —dijo mientras apagaba el sistema—. El sistema funciona a las mil maravillas.

—Buen trabajo, Alex. Puedes tomarte el resto de la mañana libre.

—Muchas gracias, señorita Wunder.

Abandonó la sala de control anotando mentalmente que lo primero que debía hacer aquella tarde era reconfigurar el sistema automático de génesis.

—¿Esos cinco sarcófagos son los que contendrán a los pobladores?

—No, Raymond. Esos cinco sarcófagos contienen cinco androides que se encargaran de asistir a las primeras generaciones en tanto no existan pobladores adultos para hacerlo.

—¿Androides? ¿Quieres decir robots?

—Exactamente. Con cuerpos aparentemente humanos pero robots al fin y al cabo.

—No sabía que la inteligencia artificial hubiese alcanzado tal grado de desarrollo.

Michelle le dedicó una sonrisa de compresión.

—No lo ha hecho, al menos fuera de la corporación Wunder.

Raymond sacudió la cabeza. No dejaba de sorprenderle nunca.

—Y si esos no son los colonos, ¿dónde están?

—Aquí —Michelle se apoyó en el sistema informático que Alex acababa de apagar.

—Explícate, por favor.

—Ya te he dicho que se trata de un paradigma de colonización radicalmente diferente al vuestro. Yo no voy a enviar a pobres familias a través de las profundidades del espacio como hacéis vosotros. ¿Qué conseguís con ello? Nada. Hasta en los viajes más cortos, ¿cuáles son, a los satélites de Júpiter?, los colonos llegan desmoralizados después de nueve años de viaje en condiciones infrahumanas, totalmente inadaptados a la vida en un planeta con gravedad, con su sistema óseo debilitado, su metabolismo alterado casi de forma permanente y su sistema nervioso a punto de convertirse en polvo molecular. Lo único que conseguís es llenar vuestras ratoneras de seres que lo que más desean es morir para poder liberarse. No, Raymond, así no se consigue nada. ¿Ves esta computadora? Contiene más de doscientos modelos genéticos informatizados. Mis colonos serán creados en el planeta destino y no tendrán que soportar el viaje.

Los ojos de Raymond casi se le salen de las órbitas.

—¿Clonación humana? ¿Me estás hablando de clonación humana?

—No. La técnica de génesis es idéntica pero estos modelos no pertenecen a ningún ser humano concreto, han sido creados desde cero. No vamos a clonar nada, vamos a crear vida.

—Pero… pero… has tenido que experimentar con ADN humano para conseguir esa tecnología. Y eso está terminantemente prohibido en todo el Sistema Solar.

—Minucias. Si puede hacerse…

—Sí, ya sé. Simplemente se hará. Fisis, nomos y toda esa basura. Pero tus actos tienen serias consecuencias. Esta vez has superado los límites más allá de donde podías permitirte. No puedes colonizar un planeta con… con… con esos seres. No son naturales. No sabes lo que pueden hacer.

—Lo que tú llamas *esos seres* son personas, Raymond, como tú y como yo. Y no voy a colonizar el planeta con ellos. Son simplemente la vanguardia. Deben comprobar la habitabilidad del planeta y construir ciertas infraestructuras allí. La colonización se hará posteriormente. Con gente de la Tierra. Con todo aquel que pague el precio que fije para acceder al Edén que pretendo construir allí.

—¿Y a dónde vas a enviar esta nave fáustica, si puede saberse?

—Oh, el lugar concreto no puedo revelártelo. Se trata de un sistema que hemos bautizado con el nombre de Alfa Eridiani, más allá de los límites fijados para el Cinturón Porter-Reizman.

—Es decir, fuera de la jurisdicción de la ONU.

—Justamente.

—Pero es una locura. Eso está a más de nueve años luz de la Tierra…

—A 10,5 años luz exactamente.

—Se tardará más de un siglo en llegar allí. Nuestras primeras sondas aún no han sobrepasado el Cinturón.

Michelle volvió a sonreír.

—Mis sondas tardaron 28 años y algunos meses en alcanzar el sistema Alfa Eridiani. De eso hace trece años. Con la tecnología actual esperamos poner esta nave allí en algo menos de quince años.

—Estás loca. Con la aceleración que ello implica ningún ser humano soportará ese viaje.

—Por supuesto que no. Los futuros colonos no tendrán que utilizar naves para llegar hasta allí. Parte de la infraestructura que se va a construir es un receptor cuántico.

—¿Teletransporte cuántico? ¡No! ¡No puedes tener esa tecnología! ¡No puedes!

—Y no la tengo. Aún. Estamos trabajando para la resolución de algunos pequeños flecos. Pero ya conocemos las características básicas del receptor y confío en haber perfeccionado el transporte de aquí a veinte años. Sembraré de mundos las estrellas.

—No, no lo harás —gritó el Secretario General mientras salía de la sala de control.

—Sí, si lo haré —murmuró Michelle mientras lo seguía con paso calmado.

Raymond se encaminó hacia la puerta del ascensor espacial, jadeando y bufando por el esfuerzo. Estaba decidido a detener aquella locura. Si permitía que colonizase planetas sin control alguno la propia humanidad podía verse en peligro. Quién sabía qué extrañas mutaciones podrían suceder, qué nuevos recursos de todo tipo caerían en las manos de aquella mujer con un ansia de poder infinita. Había que detenerla ahora que aún estaba a su alcance.

Pero por el momento el único que se había detenido era él. Las puertas del ascensor no se abrieron cuando llegó hasta ellas y no había ningún mecanismo visible para activarlas. Michelle llegó instantes después en el vehículo que no tocaba el suelo.

—No trates de detenerme, Raymond. No trates de detener el progreso. Es un proceso irrefrenable.

Las puertas del ascensor se abrieron y el hombre entró, aunque hasta que ella no estuvo en su interior no se puso en movimiento.

—Acéptalo. Voy a colonizar un lugar al que vosotros simplemente no podéis llegar antes que yo y si no puedes llegar allí, no puedes detenerme. La tierra nueva siempre fue para los pioneros que se aventuraron en su búsqueda.

—No voy a aceptar nada. Estás hablando de hechos que aún no han sido consumados. Tu nave está aún dentro de mi jurisdicción y no conseguirás hacerla despegar.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Confiscar la nave?

—Exactamente. En su interior están todas las pruebas necesarias para procesarte a ti y a toda tu organización por violar varias leyes solares respecto a la manipulación de ADN humano.

—Si haces eso, mañana tendré tu cabeza en una bandeja sobre mi escritorio y la ONU pasará a ser de facto una filial más de mi organización.

Por toda respuesta el Secretario General de la ONU sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—Raymond, creí que si algo habías aprendido en todo este tiempo es que nunca debes empezar una pelea que no vayas a ganar. Tu teléfono no funciona aquí dentro. Sin embargo —dijo mientras sacaba el suyo y marcaba— el mío sí funciona.

—Maxwell, aquí Michelle Wunder. Lanzamiento inmediato de *Sembrador de Mundos*. … No, no me importa. Sé que está preparada para partir desde ayer, sáltate todos esos trámites burocráticos, asumo personalmente toda la responsabilidad… Que inicie el viaje de inmediato. … ¿Me estás oyendo? ¡Ahora mismo!

Michelle cortó la comunicación. El ascensor se detuvo y ella sonrió aviesamente.

—Me temo que hemos sufrido un pequeño percance técnico. Estaremos detenidos aquí un tiempo en tanto se solventa, querido Raymond. Será cuestión de… —observó la pantalla de su teléfono— … unos veintidós minutos.

Uno de los laterales del ascensor se desplazó hacia abajo dejando una magnífica vista de la Tierra coronada en lo alto por la estación orbital Wunder.

—Alegra esa cara, desde aquí tendremos asientos de primera fila para contemplar el nacimiento de una nueva era. Te prometo que el encendido de los motores del *Sembrador de Mundos* es algo espectacular, nunca antes habías visto nada igual.

© Belén Mariño Ponte

Sitio De Ciencia-Ficción
http://www.ciencia-ficcion.com el referente ineludible de la ciencia-ficción en español

Revista de Escritura Creativa
Nitecuento
Colaboraciones, suscripciones e información:
Susana García
Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona
nitecuento@teleline.es
Si te gusta leer. Si te apasiona escribir.

ALGUNOS PROBLEMAS EN TIERRA

por Sergio G. Bayona

—¿La tiene? —preguntó ansioso el Jefe del Consejo de Seguridad de la ONU a Raymond Pólux en cuanto hubieron abandonado las instalaciones en Mont Blanc.

El Sec. Gen. lo miró angustiado durante dos latidos del corazón.

—Ha partido —le dijo cansado—. La nave ha partido.

Y después se quedó en silencio hasta que llegaron al aeropuerto. Para ese entonces Raymond había cambiado su traje por otro más viejo y cómodo.

Armand Grescà bajó del auto con una maleta de aluminio encadenada a su muñeca. Se despidieron someramente y cada uno abordó un avión diferente.

La lluvia había cesado sobre el East River y las estrellas comenzaron a aparecer mientras el frío viento norte se llevaba los últimos jirones de nubes hacia Staten Island. Las luces de la Gran Manzana brillaban límpidas, lejanas y duras como las de allá arriba. Raymond estaba contemplando el cielo nocturno desde su oficina en el último piso del edificio de la ONU. Tres días atrás el cielo sobre Manhattan le parecía una promesa para la humanidad, ahora le semejaba una vieja ramera jubilada a la espera de la muerte. Michelle Wunder se había encargado de esa transformación. Su ambición había llevado a esa mujer a desafiar las leyes de los hombres más de una vez y las de la naturaleza a menudo.

Suspiró con pesadumbre. Aunque había sido arreglado a último momento y por un impulso megalomaníaco de Michelle, esperaba que la visita al Ascensor a las Estrellas hubiera servido para algo más que confirmar que la mujer estaba loca.

Michelle Wunder había surgido al mundo de las finanzas desde una pequeña empresa de microcomponentes en Dortmund. El gran batacazo lo dio cuando logró el primer procesador en paralelo comerciable para el gran público. En poco tiempo se adueñó de Microsoft cuando un anciano y hastiado William Gates VII decidió deshacerse de la mega empresa por una bagatela de un megallón de dólares estadounidenses. La moneda había caído estrepitosamente en la Gran Depresión del 29* frente a una pujante moneda euroasiática unificada, parecía que la economía mundial se reacomodaba cada cien años. Pero no todo era un paraíso económico. Desde el principio se hizo evidente que toda tecnolo-

* La Gran Depresión de 2129. La del 2029 fue una Pequeña Depresión.

gía proveniente de Empresas Wunder era de segunda línea, que lo mejor de lo mejor siempre estaba al servicio de la misma empresa. Siempre estaba un paso por delante de sus competidores, tanto privados como gubernamentales. Pronto sus empleados formaron parte de una elite de trabajadores. En barrios privados, transportes de la empresa, desde el encargado de limpieza, hasta ella misma, todo componente de Empresas Wunder era un misterio. Conseguir trabajo en una de sus subsidiarias era desaparecer para el mundo, pero nadie se quejaba. A excepción de sus oponentes.

La segunda sorpresa de Michelle Wunder fue la de patentar el genoma humano. Haciendo uso de las áreas grises en las leyes del tercer mundo sobre genética y farmacopea, compró laboratorios en África y América Latina que estaban desapareciendo bajo la presión de los megaimperios farmacéuticos estadounidenses. Haciendo uso de su dinero a discreción sus representantes sobornaron funcionarios y legisladores. El genoma humano tenía dueña antes de que nadie lo advirtiera y ésa era Michelle Wunder. Su excusa fue que las porciones de ADN que patentaba no existían en patrón alguno en la naturaleza. Decía que esas construcciones eran respuestas abstractas a problemas médicos que aún no existían. No perdió ninguno de los juicios. Green Peace se disolvió en conflictos internos y bajo la carcajada mundial cuando un periodista emprendedor descubrió que el mayor aporte de dinero para esta organización provenía de Empresas Wunder. Años más tarde se descubrió que el periodista también había sido empleado de una subsidiaria de Empresas Wunder.

Unos golpes leves en la puerta de su despacho lo sacaron de su ensueño. Cuando se volvió, estaba cerrando la puerta Armand.

—¿Obtuvo… —carraspeó —¿Obtuvo algo? —dijo en tono apagado.

Armand Grescà, el severo Jefe del Consejo de Seguridad, se tomó su tiempo abriendo su maletín y sacando papeles que distribuyó sobre el austero escritorio de caoba auténtica. Era uno de los pocos muebles que había logrado salvar de ser enviado a un museo. Distribuyó carpetas a ambos lados en tres pilas. Raymond esperó pacientemente.

—Tome la primera carpeta azul —le dijo una vez que estuvo listo.

***

Michelle Wunder estaba furiosa y no tenía a quién culpar más que a sí misma.

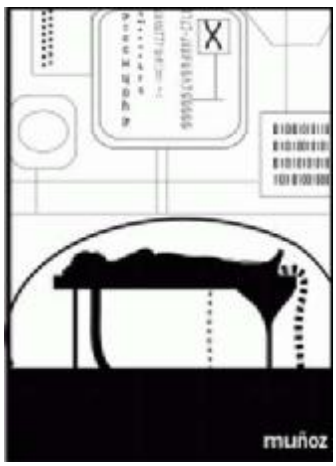
—Logró engañarlo —comentó Alexander con una sonrisa de triunfo. Consultó una pequeña pantalla en la palma de su mano—. Las respuestas y accio-

nes fueron las adecuadas. Incluso las reacciones del Secretario estuvieron dentro de los parámetros estimados.

—Destrúyela —respondió Michelle con frío enojo.

—Sí, Señorita —consintió el jefe de proyectos de Empresas Wunder—. Es una lástima… —pero no pudo terminar. La dura mirada que Michelle le lanzó cortó cualquier conato de propuesta en contra.

La mirada de Michelle se suavizó apenas y sintió que le debía una explicación a su más antiguo colaborador.



—Mira, Alex, eso que está allí no es nada, es un conjunto de ADN, con recuerdos prestados… *mis* recuerdos, pero no soy *yo*, ¿entiendes? —lo miró fijamente a los ojos, los labios empalidecidos por la tensión.

—¡Claro que entiendes! —continuó luego con una carcajada—. Si has sido tú quien me lo ha enseñado.

—Señorita… —comenzó Alexander Yushioka. Pero lo pensó mejor—. Michelle, todas las pruebas que hemos hecho, hasta la última molécula, hasta el último bit de memoria, dicen que es 99,999 % coincidente, no deberíamos desechar así porque sí todo el programa. Esta prueba ha sido un capricho tuyo, pero ha resultado positiva.

—No te pido que deseches el programa —lo interrumpió—, quiero que elimines esa prueba debido a esa deficiencia del 0,001%.

—Esa diferencia podría desaparecer si…

—¡NO! Definitivamente no a… —dudó— lo que sea que sugieres —terminó apresurada.

—Está bien —concluyó Yushioka pulsando una serie de comandos—. La prueba terminó.

En alguna habitación del complejo de Empresas Wunder un clon anónimo dejó de ser. Para Raymond hubiera sido como ver dormir a su adversario, pero no estaba allí. En las pantallas de los monitores pareció que dormía sobre una rígida mesa de acero inoxidable. En un instante sus funciones cesaron, en dos segundos nanorobots implantados en su tejido reciclaron las células fundiéndolas en una sopa orgánica que se fue por el drenaje, hacia una cámara de radiactividad que haría que cualquier molécula se escindiera en sus átomos componentes. Sobre la mesa quedó un tenue polvo oscuro, el batallón de nanorobots.

***

—Alexander Yusioka —dijo Raymond contemplando la fotografía— estaba trabajando en el programa…

—Vimos lo que grabaste —lo interrumpió Armand impaciente—. Alexander Yusioka, al menos quien llevó ese nombre por cuarenta años, murió en un accidente aéreo hace veinte años. El programa de reconocimiento de rostros lo identificó positivamente. Este es el Doctor en Sistemas Alexander Yusioka, mas una docena más de títulos en informática, matemáticas finitas y transfinitas. Publicó el trabajo total sobre teoría del caos y demostró que es posible soslayar el principio de incertidumbre en… ¿Sí?

Raymond lo interrumpió con gestos de sus manos.

—Ese era un muchacho de no más de treinta años, tal vez haya sido su hijo.

—Es el mismo Yusioka, por lo que pudimos advertir de los restos de ADN que su traje aspiró de la habitación.

Raymond se puso de pie excitado.

—¿Conseguimos el de ella?

—Casi te diría que sí, tenemos porciones de algo que podría ser el genoma humano —le decía mientras le alcanzaba otra fotografía.

En ella se veía un monstruo granuloso iluminado con luz roja desde un lado, parecía caminar sobre algo sospechosamente orgánico.

—Eso de ahí evitó que lo consiguiéramos. Es un nanorobot. Al parecer aspiraste muchos de ellos y están programados para destruir materia orgánica, pescamos este cuando estaba dando cuenta de una porción de epidermis. Luego se detuvo y dejó de funcionar.

—Parecía un buen plan cuando lo propusiste.

—Era un plan desesperado, obtener su ADN y edificar una copia para poder acceder a su empresa. Ese bichito —señaló la fotografía— es uno de muchos que trajiste, incluso no hubiera sido necesario aspirar el ambiente, los trajiste encima y también te limpiaron a ti.

Raymond hizo un gesto de repugnancia y se frotó las manos sobre el pecho.

—Ya no los tienes, o al menos no están activados. Lo importante ahora es que sabemos que cualquiera que entre en Empresas Wunder es asaltado por esas pequeñas alimañas y limpiado, lo mismo sucede con sus empleados. Para evitar lo que quisimos hacer, rapto genético.

—¿Y ahora? ¿Podemos acusarla de esto a ella? A fin de cuentas ella tiene a Alexander Yusioka.

—Tal vez pueda demostrar sin lugar a dudas que obtuvo el mapa del Dr. Yusioka luego de su muerte, ya la conoces. Le pregunta es ¿cómo logró para que él trabajara para ella?

—Lo tentó con la promesa de juventud eterna —Raymond miró directo a los ojos de su viejo amigo—. Lo sé porque yo la rechacé.

***

La *Sembrador de Mundos* había abandonado la órbita terrestre sin mucho protocolo. Sus tripulantes no tenían familiares de quien despedirse y sus pasajeros no eran más que un sofisticado programa de computadora a la espera de los primeros informes sobre el planeta que colonizaría la raza humana fuera del sistema solar.

Batiendo todas las marcas de velocidad, la *Sembrador de Mundos* dejó atrás la órbita de Plutón en el término de 24 meses. Los observadores casuales, medio planeta Tierra y todos en las colonias de Marte y Luna, pudieron ver cómo un extraño cometa se alejaba desde la órbita de la Tierra. Los noticieros se dieron a la especulación, sólo el *Citizen* daba un reporte semanal de las condiciones de los viajeros. El informe era tan técnico y árido que pronto, luego del primero, nadie les prestó atención a los demás que siguieron en forma periódica. Nadie salvo Raymond, Armand y un reducido grupo de científicos de la NASA, la AEE y la renacida URSS.

La gravedad en el interior de la nave era el producto de la aceleración. Los diseñadores de su interior habían tenido en cuenta que no habría humanos a bordo y todos los controles estaban centralizados en una interfaz a la que se conectaban los androides. Incluso su presencia era superflua y se hubiera ahorrado espacio haciéndola completamente autómata, pero cierta movilidad era necesaria para reparaciones menores y alguna que otra EVA. Primero se propusieron unos robotitos tipo araña con sus extremidades adaptadas a diferentes tareas. Más tarde un grupo de psicólogos propuso que la primera generación de colonos debía crecer contemplando a sus mayores y si éstos tenían

forma de arañas, no tendrían ni el equilibrio emocional ni el apego a la forma humana, con todas sus consecuencias, necesarios para el éxito de la colonia.

Los androides comenzaron su labor una vez que estuvieron fuera del espacio solar.

—Motores en funcionamiento. 90% del nominal. Flujo de plasma estable.

Todo el diálogo entre la computadora principal y sus circuitos redundantes se hacía a la velocidad de la luz. Decisiones y controles se hacían en un pestañeo. Los androides recibían la información y la comparaban con sus órdenes internas. No había una lamparilla titilante ni una pantalla con gráficos en ninguno de los pasillos de la nave, no eran necesarios, todo iba y venía en ceros y unos, en un lenguaje que ningún humano entendería. Todo el interior de la nave estaba destinado a la conservación de la información codificada en ADN y el transporte de las herramientas bioquímicas para su ensamblaje en el destino.

—Integridad del casco exterior 100%

—Distancia recorrida 10^{12} km. Activación del campo posterior en T -10^{6} s.

—Ejercicio de combinación de ADN completado. Inicio del Programa en T-10^{6} s.

Así pasaron los días en rutinas algorítmicas preestablecidas a medida que la *Sembrador de Mundos* se alejaba del sistema que lo creara, en pos del sueño de una mujer que en su mundo tenía que descubrir la forma de poder reunirse con sus hijos.

Dos años y medio después en la Tierra la lucha entre los abogados de Empresas Wunder contra… contra el resto de la humanidad, llegaba a su punto culminante.

Sucedieron varias cosas al mismo tiempo.

En la dirección que llevaba la *Sembrador de Mundos*, nave que el común de la gente había olvidado, se produjo una explosión de rayos gamma y equis que interfirió con los radiotelescopios de todo el sistema. Pasada la sorpresa, se pudo ver una pequeña lente gravitatoria, producto de la activación del campo repulsor de gravedad creado en la nave. Pero esto sólo lo sabían los científicos que lo habían diseñado y nadie más.

Una serie de atentados destruyeron laboratorios e instalaciones de investigación de Empresas Wunder en todo el globo. Una oscura organización ecologista se atribuyó el hecho en la Internet, pero nadie fue arrestado o perseguido.

Michelle Wunder murió en uno de esos atentados. Eso dijo un acongojado y anciano Alexander Yusioka y después también él desapareció. Los representantes de Empresas Wunder fueron liquidando los bienes de Michelle Wunder y una Gran Depresión asoló el planeta, treinta años antes de lo calculado.

—No me lo creo —rezongó el retirado Secretario General—. La maldita bruja tenía todo planeado para este momento.

© *Sergio Bayona Pérez*

La página de los bien informados:

http://www.stardustcf.com/

Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

http://theplague.ci-fi.com/

Golwen Revista Literaria

Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.

http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm

Suscripción: golwen-alta@elistas.net

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

ATRAPA ESE BOSÓN

por Belén Mariño Ponte

Michael Vaughn entró en el laboratorio G1 de las instalaciones de American Quantics en Detroit. Como siempre, el olor a ozono era intenso. Como siempre, los cables cruzaban desordenadamente la sala. Como siempre, el zumbido de múltiples aparatos mareaba nada más entrar. Y como siempre, Helga Schneider trasteaba absorta en uno de los componentes de su equipo de pruebas. El aparato soltó un chispazo y Helga dejó caer su herramienta mientras sacudía la mano y se quejaba como una niña pequeña. Vaughn aspiró un sorbo de su refresco a través de la pajita. Con aquella atmósfera era un misterio que aún no se hubiese producido ninguna explosión en los casi tres años que llevaba en marcha el proyecto. Carraspeó para llamar la atención de la doctora pero el ruido ambiental ahogó su intento.

Armándose de valor se adentró en la jungla de aparatos zumbantes. Helga se dio cuenta de que tenía visita y corrió a manipular un interruptor enorme. La sala se sumió de repente en un silencio espeso por contraste con el ruido anterior. No, el silencio no era tan absoluto, persistía un ligero zumbido que procedía de la doctora. Helga se quitó las orejeras de protección acústica y Vaughn comprobó con estupefacción que el ruido procedía de allí: la doctora había convertido el equipo de protección acústica en unos auriculares para su equipo de audio.

—El silencio es muy aburrido —trató de justificarse al ver la expresión del Director de I+D de American Quantics.

—¿Y puede concentrarse con eso?

Helga sonrió mientras se encogía de hombros. Se quitó las gafas de protección dejando en evidencia la suciedad del resto de su cara.

—Le agradezco que haya acudido tan pronto.

—El Consejo de Administración está preocupado por su proyecto. Usted había estimado quince meses para su desarrollo funcional y ya han transcurrido más de treinta. ¿Y ahora me pide que le proporcione eso?

—Eh, eh. El proyecto funciona desde hace veinte meses, mucho antes de lo previsto.

—Salvo por los pequeños flecos…

—Oh, bueno, los pequeños flecos siguen siendo pequeños y siguen siendo flecos pero casi he conseguido controlarlos.

—Casi.

—Por eso necesito más potencia de cálculo.

—¿Más potencia de cálculo? Tiene usted aquí uno de los tres Quantumm que existen, más potencia de cálculo en esta sala que toda la que podría encontrar en el continente europeo, excepción hecha de la corporación Wunder. ¿Y necesita *más*? —Vaughn sacudió la cabeza—. ¿Cuánta potencia de cálculo adicional necesita?

—Hablamos de tres ceros.

—¿Mil veces la potencia actual? Usted ha perdido la razón.

—Er… en realidad hablaba de diez elevado a mil veces la potencia actual…

Vaughn dejó caer el refresco al suelo. Tras unos segundos de estupefacción se le escapó una risita nerviosa.

—¿Me toma el pelo, verdad? No existe tanta potencia de cálculo en todo el maldito universo.

—Soy consciente de ello. Por eso no se la estoy pidiendo. Sólo le pido las especificaciones técnicas de Quantumm y sus diagramas Taylor-Rescevin.

—Soslayando el hecho de que esa información es altamente confidencial, ¿qué demonios pretende conseguir con eso?

—¿Recuerda el atractor extraño? Creíamos que interpolando el resultado podríamos conseguir estabilizar el proceso.

Vaughn asintió.

—Y nos encontramos con que el resultado no variaba, ositos quemados y más ositos quemados. Bien, pues esos ositos no eran nuestros.

—¿Ah, no?

—No. Observe esto.

Helga revolvió entre los cachivaches de la mesa principal hasta que dio con un mando a distancia. Lo apuntó a una de las pantallas y escogió la última entrada en el menú. Apareció la secuencia de video correspondiente al último ensayo. Bosón, el gato de otro de los investigadores del departamento, se coló en la zona de transmisión sin que Helga pudiese evitarlo, apartó al osito de

peluche y casi instantáneamente desapareció de la vista con un fogonazo. En la zona de recepción apareció el ya tradicional osito en llamas.

Vaughn silbó.

—Bernie va a matar a alguien cuando se enteré.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre comentar?

—Ejem, bueno. ¿Qué quiere que diga? Usted es la experta. Explíqueme qué ha sucedido.

—Universos paralelos. Ese osito ha venido de un universo alternativo.

—Uhm… —Vaughn se rascó la barbilla—. Suena demasiado… extravagante. ¿Puede demostrarlo de algún modo?

—¿Acaso le parece normal que entre un gato vivo y salga un peluche ardiendo? Aún no tengo las evidencias necesarias para demostrarlo pero estoy en ello. ¿Conoce el Gedankenexperiment de Schrödringer?

—Por favor. *Trabajo* aquí.

—Cierto, cierto. Bien, esto que estoy construyendo es el equivalente de una caja Schrödringer adaptada a un transmisor cuántico. Estoy convencida de que si consigo resolver el atractor en el punto exacto podré controlar totalmente el proceso de la transmisión, devolver este osito a donde corresponde y traer de vuelta a Bosón. Por eso necesito las especificaciones de Quantumm.

—Entiendo lo que me dice, pero se me escapa un pequeño matiz. ¿Qué tienen que ver la potencia de cálculo y el diseño de nuestro ordenador cuántico?

—Pretendo aprovechar las interferencias que hemos detectado desde el principio. Si, como es más que probable, proceden de los otros Quantumm de universos alternativos, mi plan consiste en aumentar los niveles de interferencia hasta que nuestro Quantumm pueda *colaborar* y controlar a todas esas otras réplicas y bueno, ¡bum!, tendríamos infinitos Quantumm trabajando en paralelo para nosotros.

—Eso suena interesante. Muy interesante. ¿Está segura de poder conseguir lo que me acaba de contar?

—He revisado los aspectos teóricos varias veces y nada impide que pueda hacerlo.

—Ajá. Puedo intentar vender su idea al Consejo. Consigamos o no hacer viable su proyecto, si es capaz de llevar a la práctica lo que acaba de exponerme será un gran logro para American Quantics. Sí, buena idea…

Vaughn se encaminó hacia la puerta tropezando con un sinfín de cables y objetos desperdigados mientras repetía monótonamente *buena idea*.

—Tendrá noticias pronto sobre su petición, doctora Schneider —dijo desde la puerta con una enorme sonrisa.

***

Helga se quitó las gafas y las dejó caer sobre las especificaciones de diseño de Quantumm. Estaba siendo más difícil de lo que había esperado. Quantumm era un prodigio de equilibro; alterar mínimamente alguna de sus partes llevaba a una desestabilización fatal del sistema, o al menos eso se empeñaba en repetir una y otra vez el simulador que American Quantics le había proporcionado.

La idea de rediseñar por completo el ordenador cuántico, que al principio había surgido como un mal chiste en la mente de la doctora, se estaba perfilando como la alternativa más viable para conseguir sus objetivos. A partir de los diagramas había entendido los principios de funcionamiento de la máquina y a priori no había obstáculos teóricos a sus pretensiones salvo la maldita realidad física en la que habían cristalizado aquellos principios. Echó un vistazo al listado de componentes de Quantumm. ¿Serían suficientes para construir a partir de ellos el nuevo modelo de ordenador cuántico?

¿Qué hubiese hecho Mozart? ¿Mozart? Se sorprendió pensando tal ridiculez hasta que se percató de que había sido el timbre de su teléfono móvil, colándose a través de capas y capas de concentración, el que había provocado aquel pensamiento.

Número desconocido, prefijo internacional. ¿Europa? Descolgó y las notas del Réquiem cesaron abruptamente como si todo un sindicato de asesinos acabase de liquidar sincronizadamente a la orquesta que lo interpretaba.

—Aló.

—¿Doctora Schneider, Helga Schneider?

Era una voz de mujer, ni demasiado joven ni demasiado mayor. Helga recordó vagamente haberla oído antes, pero sin poder concretar dónde o cuándo.

—¿Oiga? ¿Hay alguien ahí?

—Al habla la doctora Schneider. ¿Quién es usted?

—Michelle Wunder. Por favor, no cuelgue.

—¿Cómo ha conseguido este número? Usted y yo no tenemos nada de que hablar. Rechacé su oferta hace tres años y la respuesta sigue siendo la misma.

—Simplemente le pido un minuto de su tiempo. Tengo información que creo le interesará conocer y una propuesta que quizás desee estudiar. Un minuto tan solo. Si estoy equivocada no volveré a molestarla.

—Le quedan cincuenta y nueve segundos, señorita Wunder.

***

La puerta del despacho de Michael Vaughn se abrió estampándose ruidosamente contra la pared. Helga Schneider entró como un tornado, su cara deformada por una furia que el ejecutivo no había visto jamás en la tranquila investigadora.

—¡Militares! —gritó Helga—. Malditos bastardos, ¡han vendido mi proyecto a los militares!

Varias cabezas asomaron por la puerta atraídas por los gritos. Vaughn se apresuró a cerrar la puerta y tratar de calmar a la irritada mujer.

—¿Qué está diciendo? Su proyecto no ha sido vendido a nadie.

—No trate de engañarme. Me han informado de que los resultados de mi trabajo van a ser vendidos al ejército de los Estados Unidos.

—¿Quién le ha informado de eso?

—Entonces lo reconoce. ¡Es cierto!

—¿Quiere calmarse? Quien quiera que le haya contado esas mentiras lo único que pretendía era…

—¿Y la maldita reunión del próximo viernes? ¿También eso es falso? ¿Hasta cuando pensaba ocultármelo?

Vaughn cogió un folio de su mesa y se lo tendió a la doctora.

—Me he enterado hace menos de treinta minutos, compruebe la hora de recepción en la cabecera.

Helga leyó la nota y se sentó despacio, como si la fuerza de la ira la abandonara poco a poco.

—No sé quién ha intentado engañarla con este asunto, pero créame, doctora Schneider, no hay nada turbio en todo esto. Trabaja para nosotros, no para los militares. Sabe desde un principio que recibimos fondos gubernamentales y de hecho están muy interesados en la tecnología que está desarrollando con vistas a la colonización espacial.

Helga dejó la nota sobre la mesa. Decía que la reunión sería con un comité del Gobierno y que debería preparar una exposición del trabajo realizado y una pequeña demostración del estado de desarrollo del proyecto.

—Está bien, le creo —se levantó, erguida la cabeza, fría de nuevo la mirada que clavó en los ojos del Director de I+D—. Pero recuerde que si acepté trabajar para ustedes fue única y exclusivamente porque eran la única empresa al margen de la corporación Wunder que podía proporcionarme lo que necesitaba para mi proyecto. Conoce mi animadversión hacia el monstruo que es dicha corporación y sabe que no quería en modo alguno ayudar a crecer a la bestia. Pero si hay algo que rechace con más fuerza que a la Wunder, eso son los militares.

Durante unos segundos su mirada fue tan profunda que pareció atravesar a Vaughn, buscando directamente su alma.

—Por su bien espero que lo que me ha dicho sea cierto, porque destruiré mi trabajo antes de verlo caer en manos de quienes los utilizarían para sembrar muerte y destrucción a su entero albedrío.

El escalofrío que recorrió la espalda del Director de I+D le hizo comprender sin lugar a dudas que lo haría.

***

El Consejero Delegado de American Quantics observaba el trabajo de la doctora a través del ventanuco de la puerta del laboratorio G1 cuando se reunió con él su Director de I+D.

—¿Algún progreso, Michael?

—No lo sé. Los últimos cuatro días ha estado trabajando sin descanso, durmiendo apenas unas horas. No quiere interrupciones de ningún tipo y es imposible averiguar cómo le va.

—He comunicado sus inquietudes al comité.

—¿Y bien?

—No se han mostrado demasiado predispuestos a disimular su adscripción. Me han prometido mantener en silencio sus intenciones, pero me temo que llevarán sus uniformes.

—Eso podría complicar sobremanera las cosas.

—¿Sugiere alguna vía de acción? ¿Retiramos a la doctora Schneider de la reunión?

—No, no, sólo conseguiríamos que recelase. Procuraré que lleve adelante la demostración. ¿Está seguro de que les interesa tal como lo tenemos?

—Razonablemente seguro. Sólo quieren comprobarlo in situ para firmar el contrato.

—Entonces sugiero que se aproveche el tiempo que durará la reunión para… recuperar… todos los archivos de la doctora sobre su trabajo: ficheros de ordenador, notas, grabaciones. Todo. Posiblemente después habremos de vérnoslas con una hostilidad frontal por su parte.

—¿Sugiere un cambio de titularidad para continuar el desarrollo del proyecto?

Vaughn asintió.

El Consejero Delegado le dio unas palmaditas en la espalda.

—Buen trabajo, Michael.

***

Helga salió del laboratorio G1 empujando la mesa rodante que llevaba la nueva versión de Quantumm. Vaughn ya estaba esperando, muy bien trajeado y con aquellos pequeños detalles que indicaban que no se trataba de una reunión cualquiera.

El Director de I+D la piropeó por su elegante aspecto, tan diferente al habitual en ella, le indicó el camino a la sala de reuniones y se ofreció a llevar el ordenador, oferta que Helga rechazó.

—¿Lo hemos conseguido?

—Que impaciente es usted. Espere unos minutos y se enterará junto al resto de los asistentes.

—Dígame al menos si ha conseguido alterar el funcionamiento de Quantumm como pretendía.

—Ah, sí. Ahora ya no se llama Quantumm. Se llama EVA.

—¿EVA? Parece un nombre ridículo para un ordenador.

—Lo sé. Lo había bautizado como Interferón, pero me pidió que le llamase así.

—¿Quién se lo pidió?

—EVA.

Vaughn se detuvo, asimilando la información.

—¿Me está diciendo que el ordenador cuántico tiene conciencia de su existencia?

—Bueno, no puedo afirmarlo rotundamente, pero es una hipótesis muy plausible. Sala A1. ¿Es aquí, verdad?

—Sí, sí —confirmó un anonadado Vaughn—. Tiene que explicarme más sobre…

—Ayúdeme con la puerta, ¿quiere?

Helga entró en la sala y el buen día que había comenzado a pronunciar murió a medio camino de completarse. Dejó la mesa y salió de la sala. Vaughn, que la esperaba en el exterior, la sujetó fuertemente por los hombros.

—¡Suélteme! —gritó Helga con furia en la mirada.

—Escuche, doctora Schneider. No es lo que parece. Usted ve esos uniformes ahí dentro y extrapola conclusiones que no son las correctas.

—Suélteme —repitió de nuevo.

—Esos son los expertos que el Gobierno ha creído más competentes para evaluar el proyecto. Tiene mi palabra de honor de que no persiguen fines militares a pesar de sus uniformes. Si no vuelve a entrar ahí nos retirarán todos los fondos gubernamentales y si eso sucede American Quantics la pondrá ipso facto de patitas en la calle y hará lo que más le plazca con su tecnología. ¿Lo comprende?

Helga asintió bruscamente.

—Usted escoge, entra ahí y sigue decidiendo sobre su trabajo o pierde todo el control y lo deja en manos del Consejo de Administración.

Vaughn la soltó lentamente. La investigadora estiró las mangas de su chaqueta, se aclaró la garganta y volvió a entrar en la sala de reuniones. Vaughn entró acto seguido y tras realizar las presentaciones se sentó junto al comité del gobierno. Helga los estudió brevemente. Diez uniformes de todos los colores, con graduaciones que desconocía pero suponía altas, junto a dos civiles, uno de ellos mujer, la única del grupo.

Situó una pequeña pirámide en su extremo de la mesa de reuniones, sacó varias carpetas de la mesa rodante de EVA y las dispuso ordenadamente junto a la pirámide. Ignorando aún a su audiencia, encendió el ordenador cuántico, desplegó un teclado de uno de sus laterales e introdujo una larga secuencia de teclas.

Las luces de la sala de reuniones se atenuaron y una pantalla descendió junto a ella. Helga comenzó su exposición sin mirarles, concentrada en el teclado y la enorme pantalla.

—Proyecto SCH/001/A+. Titular: Helga Schneider, es decir, yo misma. Objetivo: desarrollar la tecnología necesaria para teletransporte cuántico.

En la pantalla se inició una grabación y les fue narrando al alimón de las imágenes sus progresos, cómo había conseguido teletransportar satisfactoriamente un átomo de hidrógeno a tres metros de distancia, posteriormente una molécula compleja, una bacteria más tarde; los problemas que habían surgido cuando atacaron la transmisión de objetos macroscópicos, cómo el modelo utilizado formaba un atractor de Lorentz imposible de resolver satisfactoriamente, cómo había decidido solventar ese inconveniente tratando el objeto como un conjunto de partes de viable transmisión y cómo, en el momento de su reconstrucción en el punto de llegada, el calor generado por la unión de las partes hacía que éstas ardiesen literalmente. Una sucesión de diversos experimentos con ositos de peluche se sucedieron en la pantalla, algunos de ellos con soluciones tan heterodoxas como enviar un extintor junto al oso, extintor que indefectiblemente había explotado antes de cumplir su misión.

Uno de los uniformados preguntó porqué se habían utilizado ositos de peluche en los experimentos pero la mirada fulminante de Helga le invitó a no ahondar más en la cuestión. La doctora continuó con una explicación matemática que hizo que todos, incluido Vaughn, se perdiesen, aunque nadie quiso exteriorizarlo ante los demás. La conclusión a la que llegó, y que decidieron creer a pies juntillas, era que la transmisión cuántica provocaba la interacción de diferentes n-historias cuánticas y que cada una de ellas estaba recogida en uno y solo en uno de los puntos del atractor extraño. Resolverlo correctamente abría el camino a la transmisión de objetos macroscópicos como un todo, evitando así los nefastos efectos colaterales de la transmisión por partes recombinantes.

Vaughn supuso que al margen de él nadie del comité había entendido que la doctora había hablado de universos paralelos. Bien por ella, había sido una forma magistral de ocultar un tema tan peliagudo como aquel.

—Y este —concluyó— es el estado actual de la tecnología.

Sacó un osito de peluche de uno de los cajones de la mesa portátil y lo situó frente a la pirámide de la mesa, en el espacio despejado de carpetas. Vaughn sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón. Estaba a punto de comprobar si lo habían conseguido. Helga tecleó en la consola de EVA y la pirámide emitió un casi imperceptible zumbido. El osito desapareció con un fogonazo y reapareció inmediatamente en el otro extremo de la mesa, justo entre los sorprendidos miembros del comité. Vaughn sintió como todas sus expectativas se evaporaban; el osito, como siempre, estaba ardiendo.

—Como pueden ustedes comprobar —sentenció la doctora—, la tecnología no es viable en su grado de desarrollo actual. —Introdujo una nueva secuencia en el teclado y las luces volvieron a su intensidad habitual mientras la pantalla se recogía—. Turno de preguntas.

Uno de los militares acercó la mano al osito y la retiró bruscamente por el calor. Se miraron los unos a los otros, hubo algunos asentimientos, algunas notas garabateadas a toda prisa en sus carpetas y por fin aquel que parecía ostentar la representación del comité, un canoso y fondón hombre embutido en un uniforme caqui con numerosas condecoraciones, comenzó las preguntas.

—¿Cuál es el alcance máximo de esto? ¿Adónde podríamos enviar?

—El alcance depende del farovector del que se disponga. En este caso el propio transmisor ha servido de farovector para establecer el punto de llegada por desplazamiento respecto a él.

—¿Qué es eso del faroloquesea?

—Un punto espaciotemporal de referencia a partir del cuál establecer el punto de reentrada. Puede ser cualquier fuente emisora, una antena, un potencial térmico, algo que el ordenador pueda localizar y tomar como referencia. Cuanto mayor sea el tamaño de ese farovector, menos precisas serán las coordenadas de reentrada.

—Entiendo —dijo el militar, aunque Helga supo de inmediato que no era así—. Y dígame, se podría, por ejemplo, enviar algo a, no sé, digamos un edificio concreto de… el centro de África.

—Si hay un farovector próximo a él, sin duda. Podría enviarlo a una edificación concreta de *Io* si dispongo de un punto de referencia fiable.

—Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo —citó Vaughn. Varias cabezas se giraron y le miraron inquisitivamente, ante lo que el Director de I+D sacudió la cabeza como queriendo expresar que no había dicho nada.

—Y se podría enviar… eh… algo más… sólido, pesado. ¿Una barra de metal?

—El material no es problema pero, como han visto, probablemente se fundiría en el proceso.

—¿Una bala quizás?

—Sin duda, pero explotaría al reentrar.

El militar le dedicó una franca sonrisa a la doctora.

—¿Y decía que la tecnología no era viable? Es perfecta.

—¿Cómo que perfecta? Le estoy diciendo que nada de lo transmitido ha resistido el proceso de reentrada.

—Imagínese emplearlo con una bomba, doctora.

—¡Ya le he dicho que explotaría al reentrar!

—Doctora Schneider, el objetivo de toda bomba no es otro que explotar —el militar cerró su carpeta con un gesto de satisfacción—. Señor Vaughn, firmaremos ese contrato —añadió ante la estupefacta mirada de Helga—. El ejército de los Estados Unidos está dispuesto a cumplimentar las exigencias económicas de American Quantics vistos los satisfactorios resultados de su proyecto.

Vaughn no perdió de vista a la doctora mientras le dedicaba una sonrisa al militar y ambos se daban la mano. Helga tenía los ojos desorbitados, asimilando lo estúpida que había sido al dejarse conducir a aquella trampa a pesar de todas sus precauciones y horrorizándose con las consecuencias de lo que acababa de escuchar. Michelle Wunder se lo había advertido y ella no había dado crédito a sus palabras, sus prejuicios le habían llevado a confiar sin más en la palabra de aquel asqueroso traidor de Vaughn.

La reunión formal había terminado y varios de los miembros del comité se levantaron y utilizaron sus teléfonos móviles para relatar a sus superiores lo que habían presenciado. Vaughn vio como Helga también sacaba su terminal y establecía una conversación con alguien. El militar seguía hablándole entusiastamente de un tema que Vaughn ni se había preocupado en averiguar, sólo asentía de vez en cuando mientras no apartaba la atención de la investigadora. Cuando Helga conectó su teléfono móvil a EVA, el Director de I+D se disculpó

con su interlocutor y se acercó a la doctora, que tecleaba frenéticamente en la consola del ordenador cuántico.

—¿Qué está haciendo? —gruñó en voz baja.

—Se lo advertí, Vaughn —amenazó la doctora. Golpeó vigorosamente la tecla enter y tanto ella como EVA desaparecieron con un fogonazo.

El Director de I+D jamás podría olvidar el intenso odio de aquella última mirada que le había dirigido la doctora Helga Schneider.

***

Vaughn entró resignado en su despacho. Se preguntó cuantas horas tardaría en recibir su carta de despido. Aquel que se presentaba como un gran día había terminado en el más absoluto de los fracasos. No habían encontrado nada útil en el laboratorio G1, sólo algunas grabaciones de las pruebas y documentación intranscendente. Todo indicaba que la doctora había estado guardando la información en su Quantumm, el mismo con el que se había inmolado aquella misma mañana enviándose a dios sabía donde para morir en algo no muy distinto a los fuegos del infierno que crearía la reentrada. Las carpetas que había olvidado en la sala de reuniones contenían información detallada de todas y cada una de las pruebas realizadas pero ni una mínima referencia al desarrollo de la tecnología implicada. Tenían el prisma que había utilizado Helga como farovector pero nadie sabía cómo demonios se utilizaba.

Era un cañonazo muy duro en la línea de flotación de American Quantics porque a todos los gastos destinados en aquel proyecto, y que ya no tendrían fruto alguno, había que sumarle la pérdida del horriblemente caro ordenador cuántico y el contrato con el ejército que ya no se firmaría, sin contar con la más que probable retirada de los fondos gubernamentales por la demostrada ineptitud de la empresa. Y él era el responsable último de aquella debacle.

Se disponía a recoger sus efectos personales cuando observó que en su sillón había un artefacto. Reconoció de inmediato la caja Schrödringer que había construido Helga para demostrar su teoría de los universos paralelos. Intrigado, abrió la tapa para ver su contenido y se llevó un susto de muerte cuando de su interior saltó Bosón maullando como un demonio.

© Belén Mariño Ponte

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

ADAM DE EPSILON ERIDIANI

por Omar E. Vega

Los robots, no tienen a Dios en el corazón.

*A **Arturo Aldunate**, inventor de la frase y pensador brillante.*

1

¿Cuándo me di cuenta que estaba sólo, sin nadie a mi alrededor en diez años luz a la redonda?

Aún cuando lo sabía de antes, me costó mucho asimilarlo. Fue al comienzo de mi rito de iniciación en la capilla de la nave, cuando vino a mí Melchizedek, y me dijo que había llegado el momento de conocer la verdad.

¿Qué tiene entre manos? Pensé.

Sabía que se acercaba el momento de tomar grandes decisiones. La nave estaba comenzando su desaceleración de tres años para entrar en órbita a Epsilon Eridiani, y yo pronto asumiría el rango de Regente de ese nuevo mundo que fundaríamos, a diez años luz de casa.

—Has sido el elegido —dijo mirándome fijamente desde sus ojos azules; plásticos—. Es hora de que conozcas la verdad. Debes seguirme al Templo del Ritual.

Nunca había sido invitado a ese lugar tan importante, y me sentí muy honrado. Estaba ansioso por conocer cual era el destino preparado para mí. Todos teníamos una misión en la vida, programada mucho antes que la nave comenzara su largo viaje. Había llegado el momento de conocer la mía.

Miré por el vitral que tenía enfrente y que permitía ver el espacio. Al fondo, confundida entre millares de estrellas, estaba Epsilon Eridiani: nuestro nuevo hogar. Estábamos en la cabina principal, un hábitat de mil trescientos metros cuadrados que era todo nuestro universo. Nuestro edificio era una cápsula presurizada unida por un puente estrecho al cuerpo de la nave, y que rotaba alrededor de ella una vez por minuto, para generar gravedad artificial. El cuerpo principal de nuestra nave, el Jardín del Edén, tenía más de doscientos metros de largo y alojaba los grandes motores de plasma que nos frenaban, junto a los contenedores electromagnéticos que contenían la carga de esa peligrosa sustancia: antimateria.

Desde hacía meses los reactores de plasma estaban encendidos al máximo, noche y día, apuntando sus flujos de plasma y radiación gamma en dirección de nuestra estrella de destino; frenando de esa manera la inercia que llevaba la nave, previniendo que pasara de largo a Epsilon Eridiani, y que se perdiera para siempre en el vacío. Era un trabajo intenso que los motores se esforzaban en cumplir, en especial considerando que a su máxima velocidad nuestra nave alcanzó un décimo de la velocidad de la luz.

Cuando partimos, así cuentan los registros, la nave se impulsó por velas solares. Éstas formaban una gigantesca estructura de centenares de velas metálicas, que cubrían una superficie de más de 100 kilómetros cuadrados, las que le daban a nuestra nave un aspecto de barco del siglo XVIII. Ellas recibieron durante años enteros el impacto de un láser de varios billones de vatios, haciendo que la nave acelerara poco a poco hasta alcanzar la velocidad de crucero.

El cañón láser que nos impulsó estaba cerca de la Tierra. Era una estructura muy grande, apodada *Berta* en honor a los cañones gigantes que usaron los alemanes en las guerras del siglo XX. Disparaba un rayo láser en extremo poderoso que aceleró nuestra nave, y que siguió empujándola hasta mucho más allá del borde del Sistema Solar. A tres años de la partida se alcanzó la velocidad de crucero, y entonces el láser se apagó, y seguimos por inercia. En este momento, ya sin velas solares y con una masa mucho menor que al partir, la nave dependió exclusivamente de sus cohetes de antimateria para el frenado.

De esto ya había pasado mucho tiempo. Ahora estábamos llegando a nuestro destino. En tres años llegaríamos a Epsilon Eridiani y fundaríamos allí nuestra colonia, completando así un viaje de 93 años en que cruzamos los diez años-luz que separaban la nueva estrella de nuestro planeta Madre: la Tierra.

Pero lo que digo no es tan preciso, pues nadie inició realmente el viaje con la nave. Quienes estamos aquí vivos nacimos en el transcurso del mismo viaje; quiero decir, nací; pues estoy solo. Es confuso, lo sé, por lo que debo comenzar la historia desde un principio, de esa manera entenderán cómo puedo estar solo y rodeado de personas a la vez. Comprenderán, también, porqué rompí con lo establecido y ya no soy sólo el Regente, sino también aquel que destruyo los planes originales y determinó el futuro de la colonia.

2

Me acuerdo con nostalgia de mi grata infancia. Mi madre, Anaconda, me cuidaba y regaloneaba de una manera muy especial. El primer recuerdo del que tengo memoria, hace ya tanto, es confuso pero muy

marcado. Mi madre me tenía en brazos, y yo estaba bebiendo la leche de sus grandes y tibios pechos de silicona azulada; esos senos traslúcidos que daban un toque irreal a su presencia.

—Bebe, Adam —me decía —debes crecer fuerte pues tu destino es ser el Regente del Nuevo Mundo.

Mi madre me cuidó bien, y me hizo menos dura la existencia en este mundo donde no había otros niños como yo; sólo robots. Entonces yo no sabía que era el único de mi especie, pues creía ser uno más de los androides que me rodeaban. En esa época nada era pecado, pues no sabíamos qué era eso. Vivíamos en un universo artificial, creado a la medida de la megalomanía de un hombre que se creyó con el derecho de programar nuestras vidas, y nos dejó encerrados en esta urna que viaja solitaria por las inmensidades del espacio.

Entonces no conocía el porqué de las cosas y ni siquiera me lo preguntaba. Y fue sólo tiempo después que comprendí que nuestra vida estaba viciada y que debíamos diseñar, por nuestros propios medios, y con la ayuda de Dios, una nueva forma de vida, de ética, y de moral. Pero eso no valía entonces, cuando era el único niño en un mundo extraño: el único mundo que yo conocía.

En ese tiempo me intrigaba ser tan diferente a mi madre y a quienes me rodeaban. Todos tenían piel azulada y ojos plásticos; se desplazaban con movimientos gráciles y ligeros, y sus suaves voces expresaban sus pensamientos con una gramática perfecta. Jamás se cansaban, y siempre andaban alegres, mostrando una actitud positiva en sus rostros. Mi madre era una de ellos, pues difícilmente podía distinguirla del resto. Yo en cambio tenía piel café, cabello, y una fragilidad natural que me asombraba. Muchas veces me quedé despierto hasta tarde en la noche pensando en porqué era diferente. Cuál era la razón para ser el único con un aspecto extraño en un mundo de rostros azulados.

—Ya, niño —me decía Anaconda cuando le mencionaba esto—, no te preocupes por tu aspecto. Tú eres muy especial.

Dicho esto me abrazaba y me dormía con la cabeza apoyada en su regazo desnudo. Así seguí durante años, siempre durmiendo con ella. A medida que pasaba el tiempo las caricias se volvían cada vez más placenteras, y yo me dejaba llevar por los intensos ojos verdes de mi nodriza. Nunca encontré extraño que desde muy pequeño se acostara desnuda conmigo, y que me abrazara suavemente. Un día, cuando tenía doce años, me besó de una manera diferente a la que estaba acostumbrado, y desde entonces las cosas se hicieron más intensas. A medida que crecía nos besábamos cada vez con más pasión y nos acariciábamos sin prisa; por lo que no es extraño que en la pubertad me convirtiera en su amante.

Hoy debería estar horrorizado por lo que hice, pero no es así. Después de todo en ese mundo no existía nadie capaz de enseñarme sobre el bien y el mal; lo correcto o lo incorrecto. Quiero decir, no había ser humano alguno que me guiara con el ejemplo. Además, Melchizedek era demasiado condescendiente; aparte de ser un androide. Tampoco supe entonces que rompía un tabú ancestral. O quizás nunca lo hice, pues tiempo después descubrí que quien me cuidaba no era humana. Anaconda, mi madre, nunca fue realmente mi madre biológica sino una nodriza artificial. Se trataba de un androide cuyo único propósito en la vida había sido cumplir las funciones de madre, guardián y amante. Anaconda era un robot, a quien quiero mucho, y que me enseñó a vivir. Siempre está a mi lado y seguirá conmigo. Aún cuando me da una cierta pena comprender que ella no envejece, y que permanecerá en este mundo cuando yo lo deje.

Todo me pareció normal entonces, pues no sospechaba que el viaje fue concebido por un ser en extremo egoísta: mi padre. Por supuesto que nunca le conocí, pues él se quedó cómodamente en casa, disfrutando de su inmensa fortuna, y del placer que le dio el saberse creador de un Nuevo Mundo. Eso creí, por lo menos en un principio. Su ambición era ser tan grande como Dios; fundador de una nueva estirpe en una nueva Tierra. Por eso bautizó con el nombre de *Jardín del Edén* a nuestra nave; por tratarse del lugar original de donde nacería una nueva raza que poblaría nuestra estrella: Epsilon Eridiani.

Hoy está muerto, pues han pasado más de 90 años desde que el viaje se inició. Pero sus decisiones afectaron y afectarán la vida de todo un mundo: el del Jardín del Edén. James Beacon se llamaba, y era el dueño de una de las fábricas de motores de fusión nuclear más importantes de la Tierra. Dueño de una inmensa fortuna, a los cuarenta años tomó la decisión de dejar un legado extraordinario. Crear un mundo a su imagen y semejanza; vale decir, jugar a ser Dios. Solo tiempo después descubrí que el apellido de mi padre, Beacon[1], era un nombre en clave para decir Lucifer, príncipe de las tinieblas, y que lo había elegido a propósito para que los iniciados en ocultismo comprendieran su misión.

Mi padre concibió el absurdo plan de conquistar una nueva estrella con su propia estirpe. Como era soltero, decidió hacer copias de sí mismo a las cuales le agregó una pequeña variabilidad genética. Además, mediante ingeniería, se repararon algunas enfermedades hereditarias menores que portaba su ADN. Sus técnicos hicieron cien clones de él mismo, cincuenta hembras y cincuenta varones. A las hembras sólo se les duplicó el cromosoma X, y se les quitó el Y. Los clones, o más bien los óvulos, permanecieron en las cámaras de frío por noventa años, a la espera de la coronación del Regente; a vísperas del inicio de la colonización de Epsilon Eridiani. Esas cámaras de frío, conocidas como el

[1] Faro en Inglés; o portador de la luz: Lucifer. N del A

Arca de Noe, guardan todo el material genético vegetal, animal y humano de la Tierra.

Yo fui uno de esos clones, replica exacta de James Beacon. Fui el primero en ser concebido en los úteros artificiales de la sala de reproducción. Diecisiete años antes del tiempo en que ocurrieron los hechos, los robots de servicio sacaron un óvulo de las cámaras de frío y lo pusieron en el interior del útero artificial número 34. Allí crecí flotando en líquido intrauterino sintético; cubierto de una placenta artificial. Ahí me desarrollé, en el interior de un cubo de cristal y aluminio, y bajo el control de software especializado. Al cuidado de los robots mi cuerpo fue creciendo hasta que al nacer fui entregado a mi nodriza Anaconda, para que me cuidara. Fui el primer humano en nacer, mientras que los noventa y nueve clones restantes, mis hermanos, todavía no eran más que células. Todos ellos iban a ser iguales a mí. Lo cual me aterraba.

Nací veinte años antes que la nave llegara a su órbita final, y treinta antes de que los trabajos de la construcción de la colonia definitiva estuvieran lo suficientemente avanzados como para sostener la vida de cien personas. Los hombres consumen muchos materiales; no somos criaturas económicas como los androides. Son toneladas de alimento, de aire y de agua las que deben ser provistas para que un solo humano pueda seguir viviendo. Es más, para que el individuo crezca y se sienta relativamente feliz requiere de grandes espacios, lugares de esparcimiento, jardines, etc. Todo lo cual se traduce en la necesidad de una infraestructura de grandes dimensiones. En Epsilon Eridiani tendríamos que construirla desde cero. En nuestra nave sólo existían los recursos suficientes para sostener a un humano: yo mismo.

Epsilon Eridiani tiene cuatro planetas: dos gigantes con el aspecto de Júpiter o Saturno, y dos más pequeños, como Neptuno. Todos los cuales son gaseosos y carecen de superficie para fundar colonias. Sin embargo, desde hace tiempo los científicos saben que hay abundantes lunas alrededor de ellos, además de vastos campos de asteroides, mucho más abundantes que en el Sistema Solar; todo lo cual proveería inmensos recursos para las futuras colonias que se establecieran en esa estrella.

Años después, cuando la nave llegue finalmente a su destino, de sus bodegas emergieran millares de micro robots autónomos, programados para hacer dos cosas: reproducirse y transformar los minerales de los asteroides en materia prima, los cuales llevaran hasta la órbita donde estará reposando el Jardín del Edén. Otra legión de micro robots manufactureros se encargarán de levantar el hábitat espacial, llamado Paraíso. Un cilindro rotatorio de seis kilómetros de diámetro y diez de ancho; hogar cien mil habitantes y la primera ciudad en una nueva civilización establecida tan lejos de casa.

Gracias a su rotación, quienes la habiten vivirán con gravedad artificial en un ambiente tan parecido a la Tierra que apenas se darán cuenta que viven en

otra estrella. En el interior del cilindro habrá pisos completos con extensas áreas verdes extensas y fauna traída de la Tierra. Esto lo sé, porque entre los óvulos congelados están inventariados todo tipo de animales: desde tigres hasta pingüinos.

3

Una noche, días antes de la iniciación, después del amor, y con mi cabeza recostada en los senos de Anaconda, le pregunté.

—¿Qué es la iniciación, Ann? —La llamaba de ese modo, pues ya no me refería a ella como *madre*, y tampoco quería usar su nombre de reptil.

—Es el momento en el cual el gran secreto te será revelado, Adam.

—¿Qué gran secreto?

—Mi querido Adam. ¿No has notado acaso que eres diferente?

—Claro, Ann, lo he notado. Mi piel es café, en cambio todo el resto de la gente es azul, como de silicona.

—Durante la iniciación serás coronado como rey del nuevo mundo, y tu título será el de Regente del Reino de Paraíso.

—¿Porqué yo, Ann. Por qué no uno de mis maestros, Melchizedek, por ejemplo? Ellos son muchos mas sabios que yo.

—Porque tú eres diferente, Adam. Simplemente diferente. Eres humano.

—¿Qué es ser un humano, entonces?

—Eres un ser vivo que tiene conciencia. Tu especie construyó el mundo que conoces, y nos diseño a nosotros, los androides para serviros.

Me quedé estupefacto. Realmente era diferente, tal como lo sospeché durante toda mi vida. Incluso mi madre pertenecía a otra especie. Estaba sólo en un mundo de extraños.

—¿Qué me hace diferente, madre? Tú eres sintética, por ejemplo. Sé que eres una máquina. Con forma humana, por supuesto, pero una máquina al fin.

—Pero tú no eres una máquina, sino que estás hecho de tejido vivo, Adam.

—¿Qué diferencia hay? Ambos somos criaturas vivientes. ¿No es así?

—En cierto sentido tienes razón. Los androides somos criaturas pensantes. Hablamos, tomamos decisiones y amamos. Pero los seres humanos tienen algo más. Ustedes tienen sentimientos.

—A pesar de ser un androide fuiste mi madre y hoy eres mi amante. Mas por sobre todo eres una persona. Al menos tienes una personalidad.

—En eso te equivocas, Adam. Mírame —dijo—, soy un robot, una máquina y nada más. Tengo un complejo programa almacenado en mi cerebro, o debiera decir, en mi computador quántico, el cual procesa todos mis actos, mi lenguaje y lo que a ti te da la impresión de ser emociones. Nosotros los androides no sentimos, Adam, no estamos conscientes como ustedes los humanos. ¿No lo entiendes?

—No puedo comprenderlo, Ann —dije mientras comenzaban a nublarse mis ojos de pena, pues en ese momento entendí que vivía en una ilusión; en un sueño.

—Los androides somos simuladores. Imitamos todo lo que los humanos esperan de un robot. Nadie ha entendido nunca porqué un hombre está consciente. Por que siente pena, o dolor, o como es posible que tenga la impresión de tener un mundo propio en su interior. La vida, Adam, no se trata sólo de apariencias. Las personas, Adam, no sólo piensan; pues eso también lo hacemos nosotros, los androides. Las personas son capaces de sentir dolor, calor, frío. Las personas perciben. Están conscientes. ¿No lo ves?

—¡Pero tu estás viva, madre! —dije con desesperación— Tú respondes a mis preguntas y me entiendes.

—Adam —me dijo con firmeza— yo soy sólo la simulación de una persona. Melchizedek y todos tus maestros también son simulaciones. Los androides no sentimos. Desde todo punto de vista estamos inconscientes; estamos muertos, si lo prefieres. Caminamos como zombis, y jamás tendremos la oportunidad de saber qué es la vida en realidad. Fuimos creados para darte la sensación de compañía. Para que no supieras realmente la condición en que estás. Mi mente no es igual a la tuya, Adam. Te reconozco porque tengo almacenada en mi memoria modelos artificiales del mundo, del espacio, de la lengua y de los pensamientos humanos. Yo *calculo* las respuestas pero no las siento. La verdad es que no puedo percibir. Mi vida es equivalente a la de un humano estuviera en estado de coma.

—¿Porqué no están vivos? ¿Porqué no los hicieron así? —Pregunté desesperado, pues de pronto mi manera de ver el mundo sufrió un colapso, pues la persona que más quería en el mundo estaba muerta.

—Porque nunca nadie ha podido descubrir qué es lo que hace consciente a un ser humano. Es verdad que se sabe imitar el habla, el pensamiento, y la

creatividad, todas cualidades que otrora se consideraron propias de la humanidad. Por eso es que los androides parecemos tan humanos. Pero nunca nadie descubrió la causa de que los hombres estén conscientes. Eso es un misterio. Hasta ahora sólo Dios puede inyectar ese soplo divino en los cuerpos de las personas. Los robots, hijo mío, no tenemos alma. No tenemos a Dios en el corazón.

—Pero entonces, ¿Por qué soy el único?

—Alguien tenía que ser el primero. Te eligieron a ti para que fueras testigo presencial de la llegada a Epsilon Eridiani, y para dirigir la construcción de la colonia. Un humano debía tomar posesión de la estrella y de sus planetas circundantes, para que legalmente estos territorios pertenecieran a la colonia. Fuiste el primero en nacer, por eso te llamaron Adam. Tus hermanos esperan congelados la orden de nacer que debe dar tú, en calidad de regente.

Me sentí devastado. Si bien seguí haciendo mi vida rutinaria, y Ann seguía siendo mi amante, comprendí cada vez más que estaba sólo en un mundo extraño. Cuando en este estrecho mundo veía pasar junto a mi a un androide era como ver un fantasma. Solo Ann me hacía sentir bien. Tal vez no tuviera consciencia, pero al menos había sido programada con infinito amor. A través de ella sentí que alguien muy remoto, un técnico humano, se preocupó de mi bienestar al programarla en la Tierra antes de partir nuestra nave. Y era el amor de esa persona humana lo que me transmitía Anaconda.

4

La ceremonia de iniciación fue muy bella, aún cuando la capilla era un lugar muy estrecho, en el cual cabíamos con esfuerzo los siete androides y yo. Anny vestía un precioso traje que demostraba una coquetería casi humana. El profesor Melchizedek hizo el papel de maestro de ceremonias. Otros tres androides hacían las veces de testigos. Dos oficiales del gobierno, también robots de apariencia humana, complementaban la comitiva.

Melchizedek, más que un maestro había sido mi amigo. Desde los cinco años, se encargó de enseñarme lo que el conocía. Su infinita memoria quántica tenía registrado cada rama del saber humano, cada evento de la historia, y cada personaje interesante. Recuerdo la nitidez de su trazo al escribir las primeras letras inglesas, y la elegante curvatura de sus signos integrales que trazaba en la pizarra al enseñarme la física de la antigüedad. Él me explicó todas las tradiciones religiosas

y la interpretación científica del origen del hombre; la evolución de las sociedades; y las verdades eternas. Así como también cada arte, deporte y habilidad que un humano como yo necesitaría en su vida adulta.

Pero también, quizás por un error en su programación, o porque el capricho del gentil programador que diseño la mente de este androide allá en la Tierra, Melchizedek fue capaz de transmitirme el saber más valioso de nuestra especie: los valores. Toda su enseñanza estuvo impregnada de ética y de conocimientos profundos sobre la naturaleza humana. Gracias a él aprendí a distinguir el Bien del Mal. Me enseño a apreciar toda la simbología y sabiduría de los libros religiosos universales; en particular de La Biblia. Si fuera humano, Melchizedek sería un sabio. Es una lástima que sólo sea un androide, pues sus valores lo ponen al nivel de un santo.

La música sonaba serena y calma cuando empezó la ceremonia de iniciación. Vestido en un humilde camisón, y con la vista vendada, entré al Templo del Ritual. Privado del sentido de la vista sólo podía imaginarme el lugar por medio de las voces guturales que escuchaba.

¿Tuve miedo? Siendo honesto, no era miedo, ni cobardía, sino un pánico generalizado que se apoderó de mi cuerpo como una descarga eléctrica; más mi voluntad se pudo sobreponer a las impresiones externas y me hizo salir con dignidad del tenebroso trance. Quién jamás ha vivido el rito de la iniciación no puede comprender su sentido, ni que vivencias tiene el hombre en ese estado. Sin embargo, las iniciaciones han existido desde siempre y con el mismo propósito: probar la valentía del hombre antes de acceder a un nuevo rango.

Esperé a la entrada del templo sin ver y sin poder oír; descalzo y con algo de frío que atribuyo a un dejo de nerviosismo. No podía controlar un leve estremecimiento; un escalofrío que recorría mi piel, que me ponía los pelos de punta. Pasé minutos en ese estado, sin moverme, hasta que la percepción cedió y empecé a sufrir alucinaciones.

Todo lo que los sentidos se negaban a darme lo proveía generosamente mi imaginación. Por un momento sentí que las puertas del abismo se habían abierto y que el mismísimo demonio estaría ahí para darme la bienvenida. Empecé a ver luces de colores, que por supuesto no existían más que en mi mente. Cuando ya mi consciencia no resistía un segundo más, la voz habló.

—¿Quién sois vos que osa entrar al Templo Sagrado? —Dijo una voz cavernosa; demasiado fuerte para el estado de duda en que estaba en ese momento.

Me sorprendió la pregunta, y debo confesar que debí hacer un esfuerzo, un gran esfuerzo en verdad, para responderla. De hecho, por poco olvido mi propio nombre.

—Soy Adam Beacon —respondí, escuchándome a mí mismo como si fuera la voz de un extraño.

—Que buscáis aquí —insistió mi interlocutor, mientras mi concentración se perdía en la más absoluta idiotez.

—Las llaves.., las llaves... —dijo la voz susurrante de mi madre, a quien percibí muy lejana; como morando el interior de mi mente.

—Busco las llaves del reino —respondí entonces, como un autómata. Se hizo una pausa eterna, antes de que mi interrogador siguiera con su aterradora amenaza.

—¿Estáis dispuesto a dar tu vida si falláis la prueba, y que tu cabeza sea puesta bajo la picota del verdugo, arrancada de un hachazo, y ensartada en una vara, como ejemplo a los futuros candidatos de lo que les sucede a quienes les falta el valor?

—Sí, estoy dispuesto —dijeron mis labios antes de que mi mente pensara las consecuencias. Entonces recordé que poco antes de entrar al Templo, en los vestíbulos, bajo escasa luz, y a una distancia de unos diez metros, alcancé a percibir una vitrina donde, hubiera jurado, había una media docena de cabezas humanas disecadas.

Entonces siguieron las pruebas más espantosas que sufriera jamás. Ahora que lo pienso detenidamente me doy cuenta que todo fue un engaño muy bien planificado. Todo era artificial y deliberadamente falso, pero en el momento de vivirlo era imposible distinguir la realidad de la fantasía; la jugarreta de la violencia real. Se trataba de un juego psicológico magnífico, al que supe sobreponerme. De una obra teatral extraordinaria, escrita por un genio de los albores de la civilización para probar el espíritu humano hasta el límite. No doy más detalles ni la revelo, simplemente porque quizás algún día tengáis la oportunidad de vivir una situación similar al entrar a una sociedad secreta. Y no me gustaría que mis adelantos arruinaran la sorpresa.

La música cesó de pronto y se me quitó la venda de los ojos. Entonces, con un minúsculo bisturí, se me extrajo unas gotas de sangre con las cuales firmé el Compromiso. En ese momento tome asiento y una gigantesca imagen holográfica apareció en medio de la obscura sala del Templo del Ritual: era mi padre James Beacon.

Verlo era verme a mi mismo, como en un espejo, aún cuando era una persona de edad madura. Tenía los mismos gestos, la misma sonrisa, y la misma deformación leve en la dentadura.

—Hijo mío —dijo el extraño—, si estás viendo mi imagen es porque lograste pasar las pruebas de iniciación. Eres valiente, hijo mío, y te felicito. Estoy orgulloso de ti.

Quise responder, pero me mordí la lengua. Nadie habla con una grabación, pensé.

—Si quieres hablar conmigo, hijo, puedes hacerlo. Antes de ser cristalizado se hizo un vaciado de mi memoria en soporte digital. Todo lo que te responda a través del simulador de mente será exactamente igual a lo que te respondería en persona.

—¿Qué quieres decir con cristalizado? —pregunté.

—Mi cadáver viaja en una bodega especialmente condicionada de la nave. Cada una de las células de mi cuerpo fueron fosilizadas por un proceso químico-quántico instantáneo. Estoy en estado sólido, con el aspecto de un témpano de hielo, sumergido en plástico, y protegido por una urna de metal, a la espera de volver a la vida.

—¿Porqué, padre, has venido con nosotros? ¿Te apoderarás acaso del reino?

—No hijo. El reino es tuyo. A lo más, aspiro a ser tu consejero; si así lo deseas. Sólo quería ser testigo de mi obra. Quería viajar con ustedes a la conquista de una nueva estrella.

—Entiendo. ¿Cuándo debo revivirte?

—Diez años después de tu coronación; siguiendo el ritual de la resurrección, me volverás a la vida. Estaremos todos juntos: nosotros y tus hermanos. Entre todos construiremos la sociedad más maravillosa que se haya creado.

—¿Cómo tuviste la idea? ¿De dónde sacaste el plan para la creación de este mundo?

—Está en la Biblia, Adam. En el Apocalipsis. Se llama la *Nueva Jerusalén*. Es el mundo ideal al que accederá el creyente.

—¿De ahí sacaste todos los detalles?

—Por supuesto que no. Algunos de los detalles más importantes los encontré en la HWSL, la biblioteca de sitios Web históricos. Buscando un día entre antiquísimos ejemplares en una lengua muerta, Español creo que se llamaba, me encontré con las bases de un concurso de cuentos para una revista española, llamada —extraña coincidencia— Eridiani, como nuestra estrella; más no era Epsilon sino Alfa. De ahí saque la idea.

—De acuerdo, Padre. Tu mundo será como lo deseas —respondí.

—Bien querido hijo. Te declaro entonces Regente del Reino de Paraíso. Que Dios te ilumine y te de sabiduría para gobernar tu reino.

Luego de una pausa, mi padre prosiguió.

—Señores. Qué empiece el Ritual de Coronación. Desde ya mi hijo Adam es el nuevo Regente.

Un gran aplauso surgió espontáneamente. En todo caso al salir coronado de la sala lo primero que hice fue ir a la vitrina y comprobé que las cabezas disecadas que contenía eran de plástico.

5

Fue la noche de un día agitado. Tres meses después de asumir mi cargo de Regente del Reino de Paraíso. Me dirigí al departamento, cansado, dispuesto a relajarme en brazos de mi nodriza. Cenamos y conversamos, para luego irnos a dormir. Temprano en la mañana tendría que afrontar un día aún más complicado, ya que había mucho que coordinar en preparación del momento de nuestro arribo a Eridiani.

Dormía abrazado de Anaconda, sintiendo su cuerpo azul que me acogía. De pronto desperté y no pude volver a pegar los ojos. Algo en mi interior me decía que estaba mal; que todo lo que estaba ocurriendo en este miserable mundo estaba errado; que nos habíamos extraviado en alguna parte del sendero.

¿Para qué estamos aquí? Me pregunté ¿Por qué estamos aquí?

Y la respuesta seguía siendo la misma: por el capricho de un hombre; de un solo hombre que se creyó Dios. De un hombre que es, literalmente, Lucifer.

Mire el cuerpo azulado, desnudo y perfecto de Anaconda, quien yacía a mi lado. No es una persona, pensé. No es siquiera un ser vivo. Un pez sentiría el mundo mejor que ella, pues estaría consciente; no sería sólo una simulación de vida.

—Ella no es más que un juguete —pensé—. Un maldito títere creado por una mente enferma. Un estúpido estimulador sexual concebido por un degenerado.

Sentí el irreprimible deseo de acuchillar a Anaconda; de arrancarle los ojos con mis propias manos. De martillar su cerebro quántico hasta convertirla en una masa de silicato y circuitos inservibles. Incluso creo, aún cuando no lo re-

cuerdo bien, que me dirigí con la mente nublada a la cocina, en busca de un afilado cuchillo, para terminar la farsa de una vez por todas.

Entonces recordé mi infancia. Recordé la ternura maternal que Anaconda siempre tuvo conmigo. La manera como sujetaba mi cabeza de niño, cuando me amamantaba de su leche. Y después, la inmensa dulzura que me prodigó al iniciarme en el amor.

Mi mente estaba confusa; emborrachada por tormentosas ideas. Su comportamiento revelaba una sensibilidad notable. Una ternura sobrenatural.

—¡No puedes ser solo un robot! —dije con furia, despojándome de la inmensa emoción que me consumía —Todos los seres que más quiero en este mundo… artificial no son más que simulaciones de personas. Nada más que sombras, reflejos, espectros vacíos, muertos. Nada más que máquinas: metales sin alma.

Algo en mi interior me dijo: *Quizás estés equivocado. Tal vez en el fondo de sus cerebros de metal exista una luz de sensibilidad, de auto-conocimiento, de consciencia.* Por esa minúscula probabilidad, ridícula desde todo punto de vista racional, desistí de atacar a mi madre-amante, a mis maestros y a mis amigos. Después de todo esas máquinas eran todo lo que quería en esta vida. De ellos había recibido el único afecto que nunca sentí. Pero en el fondo de mi alma me sentía hastiado, triste y furioso. Pero, por sobre todo, me sentía solo. Era el único hombre en diez años-luz a la redonda. Nunca nadie estuvo tan solo como yo.

Me pregunté quién tenía la culpa. Quién había sido el culpable de lo que me pasaba. Y rápidamente lo comprendí. El culpable fue un solo individuo quien me condenó a este destino indigno: mi padre James Beacon; mi gemelo genético, y ahora mi enemigo mortal. Toda la rabia acumulada la dirigí contra él. Todos mis instintos asesinos los focalicé en el demonio que era mi padre. Entonces me decidí a actuar.

Con mi vista nublada de rojo brinqué a la cápsula montacargas que me llevaría al centro de la nave. La cápsula descendió lentamente los novecientos metros de extensión del puente que une el hábitat a la nave central. Entretanto mi ira seguía en aumento cada segundo que pasaba. Vestía un traje presurizado, por supuesto, ya que el cuerpo central no tenía atmósfera, pues sólo era atendido por robots, quienes no la necesitan.

Al abrirse las compuertas de mi cápsula, ingresé al cuerpo central del navío, y me sentí impactado por la falta de gravedad del recinto. Sin embargo, mi odio era tan grande que rápidamente me habitué, y me impulsé flotando por los pasillos en busca del cadáver cristalizado de mi padre. Por horas recorrí todas las cubiertas, ingresé a la bodega central, e incluso me aventuré cerca de las toberas de los motores de antimateria que hervían en su frenética actividad

de frenar la nave. Todo el lugar vibraba por la acción de los extractores que disipaban el calor de los motores.

Pasaron los minutos y no encontraba el depósito donde reposaba el cadáver de mi padre. Ya estaba a punto de darme por vencido cuando veo dos robots de tipo militar —esqueletos bípedos metálicos, carentes del menor aspecto humano— que vigilaban una puerta.

—¿Qué hacen ahí? —les pregunté.

—Son órdenes Señor. Nadie debe cruzar ésta puerta —dijo uno de los robots, mirándome amenazadoramente con sus ojos rojizos.

—¿Qué, no sabéis quién soy yo? ¡Dejadme pasar!

—Sí, sabemos, Sr. Beacon; usted es el Regente del Reino. Sin embargo tenemos instrucciones expresas de su padre de que nadie, sin excepción, entre en este recinto.

—¡Apártense! ¡Déjenme entrar, se los ordeno!

—No señor. No podemos. Por favor retírese.

La brusquedad de las respuestas de los robots hizo que mi ira llegara a su límite. Con una fuerza increíble, propia de un loco, cargué contra el pesado militar quien trastabilló con el impacto sorpresa. Trató de recuperar el equilibrio apoyándose en su compañero, pero ambos cayeron al suelo.

Sin mediar un instante, quebré el vidrio que protegía un hacha para emergencias, y ataqué con ella a mis enemigos que estaban en el suelo. Al primero le propiné un hachazo en medio de su rojo ojo derecho, y su cabeza hizo explosión; los cortocircuitos iluminaron el lugar. Al segundo le propine un hachazo que le separó la cabeza electrónica de su cuerpo metálico.

Cuando ahora pienso en ese evento no puedo entender cómo pude derribarlos y destruirlos con tanta facilidad. Se trataba de maquinaria bélica de la peor especie. Hechos para resistir los peores embates. Sin embargo la ira, a veces, es capaz de llevarnos a los extremos de nuestras capacidades físicas.

Con la misma hacha destruí la cerradura de la siniestra bóveda donde reposaba mi padre. En el centro de la misma había un ataúd cilíndrico metálico,

quizás de acero inoxidable. Lo abrí haciendo palanca con el hacha, quebrando los sellos de silicona.

Al abrir la urna sentí un frío intenso, el que traspasó las cubiertas protectoras de los guantes de mi traje presurizado. Entonces pude ver a mi padre inmerso en plástico, y quedé horrorizado. Estaba ahí, tendido sobre una superficie lisa, totalmente desnudo. Su aspecto era el de una estatua de cristal. Sin el menor atisbo de vida. Pero era tan parecido a mí. Tan similar en aspecto, que por un momento mi ira se calmó.

Pero entonces recordé cómo había jugado con mi vida y mi odio volvió con renovada fuerza. Apresuradamente vacíe el contenedor de la gelatina plástica que rodeaba la estatua. Entonces, sin saberlo ni pensarlo, como un autómata, levante el hacha y lancé un certero golpe que impactó justo en el corazón de la estatua de hielo, quebrándola en mil pedazos. Trozos de cristal de todos los tamaños quedaron en la urna, junto a un polvillo como harina, que inundó el lugar.

—Asesiné a mi padre —pensé. Pero no, yo no lo había asesinado. A lo más había cometido un sacrilegio. Él, desde todo punto de vista, estaba muerto; fosilizado en espera de que su cuerpo fuera regenerado por medios artificiales. Él decidió perder la vida para conseguir lo que quería. Pero un hombre vivo no podría seguirnos desde la Tierra por noventa años. Debía morir para hacerlo, y lo hizo al ser cristalizado; un proceso al que se sometió por voluntad propia. Claro que él pensaba en resucitar como Lázaro, pero el destino no lo quiso así. Desde el punto de vista legal él ya estaba muerto cuando quebré su cuerpo cristalizado, yo sólo evité que pudiera volver a la vida. Fue como matar a un inmundo vampiro, clavándole una estaca en el corazón. Así destruí a ese criminal que me condenó a una vida de soledad.

Entonces recordé que pronto llegaría el día en que los embriones de mis 99 hermanos clones se convertirían en humanos. Junto con mi ascenso al poder, la gestación se había iniciado. Debía detener ese proceso a como diera lugar. No quería que nadie más tuviera el mismo material genético de mi monstruoso padre.

Volví entonces a la cápsula para dirigirme al hábitat, subiendo por el cable que separaba las dos partes de la nave. Al llegar me saqué el traje presurizado y me dirigí de inmediato a la sala de embriones, a la llamada *Arca de Noe*. Ahí, noventa y nueve incubadoras en forma de cubos de un metro de arista, y apiladas unas encima de las otras, estaban cuajando los embriones de mis gemelos y gemelas. Con la misma hacha que destruí los robots, y el fósil de mi padre, comencé a abrir las puertas de los úteros artificiales; vaciando el líquido amniótico, arrancando los embriones y tirándolos al suelo. Seguí por horas, en un arranque sin límites de furia, hasta que el piso quedó sembrado de los fetos

de mis futuros hermanos, los que parecían pescados muertos esparcidos en el suelo.

Pasaron unos minutos y salí del lugar con la vista dirigida al suelo. Afuera aguardaban mis androides. Anaconda no podía comprender porqué había actuado así. Todos pensaron que lo que hice fue un crimen sin nombre, pero nada dijeron. Después de todo yo era el Regente del Reino.

6

Eso pasó hace tantos años ya, pero aún no puedo borrarlo de mi memoria. Después de destruir los clones me encontré con el sorprendente problema de que no había más embriones con que crear la población de la futura Paraíso. Sin embargo, gracias a Melchizedek, discurrimos una manera de generar ADN sintético del único material genético humano que existía en toda la nave: el mío.

Pero no fueron clones. Me negué terminantemente a que la humanidad de Epsilon Eridiani estuviera hecha de imitaciones de mi mismo, o de mi perverso padre gemelo, que es lo mismo. Recurrimos, entonces, a las grabaciones digitales de todas las variedades de los genes humanos; registros que formaban parte de la biblioteca universal que portaba la nave. Con esa información pudimos sintetizar muchos tipos de ADN de personas diferentes, las que le darían variabilidad y naturalidad a la futura población humana de Epsilon Eridiani. Ese ADN fue la base para crear una nueva partida de cien embriones que dio origen a la nueva humanidad.

Tres años después la nave terminó su frenado y entró en órbita a un planeta gaseoso que giraba en torno a nuestra amada estrella. Para entonces, mi humanidad crecía al cuidado de nodrizas como Anaconda. Y los robots autómatas se desperdigaban por el sistema de Epsilon Eridiani, en busca de recursos naturales, a la vez que se reproducían en cientos, miles y millones. Las pequeñas máquinas trabajaron para nosotros de manera incansable y transformaron un sistema planetario muerto en uno lleno de vida.

Diez años después pudimos inaugurar el inmenso anillo de diez kilómetros de diámetro que conformaría nuestra primera ciudad espacial: Paraíso.

Durante muchos años seguí viviendo con Anaconda, e incluso hoy en día le tengo mucho cariño, aún cuando ella se dedica ahora al criado de otros humanos. Sólo me amarga saber que está fuera de mi alcance el darle el mayor regalo que se puede ofrecerse a un robot: una consciencia que la convierta en una humana de verdad.

Pasaron los años y casi al llegar a los cuarenta me casé con Helena, una chica humana de veinte años que creció en la primera partida de clones que generé. Entonces, sólo entonces, pude por fin descansar de mis angustias. Ya no me sentí solo nunca más. Desde ese momento fui lo que siempre deseé ser: simplemente un hombre normal.

© Omar E. Vega

Novelas

MADRE

por Germán Núñez López

La nieve no se derrite, una infinita llanura blanca se extiende hasta donde alcanza la vista, vacía y sin vida. Un punto oscuro se dirige hacia las raíces de las montañas, el límite sur de la extensión helada, la frontera de los escasos valles verdes, donde se acumulan los vientos cálidos provenientes de los lejanos desiertos y selvas tropicales. El bulto se hace más nítido y no está solo, forma parte de una pequeña manada: un grupo de hombres avanza con él, tratando de abandonar la gran extensión helada después de realizar alguna extraña misión. La masa que acompañan se mueve pesadamente cubierta de pieles, dejando en el suelo de nieve árida unas largas huellas que se pierden en el horizonte que deja atrás.

A su alrededor los hombres están cansados y fríos pese a las pieles que los cubren. Caminan aferrados a sus largas y nudosas varas, la única fuente de energía en la que pueden confiar mientras cruzan el llano, la herramienta que les proporciona el sustento, son su mejor fuente de calorías y a cada paso parecen tirar de ellos, señalando con sus afilados extremos el final de su travesía. Pero ahora la jornada toca a su fin.

Krista va a la cabeza, ha dejado al grupo bastante rezagado y llega a una zona de nieve blanda, sus amplios crampones impiden que se hunda y continúa avanzando. Clavando una y otra vez su vara asciende una pequeña colina formada por la nieve amontonada, es un hombre fuerte y la ascensión no le supone un gran esfuerzo, al alcanzar la cumbre una ráfaga de viento le remueve el pelo de su abundante melena negra.

Las montañas están cerca, casi se puede ver el brillo de los riachuelos de hielo de sus faldas, y casi oler las cascadas de agua líquida que se derraman al otro lado. Krista se aparta el pelo de su cara de rasgos casi femeninos, y aguza la mirada de sus ojos color gris acero, tratando de ver, o más bien de imaginar en el cielo del crepúsculo, los reflejos de las praderas y bosques que los esperan más allá de las cumbres, preguntándose si llegaran a tiempo.

Krista suelta lentamente aire mientras recuerda como ha sido su vida allí en los últimos meses, escuchando los continuos rumores de que el Macho Dominante había vuelto a despertar en el este, dentro del mar de cenizas. El no los creía, nadie lo sabía seguro, en todo caso aún no se había notado nada en el valle, *cuentos de viejas*, concluye Krista y deja escapar el aire de golpe. Y sopla más aún cuando su mirada se posa en la desigual extensión que aún les

espera cruzar, plagada de altibajos nevados, grietas y fragmentos de hielo. Un crujido en su vara lo despierta de su horror, la observa durante un momento hasta que escucha más claramente un ronroneo a su espalda, se vuelve.

El resto del grupo ha alcanzado el pie de la colina y el motor del camión resuena en la llanura como un enorme corazón tras un chute de la antigua cocaína. La maquina, un semioruga cubierto de pieles equipado con dos grandes ruedas delanteras, se detiene con un potente rugido cardiaco, soltando una nube de vapor y quedando solo el lento latido del émbolo de dos tiempos. Uno de los hombres, completamente calvo, palmotea y acaricia el redondeado capó que asoma entre los cueros curtidos que ocultan la cabina, formando cortinas de pliegues en el lugar de las puertas. Tibbs se rasca la calva, no puede evitar sonreír viendo como su primo Britt sube por la ladera de nieve jadeando, sus potencialidades no están en la fuerza física y su vara esmeralda le resulta de gran ayuda. Krista lo observa con media sonrisa, esperando para reírse en cuanto su viejo primo vea el camino que les espera. Britt se para a mitad de la ascensión y se aparta la melena grisácea de un golpe.

—¿Se puede saber a que estás esperando?

Krista adopta su pose de *gran cazador del pleistoceno con lanza* antes de contestar.

—Para reírme.

Britt resopla.

—Se perfectamente lo que hay ahí detrás, Madre tiene todos los mapas y todos los hemos visto, ¿se puede saber por qué no contestabas?

Krista le muestra la vara reseca.

—Se ha agotado la batería.

—Vaya… —se mesa la barba.

Britt continúa subiendo despacio, sus desgastados crampones se hunden demasiado, dificultando aún más su marcha, resbala, pero consigue mantener el equilibrio. Krista lo observa atentamente, en silencio, su expresión se ha vuelto melancólica de repente, Britt continúa hablando.

—Pues menos mal que estamos cerca, se han terminado, Tibbs cogió la última.

—Habrá que recargarlas.

—No, Madre tiene que mantener su calor.

Britt se agarra a la mano que le tiende Krista y alcanza la cumbre con dos pesadas zancadas. Pierde el aliento al contemplar el otro lado.

—Siempre es peor que en los mapas.

Krista le sigue la mirada, pero por alguna vuelta en sus pensamientos ya no siente deseos de reír.

—Las fotos de satélite siempre mienten —dice.

Britt lo mira un instante, aparta a un lado su manto de pieles, abre una cremallera de su mono negro y saca una llave que introduce en una ranura situada bajo un nudo de la vara. Las delgadas tapas del recipiente de baterías se abren como los pétalos de una flor. Britt saca una de ellas con un preciso movimiento de su fina mano. Krista la mira admirado y trata de cerrar su propio puño, apenas puede mover la mano dentro del pesado guante invernal, suspira triste.

—Por ahora usa una de las pilas de emergencia, nos saltamos el reglamento, pero hace falta, dame tu llave…

Krista le pasa su vara, se vuelve hacia el camión, los demás hombres esperan abajo. Una banda de metal traslucido protege los faros del semioruga del viento cortante, refleja la luz como unas enormes gafas para la nieve. Krista tira de la cadena que lleva al cuello y se saca un pequeño cilindro metálico de debajo de la ropa, se quita uno de sus guantes para sentir el tibio calor que impregna el metal, lo abre y le pasa la llave a Britt.

—Siempre tan lento —protesta Britt—, ¿es que no te llega la señal al cerebro o que?

Krista continúa contemplando el camión.

—¿Seguro que Madre lo entenderá?, no soporta tener fallos de logística.

—Lo ves, sois los dos iguales, ahora tú eres el puntilloso, Madre sabe cuando una cosa es necesaria.

Del interior del camión sale un hombre de cuerpo fino y juvenil, con movimientos rápidos y elegantes se coloca su capa de cuero negro y una raída gorra del antiguo Hogar de Transporte, se aparta veloz del vehículo y asciende la colina con amplias zancadas, casi sin ningún esfuerzo. Se para a alguna distancia de Krista y Britt con una gran sonrisa, toma aire profundamente, disfrutando del oxígeno que llena sus pulmones, su garganta se llena de aire cuando alza su cristalina y femenina voz.

—Que ganas tenía de salir de ahí, ¿por qué nos paramos?

Britt, rojo de rabia, se lo piensa antes de contestar, Krista se le adelanta.

—¿Cómo está Madre?

—Gorda y hermosa como una manzana, y el niño viene tan sano como ella, lo acabo de comprobar, no te preocupes.

Britt interviene con voz sibilina y sarcástica.

—Mi *querido* Osso, eso ya lo sabemos, Krista se refiere a que está de ocho meses. —A Osso se le borra la sonrisa de la cara.

—Sí, está de ocho meses, pero solo nos quedan tres días de camino, ¿no?

Britt le muestra la extensión de grietas, los últimos rayos del sol hacen brillar los bordes de los cristales de hielo, afilados como cuchillas.

—Pero… —Britt no puede contenerse—, ¡no ves como está el terreno, es imposible, no sabemos en cuanto tiempo…!

—Ya sé cómo está el terreno —responde Osso serio.

—Mierda, estamos sin cobertura, sin ayuda posible, ¿y si viene prematuro, y si surgen complicaciones? —sigue Krista.

Osso lo interrumpe muy seguro de sí.

—He dicho que lo sé, y no creo…

—Tiene sesenta años, no puedes estar seguro.

—¡Está controlada!, además, tú fuiste el que reventó el acumulador, por eso no podemos volar, ni comunicarnos, ni nada, si no fuera por ti, *querido*, estaríamos en la mina ¡desde hace una jodida semana!

Britt resopla derrotado y le pasa la vara a Krista, que trata de poner paz.

—Le preocupa que Madre se enfríe, se han agotado las baterías.

Osso suspira, camina hacia ellos tratando de recuperar la sonrisa.

—Pero todavía duraran una semana, en cuanto alcancemos el paso solo será un día de camino, aunque nos retrasemos tenemos tiempo. —Britt lo mira preocupado.

—¿Estás seguro?

Osso le pone la mano en el hombro.

—Cruzaremos, Madre siempre nos ha dado energía suficiente para superar los obstáculos, y ahora no va a ser una excepción.

Osso le da un beso en la frente y tras hacerle una carantoña a Krista baja dando saltos la colina. Krista alza la voz.

—Pasaremos la noche aquí.

Osso le responde desde abajo.

—Perfecto, trataré de recargar lo que queda del acumulador con lo que ahorremos durmiendo, se lo diré a Madre.

El sol desaparece en el horizonte. Krista pulsa un nudo de su vara, pero no ocurre nada, mira acusador a Britt.

—Espera, lo recargaré desde la mía, solo necesita…

Britt pulsa un nudo de su vara, corrientes esmeralda la recorren hasta la punta que se pone verde incandescente, un rayo de luz ambarina corre hasta la punta de la lanza de Krista, desde ella empiezan a descender corrientes azuladas a lo largo de toda la vara, algunas se extienden a los guantes de Krista, haciendo brillar los circuitos de la tela.

Al pie de la colina se ve claramente el resplandor del rayo en la cima, recortado en el cielo cada vez más oscuro. La vara de cada uno de los hombres se ilumina con un color distinto, celeste, ámbar, blanco… Osso disfruta del espectáculo antes de entrar al interior del camión.

******

La noche se ha cerrado sobre la nieve, apenas visible en un vacío que casi se puede palpar. Aquí, en el norte, el negro es profundo y limpio, tanto que casi hace olvidar el Gran Horror, cuando nubes hinchadas de cenizas del color del grafito cubrieron el cielo con verdaderas tinieblas, hace tan solo una eternidad. Hoy las estrellas parecen saltar de sus lugares y rodearlo todo, como en un gigantesco espectáculo tridimensional montado sobre una minúscula planicie. La magia de crear una variación en el punto de vista cambia el tamaño de las cosas. La sentencia que vino con las nubes negras sí que hizo cambiar el punto de vista de toda la humanidad, hizo que todo el poder de los hombres quedase reducido a un pequeño punto, un punto fácil de aplastar. Acabar con aquel poder la salvó de ser exterminada por completo. Ahora el viento sopla limpio en un mundo reconstruido, un mundo nuevo. Nadie volverá a juzgar a la humanidad como se hizo entonces, aunque sólo sea por la razón de que ahora es dife-

rente, ha sido capaz de adaptarse, de borrar sus errores, aún a costa de un siglo de guerra y dolor sin sentido, pero eso se acabó, fue la última guerra.

Una corriente de aire cortante arranca microcuchillas de hielo de las pequeñas dunas de nieve en polvo. Vuelan y flotan empujadas por el viento hasta estrellarse contra las manos desnudas de Britt. Éste levanta la derecha y se la observa en silencio, notando las rugosidades de la piel, la perfección del diseño, sabe que Krista está triste por algo relacionado con sus manos, tras un momento contemplativo levanta la vista al cielo, hace un gesto de desprecio. Britt está solo sobre la colina de nieve, aislado, lejos del campamento, aquí siente verdadero frío, la angustiosa pequeñez que atenaza los pulmones cuando se mira hacia arriba. Britt siempre ha sentido escalofríos en los espacios abiertos, pero hoy quiere estar contento, sabe que al final del camino los está esperando un Hogar. Un lugar donde abrazarse a un pecho grande y fuerte, hundir la cabeza en sus músculos y sentir el consuelo del potente latido de sus vísceras, el único remedio real para calmar la angustia vital, el frío que crece dentro de la cabeza. Se encoge de nuevo con otra ráfaga glacial: *¿cómo lo soportan?*, Osso siempre le repite que en cierto modo el grupo también lleva consigo un Hogar, o al menos el centro de uno de ellos: Madre. Su obsesión arqueológica fue lo que los hizo cruzar las montañas, y ahora es la fuerza que los devolverá a sus cálidas infraestructuras de origen. *Eso si no acabábamos todos transformados en otra carcasa de Mamut congelado*, piensa.

Britt se agacha en cuclillas y mira al suelo, recorre con la mirada la estrecha grieta a sus pies, acerca su vara. El fondo de la grieta se inunda de luz esmeralda, haciendo brillar como piedras preciosas los cristales de hielo durante una fracción de segundo, creando un aumento de precio tan fantasmal como el del valor de las cosas en la extinta economía. Una piedra oscura señala a Britt lo que está buscando: la llave de la vara. La había perdido bajando la duna de nieve en mitad del segundo ataque de rabia contra Osso del día, Britt recuerda que necesita más entrenamiento para controlar su temperamento, pero nunca lo pone en práctica. Se aparta las pieles y mete el brazo hasta el hombro en la grieta, sus dedos se mueven sintiendo la oscuridad, no consiguen alcanzar la llave. Britt sopla, la necesita para controlar el gasto de energía de la vara y conectarla a las baterías de Madre si es necesario. Mira a su alrededor pensando, Osso podría alcanzarla fácilmente, él podría meter todo su esbelto cuerpo y…, *¡NO!, tal vez con la lanza, pero con ese inútil palo verde es imposible, sin la llave no se puede conectar el modo tentáculo, solo queda una solución, me va a costar un gasto de energía suplementario, pero no pienso pedir ayuda, y menos delante de Osso*, Britt duda durante varios segundos. El orgullo, definitivamente Madre tiene toda la razón, necesita más entrenamiento, no le extraña que en el Hogar siempre lo dejen solo.

Al fin se decide, se remanga la manga del mono hasta el codo y se concentra para cargar batería. Con un suave zumbido brazo y mano se abren. Sus piezas están sujetas por largos resortes plateados que reflejan la tenue luz de

las estrellas, los segmentos de los dedos parecen ensartados en largos alambres, falanges y falangetas se doblan en acordeón girando sobre sus juntas. Britt gira su ahora enorme mano y la introduce en la estrecha grieta. Los dedos se estiran sin demasiado esfuerzo, las puntas de carne del índice y pulgar forman una pinza que recoge la llave y la sube hacia arriba. Britt suspira, tranquilo al fin, pero no sin cierto sentimiento de culpa. Los delgados dedos sobredimensionados pasan la llave a la pinza formada por meñique y anular, que la recogen como con vida propia, la meten en el bolsillo del mono, cierran la cremallera y dan dos golpecitos sobre la tela. Britt oculta el repliegue de la mano bajo la capa de pieles y mira el contador implantado en la otra muñeca: a siete, la batería ya no le servirá a Madre, Britt chasquea la lengua y mira de nuevo al cielo, su aliento forma una nube sobre su cabeza bajo la cúpula de estrellas tridimensionales.

Al rato la mano hace un clic al volver a la normalidad, pero Britt ya la ha olvidado, piensa en la melancolía de Krista, sabe que además de la extraña conciencia que se le remueve dentro desde hace días, la tristeza de Krista es algo congénito, algo que ya estaba en el polvo de donde salió su constelación neuronal. El dolor es algo humano después de todo, hay gente que nace triste, Verónika y las demás madres fundadoras sufrían por naturaleza, y convivir con eso las hizo más fuertes. Pero Britt vuelve a recordar algo: *no son los genes, es por mis manos*, se mesa la barba con rabia, pero se calma pronto, comienza a aprender, a la mierda con Krista. Britt nació sin brazos, sus antepasados fueron torturados con radiaciones por los Exterminadores de Mundos durante el Gran Horror, por eso Britt siempre estuvo seguro de quien era su padre.

Baja la colina con tiento, ensayando una nueva técnica de su invención. Al llegar al pie Britt sonríe satisfecho: *si Krista tiene su propio generador de manías es asunto suyo, que reviente*, avanza hacia el campamento con nueva seguridad en si mismo. En la negra extensión de nieve las aristas congeladas reflejan la luz de las estrellas. Este improvisado espejo hace parecer al pequeño campamento humano un escuadrón de cazas estelares flotando entre dos mitades de espacio, tal vez con la misión de escoltar a su nave nodriza de formas redondeadas hasta algún absurdo combate provocado por un idiota.

Los hombres han colocado sus varas uniendo las puntas, formado conos de vértices multicolores, dentro de cada uno de ellos una brillante luz roja incandescente da calor y energía a los grupos que se reúnen a su alrededor, muchos hombres se calientan las manos después de un duro día de guantes y entumecimiento, la mayoría ya son bultos durmientes. La calva esférica de Tibbs, el mayor de los trece hermanos, asoma de sus mantas entre la cadenas del camión, como parte de un enorme gusano que se hubiera escondido debajo.

Las lentas bocanadas del aliento condensado de Osso flotan a través de la luz de los faros, su iluminada cara de mandíbula fina se refleja con una plácida sonrisa en el radiador, empequeñecido entre los guardabarros. Está sentado en

posición de loto al calor de la ralentizada respiración del motor de la maquina, que suelta profundos y vaporosos bufidos de vez en cuando. Krista contempla los palos que se recortan negros sobre la rojiza luz de uno de los conos, no se ha quitado los guantes. No deja de mirar los largos tubos que conectan a los hombres que duermen con el interior del peludo camión, aprovechando la energía sobrante de sus baterías, innecesaria para mantener el calmado ritmo de sus pulmones.

Osso se peina el rubio flequillo con los dedos y se vuelve a colocar la gorra.

—Sabes…, he pensado una cosa.

—Dime —responde Krista sin mostrar interés.

—Podemos fabricar el mismo modelo de pieles que sacó el Hogar Bronte.

—¿De verdad?, no me digas… —continua Krista, irónico. Osso se ofende.

—Sí, con un par de modificaciones en la cultivadora vieja podemos hacerlo. —Osso alza la vista desairado y la fija en Britt, que se acerca a la hoguera sintética— ¿Se puede saber que os pasa hoy conmigo? —le pregunta.

—A mi no me mires, ya se me pasó. —Britt se sienta a descansar sus frágiles extremidades inferiores.

—¿Estás seguro? —se interesa Osso.

—Sí.

—Era por tus piernas, ¿no?

—Más o menos —responde Britt, evitando pensar en la trifulca anterior.

—Debiste hacer caso a Madre y renovarlas cuando fuimos hasta los Hogares Mary Shelley —sigue Osso.

—Aquellas no me gustaban, y aquel día las máquinas tenían fiebre, sólo operaban en el Mary 14, además, tenía prisa.

Osso sonríe con picardía: —Querías ver a Bona, ¿eh?

—Ese es el problema —los interrumpe Krista.

—¿El qué?, acostarse con otro también es un problema, ¿o qué? —responde Osso.

—No es eso, es el respeto a la carne —se remueve en su sitio volviéndose hacia los demás, se hecha atrás la melena—. Quiero decir, ¿tiene sentido todo

lo que hacemos?, piensa en el siglo XXI, en el tiempo de Verónika nadie tenía respeto por la carne, unos la denigraban como algo sucio y otros la explotaban según las modas de la economía extinguida, nos costó demasiado dolor que la gente volviera a vivir de acuerdo a las normas de su carne, que la volviese a respetar como algo que los mantiene vivos, todo eso me lo enseñó Madre.

Krista se para a tomar aire, Britt se tumba tranquilamente a esperar que acabe.

—Pero ahora, tenemos tus manos, Britt, las pieles de Osso, las baterías, ¿tiene sentido tener todo eso?, Verónika escribió que nunca debemos curar todo, ni modificar la carne para limpiarle el dolor, es quitarle un sufrimiento necesario para que la vida evolucione, perder algo…

—Pero también habló del dolor innecesario —lo para Britt—, tú estuviste a punto de ahogarte durante el parto, si el equipo técnico no hubiese estado allí para atender a Madre habrías nacido muerto, habría sido demasiado dolor para ella dejarte morir si podía evitarlo. Sabes lo que creo…

—¿Qué?

—Que esa idea tuya de la falta de respeto la has sacado de alguna vieja secta del Macho Dominante.

—¿De Dios?, no lo sé…

—Vamos, si lo sabes, estás así desde que tradujimos lo que encontramos en el bunker. Yo habría dejado ese disco duro allí, pero Madre activó esa obsesión arqueológica suya y nos hizo abrirlo, *para que nadie olvide que existió otro mundo y por qué lo cambiamos*, dijo.

—Está bien conservar otras ideas —responde Krista—, escucha: ellos también pensaban en el dolor necesario. —Osso sonríe a los faros, Krista se fija y continúa—: Recuerdo a Osso con ocho años, cuando Madre lo aparto de su lado para hacerlo madurar.

—En el Hogar de Transporte me pasaba las noches llorando —aporta Osso.

—Y míralo ahora —sigue Krista—: en tiempos de Verónika habría odiado a Madre, hubiese seguido con ella, la haría culpable de sus traumas infantiles y al final la olvidaría en un depósito de ancianos…, esa… —escoge la palabra— *secta* no era tan diferente a nosotros, también rendía culto al dolor y la sangre, para ellos respetar la vida era no alterar la…

Britt lanza una exclamación y se golpea la frente.

—¡La divina creación, ay Madre como estamos! —se sienta—, esos tipos llevan doscientos años muertos y aún siguen manipulando conciencias —señala a Krista con la mano—, al final vas a conseguir hacernos sentirnos culpables a todos, y no, esa gente veía las normas de la carne como un problema…

—Un pecado.

—Como sea, te hacían sentirte culpable de tus carnales emociones para que corrieses a que papá te salvase de ti mismo, no respetaban la vida, la despreciaban.

—Ellos creían que la carne era el templo del alma.

Britt se vuelve a tumbar, tira de las mantas y las amontona sobre sus pieles.

—Un alma pura e incorruptible a los deseos del cuerpo, creían en fantasmas, ¡bah!

—Para ellos el cuerpo era parte de la obra de Dios, lo respetaban.

Britt alza una mano.

—Que no, Krista, que no, he visto los mismos archivos que tú y está bien claro, para ellos la carne era una trampa de Dios en la que no debían caer, por eso decían que era sagrada, *made in God* —alza la otra mano y mueve ambas lentamente, como ejecutando una danza— mira, mis manos son del Mary Shelley, para mi son también sagradas, y fueron diseñadas por Madre, a la mierda Dios.

—Pero…

—No hay más verdad que la carne —declama Osso en su pose de meditación.

—Cierto —sigue Britt—, en el Tiempo de Verónika, cada uno en su estilo, nadie respetaba la carne, los de la economía extinguida hacían que la gente despreciara su cuerpo, solo podían tener el que les vendían —Krista lo señala con ambas manos juntando las palabras para decir algo—, envasado y a precio de oro… —termina Britt.

—Ahí voy, ahí —puntualiza Krista—, después del Gran Horror, durante la guerra, en la tierra del Macho Dominante la manipulación de la carne llegó a extremos agónicos, Verónika y las madres fundadoras lucharon contra eso…, ¿tiene sentido que ahora nosotros hagamos lo mismo?

—Que tontería —la melodiosa voz de Osso habla con total seguridad—, no cambiamos nada de las normas de la carne.

—¿No? —pregunta Krista dudando.

—Mientras la carne sea capaz de emocionarse y sufrir seguirá siendo humana, sin importar la forma que tenga, eso me lo enseño Madre, y a ti también —alza la voz—, ¿verdad que sí, Madre?

Britt se vuelve de espaldas y se hace un ovillo.

—¡Bah!, déjalo, todos duermen ya, Madre querrá descansar en paz.

Osso se pone de pie y roza con una mano su vara de luz blanquiazul, el resplandor rojizo del cono empieza a apagarse lentamente, pasa sobre Britt y se acuclilla para reunir un manojo de los tubos que salen de los bajos del camión, la fina tela sintética de su mono gris se le pega a la piel. Se levanta, se agacha y cambia de posición, Britt le mira fijamente las andróginas curvas de los glúteos, bíceps femorales, cuadriceps y músculos membranosos y tendinosos, un diseño perfecto, *Madre estuvo inspirada aquel día*, piensa, *por eso éste siempre lleva monos tan ceñidos*, oculta rápidamente la cabeza bajo las pieles cuando Osso salta por encima dejándole caer un tubo encima.

—Tranquilo, si todo el mundo lo sabe —dice Osso, vuelve la cabeza para sonreír a la mano de Britt, que sale de las mantas a recoger el tubo y llevárselo para conectarlo en su cubil.

Osso enrosca su tubo en la abrazadera metálica de su ombligo, se sube la cremallera del mono y le alcanza otro tubo a Krista, que sigue todavía pensativo.

—Vamos, se te pasará —Osso se agacha a conectarle el tubo.

—¿Cómo está Madre? —pregunta Krista con voz queda.

—Cayéndose de sueño, como todos, deja de preocuparte.

Krista suspira y se tumba de lado, Osso lo tapa con las pieles. Le habla en voz baja.

—Entre las cajas, bombonas y Madre preñada solo hay sitio para uno a la vez, lo siento —le frota un poco la espalda, se levanta y mira alrededor, los conos rojizos se apagan despacio rodeados de bultos humanos en los que tropiezan las ráfagas de hielo, Osso se lo piensa, y al fin decide tumbarse debajo del camión, coloca la cabeza bajo los depósitos esféricos de combustible y se tapa con su vieja capa de cuero del Hogar de Transporte.

El pequeño campamento parece un grupo de crisálidas en hibernación, bultos oscuros orbitando alrededor del centro de gravedad del camión en mitad de la nada. Los faros parpadean y se apagan.

******

Ha pasado una semana y las montañas han crecido hasta llenar el cielo. Los hombres las ven cercanas, pero el gasto de energía hace que hoy las sientan más lejanas que nunca. El grupo se mueve bajo los dientes de hielo que jalonan la boca de un largo desfiladero abierto entre dos kilométricos témpanos. Krista camina rozando el extremo de su vara en la azulada pared de nieve, endurecida por la presión de su propio peso. La punta de la lanza, reducida a un simple palo por falta de batería, se engancha una y otra vez en las ramas resecas de viejos árboles, negros fósiles aplastados por los estratos acumulados durante cientos de veranos fríos. Son cadáveres que esperan un deshielo que nunca llegará los glaciares siguen creciendo, pronto invadirán los valles, y, si los vientos no lo remedian, lograrán cruzar las montañas.

Los pies de Krista comienzan a pisar piedras y roca desnuda, se vuelve a los demás.

—Estamos cerca, esto es la falda de la montaña.

Los hombres caminan apartando pedazos de hielo para hacer paso al semioruga, el esfuerzo de siete días hace que muchos vayan rezagados, sus pasos son como los de unos cuadrados robots de juguete con poca pila. Sólo el potente camión parece estar caliente, Britt, unido a él por uno de los tubos, anda hacia Krista arrastrando un pie, está agotado aunque su cara no lo representa. Osso baja del camión y comprueba la conexión del cable umbilical de Britt sin que éste se dé cuenta.

—Eso espero, esto está durando demasiado, ya hemos alcanzado el límite de las reservas de Madre —responde Britt a Krista.

El grupo continúa avanzando hacia un recodo del desfiladero bajo una fina lluvia de gotitas. Krista recibe una preocupada y seria mirada de Osso, que se detiene a su lado, detrás el camión también frena con un bufido de fondo metálico.

—¿Cómo va el pie? —pregunta Krista a Britt, que no se detiene.

—Más o menos, el corte ha dejado de sangrar, pero los dedos cada vez están más entumecidos.

—Nunca aprenderás.

—¡Bah! —exclama Britt acelerando el paso.

Su tubo, estirado en toda su longitud, lo frena en seco. Britt, que no ha reparado en que el camión se ha detenido, se esfuerza en dar otro paso, le falta el

crampon del pie magullado, que está envuelto en un ovillo de tiras de piel atadas con cable de cobre, el crampon del otro pie está muy dañado. Britt al fin se da cuenta de lo que ocurre, sopla y deja caer los hombros. Osso fuerza una sonrisa para Krista.

—Ves, ya se está riendo de mi otra vez —dice Britt.

—Yo no me río de ti —contesta Osso.

—No empieces otra vez, él no se ríe de ti —interviene Krista.

—¿Qué no?, me caí en ese agujero por su culpa, él y sus dichosas carreras. —Britt se apoya en la pared y mira al suelo. Krista se acerca un par de pasos.

—Su idea es buena, él puede llegar primero y avisar.

—Y así demuestra lo bien equipado que está, ¿no?

Krista le indica el pie estropeado.

—Britt, esto te ha pasado por pensar esas bobadas, él no tiene la culpa de viajar más, es su carácter, como el de Madre, Osso se pasa más veces por el Mary Shelley, es lógico que esté más preparado para moverse, tú eres más de andar entre archivos.

—¿Y por eso tiene que llegar a todo antes que yo?

—Él sólo trataba de ayudarte.

—Sí, claro, y de dejar atrás a los demás también.

—Ya te estás pasando —Krista alza la voz.

—¡Sí, me paso, ¿y que?!

—¡Estúpida víbora celosa, aprende de una vez, después de que el pobre…!

—¡Ya basta! —grita Osso con su aguda voz de hembra— ¡basta los dos, no necesito que nadie me defienda, entre vuestras envidias y depresiones habéis hecho de este viaje el peor desastre de mi vida, ya no quedan baterías, ni para mí, ni para la herida de Britt, ni para nadie, y Madre se está enfriando, os enteráis, perderá al niño por vuestra culpa —agita los brazos rojo de ira y echa a andar apretando el paso—, a la mierda, a la mierda con todos, estoy hasta las narices, *mierda*…!

Pierde el aliento, se quita la gorra para secarse las gotas de sudor con el dorso del brazo, frente a él, al doblar el recodo, hay un enorme pedrusco casi negro, y más allá las paredes del desfiladero se han derrumbado en un confuso

montón de pedazos de nieve compacta. Entre ellos, a través de las grietas, se ven los tonos grises y terrosos de las rocas de la montaña más cercana, cuyo pico blanco está casi encima de ellos, enmarcado por dos líneas de goteantes trocitos de hielo traslúcido bajo la luz del sol.

Osso avanza hasta apoyarse con las dos manos en la roca, deja caer la cabeza hacia delante ahogando un lloroso quejido. Krista da con la cabeza contra la pared de hielo. Britt se quita el tubo, lo arroja con rabia contra el suelo, rompiendo la conexión. Suelta un bufido al ver la roca, avanza decidido hasta tocar la piedra con la mano desnuda, la presiona un poco y suspira apesadumbrado.

—Todo esto por tu culpa —le musita Krista, Britt se vuelve encendido.

—¿Por mi culpa?, tú fuiste el que nos metió en este camino.

—No había otro.

—¿Seguro?

Krista suelta un gruñido: —Hay que aceptarlo, nada de lo que tenemos nos sacará de aquí.

Britt replica midiendo las palabras.

—Ah, ¿y por eso no dejaste a Osso irse?, para demostrar alguna de tus teorías, ¿no?

—Bobadas.

—Había otra ruta —dice Osso.

Britt se dirige a Krista inquisitivo: —¿Había otra ruta?.

—Se acabó, tú jodiste el acumulador, estamos así por tu culpa —suelta Krista, sin dejar de mirar a los lados.

—¡¿Había otra ruta?! —grita Britt.

Osso contesta en lugar de Krista.

—Sí que la había, difícil, pero estaba en el mapa de Madre, él se empeño en tomar ésta por…

—Lo hice por Madre —afirma Krista.

—¡Una mierda! —rechaza Britt.

—Dijo que él marcaba el camino… —dice Osso.

—¿Qué? —espeta Britt.

—Era más seguro —afirma Krista.

—Era una suposición —continúa Osso.

Gritos.

—¡Cállate! —ordena Krista a Osso.

—¡No me da la gana! —replica airado Osso a Krista.

—¡Tú nos metiste en esta tumba! —acusa Britt a Krista.

—¡Tú reventaste el acumulador! —grita Krista enfrentando a Britt.

—¡Pero ahora tiene razón! —intercede Osso.

Krista le responde fuera de sí.

—¡Tú lo provocaste para que jodiese la radio, maldito pedazo de carne deforme, ojalá te pudras en el infierno!

Osso hincha los ojos.

El camión vuelve a arrancar con gran estrépito, suelta una nube de vapor oscuro y hace temblar el suelo. Madre hace vibrar sus entrañas haciéndoles callar, harta de discusiones.

Osso respira profundamente antes de hablar:

—Vamos, seguro que Madre sabe como sacarnos de aquí —empieza a caminar hacia el resto de sus hermanos, cabizbajo.

Visto desde fuera el desfiladero se dobla y termina abruptamente en el derrumbe, silencio, en la lejanía se distingue el sinuoso camino abierto por el grupo atravesando el accidentado borde del glaciar, como si una lijadora enloquecida hubiese decidido darse una vuelta por allí.

Una enorme explosión hace volar la roca negra por los aires junto con parte de los bloques caídos de las paredes.

Unos tubos disparan potentes chorros de vapor desde debajo del radiador del camión, pero esta vez es nitrógeno liquido que congela instantáneamente la nieve derrumbada, creando una rampa que sube hasta la superficie de uno de los témpanos. La escarcha cubre las gafas de sol que tapan los faros del vehí-

culo. Krista y Osso salen de entre la nube, Krista sacude la cabeza para quitarse la película de gas helado del pelo:

—Hemos salido, pero hacer todo este gas ha agotado las reservas casi completamente, ¿crees que llegaremos?

Osso le contesta serio, sin mirarle.

—Madre tiene esperanza, sino no nos hubiera dejado gastar la pila de antimateria de su mascarilla para volar la piedra. —Osso se vuelve hacia el resto del grupo—: Vamos, ahora tenemos que descansar.

Vuelven con los demás. Frente al lugar en el que estaban, la planicie choca con la montaña y el terreno se arruga en acordeón como papel de plata.

******

En el crepúsculo, los cristales de hielo toman un tono ambarino, reflejan las nubes rojizas que flotan sobre un pequeño promontorio de nieve. Sentado en él, Britt contempla melancólico el bloque de plástico fundido del acumulador, juguetea con un destornillador dándole vueltas entre los dedos. Un amplio boquete en la pieza deja ver la bulbosa placa de circuitos rosados del GPS parcialmente sumergida en una masa de plástico fundido, donde murieron la radio y su antena, sus restos componen un informe amasijo lleno de cables enredados como pelos en un chicle. Krista llega andando despacio y se sienta junto a Britt, le alcanza el extremo del tubo que trae, del que sobresalen algunos cables sueltos. Ambos permanecen en silencio mientras Britt saca un pequeño conector de un bolsillo y empieza a montarlo en el tubo. Krista se decide a hablar.

—Los demás ya duermen, tal vez ahorremos algo para mañana.

—Muy bien. —Britt trabaja meticulosamente las piezas. Krista observa la precisión de los dedos, el temblor del pulso de su primo está ajustado a cero y así puede distinguir perfectamente el latido de las venas y arterias. Suspira y mira al frente:

—A Osso le ha vuelto a dar otro bajón, ha estado llorando, dice que nos hemos pasado todo el camino discutiendo estupideces, que ha sido demasiado para sus nervios…, no le pasaba desde hace diez años…

—¿Cómo está ahora?

—Durmiendo. Y…, sabes, creo que tiene razón.

—¿Sí?

—Y tú también.

—¿Desde cuándo? —Britt lo mira.

—En parte. —Zanja Krista, y continúa—: Es por esta idea de Madre, este viaje, no ha sido como los demás…

—No es la primera vez que estamos en esta misma situación.

—En el Mar de Cenizas teníamos radio —le recuerda Krista.

Britt sisea modulando de la rabia a la responsabilidad:

—Lo sé, fue mi mala sangre.

—Y que Osso no te hace caso, y que tienes que entrenar más…

—Ya vale.

—Pero no fuiste tú sólo…

—¿No?

Krista desvía la mirada: —leer esos libros viejos me afectó demasiado, me hizo replantearme demasiadas cosas de mi vida, muchas y en poco tiempo.

—Han conseguido que te sientas culpable de tu propio cuerpo. —Britt aprieta una junta.

—Y no sólo eso, estaba demasiado pendiente de mis problemas de conciencia, me olvidé de todo lo demás, aquella noche volví al bunker a releer algo, no le hice caso a Osso, y dejé que el acumulador se sobrecargase…, por eso exploto cuando le pegaste la patada.

—Vaya.

—Este viaje ha sido un desastre. —Krista se tumba boca arriba, mira al cielo, un pequeño punto flota en círculos, un ave, un buitre planeando hacia su refugio en las montañas. Britt ajusta la abrazadera mientras habla.

—Madre tuvo que poner mucho interés para que todos estuviésemos de acuerdo en desviarnos de la ruta —tira del tubo para revisar el otro extremo—, todos sabíamos que regresar atravesando la llanura era muy arriesgado, ella misma lo sabía.

—Tenía una razón poderosa, las ruinas eran increíbles, recuerdas el almacén de discos, todo música de los 80 del XX, debí quedarme allí y olvidarme del Bunker, tuvimos que abandonar tres cajas —suspira, alza la vista recordan-

do—, y luego las torres, los discos duros de los bancos, y la conexión con los archivos de las sectas, ha valido la pena.

—Pero hay algo más, como si Madre quisiera convencerse a si misma de algo —Britt detiene sus manos un momento y se queda con la vista fija—. Actúa así desde que empezaron a oírse los rumores del Macho Dominante, es como si buscara un sentido a su vida.

—Pues debió encontrarlo, salió muy satisfecha de allí.

—Cómo no, viendo los resultados: discusiones, peleas, una muerte cierta, si lo que quería era reafirmar que hace lo correcto con su vida lo ha conseguido. —Britt coge su vara y se pone en pie.

—¿Tú crees?

—Piénsalo, la economía extinguida y toda esa mierda, esas teorías del pasado hacen daño incluso hoy día —clava la vara en el suelo—, tal vez a ellos les fueran útiles alguna vez, pero si una idea ya no te sirve, cámbiala.

Britt pulsa un nudo de la vara, el extremo superior se abre como una flor de pétalos negros y brillantes: células fotoeléctricas. Krista piensa con la mirada fija en el cielo, ahora hay dos buitres, y su vuelo no sugiere que tengan planes de volver a su refugio en las montañas.

—¿La economía extinguida hacía sentirse a la gente culpable? —pregunta Krista.

—Claro, cómo te crees que los convencían para comprar todos sus productos y servicios —Krista se incorpora sobre los codos, Britt ha conectado un extremo del tubo a su ombligo y está desatornillando una plaquita de la vara—, estaban obligados a comprar bajo pena de ser declarados terroristas, piratas, o algo peor…

—Normal, no tenían red comunitaria.

Britt lo apunta con el destornillador.

—¡Claro que sí! —continúa apretando la clavija con fuerza—, esos cabrones se pasaron cincuenta años reprimiendo la tecnología que ha salvado al mundo, lo único que ha hecho Madre es demostrar algo que todos sabíamos ya.

Se oye un zumbido en la vara y Britt se examina el contador que titila en su muñeca. Krista apunta con la cabeza a la vara mientras saca un paquete de galletas energéticas.

—Ya lo he probado, el conversor no lo aguanta, gastamos más de lo que llenamos, no podrás recargarte —le avisa a Britt y muerde una galleta.

—Las vuestras se gastan antes, este modelo mantiene la potencia.

Ambos observan el girasol negro.

El zumbido desaparece de golpe y los pétalos de la flor se cierran como las fauces de una planta carnívora. Britt da una patada al suelo con la pierna herida y se mesa la barba contrariado. Krista contiene la sonrisa mientras le tiende el paquete a Britt.

—¿Una galleta?

Britt saca una resignado.

—¿Cómo tienes el pie, ya no te duele? —pregunta Krista.

—Está congelado.

—Mary Shelley.

******

Frío amanecer, el cielo encapotado es de un gris deslumbrante que se refleja en las gafas para nieve del camión, que sube una colina más, un manto de escarcha espolvorea las pieles del techo y costados, y unos delgados carámbanos cuelgan por debajo del parachoques. Detrás de él sus cadenas dejan su sinuoso rastro paralelo a la línea de las montañas. El grupo se mueve hacia el paso que se abre entre dos de ellas, dos inmensos senos que les muestran el camino a la vida de las infraestructuras del otro lado, todavía lejanas. Todos caminan encogidos por el frío, cada vez más despacio, Britt tiene que apoyarse entre Osso y el camión para poder andar. Sin aliento pide que el grupo pare, el vehículo frena con un rechinar metálico de la suspensión. Britt echa la cabeza atrás, la apoya contra la mullida carrocería, y cierra los ojos. Osso lo deja, echa una mirada nerviosa al aspecto del camión.

—Voy a comprobar el feto.

—Sí… —Britt sigue con los ojos cerrados, Osso entra dentro del vehículo. Desde la cumbre de la colina Krista y el resto de sus primos lo observan preocupados, murmurando crueles presagios sobre un vacío cercano. Britt abre los ojos y deja la mirada perdida en la distancia, los abre aún más. Se arranca a andar y sube la colina a trompicones, llega hasta Krista que se sobresalta al verlo aparecer a su lado sin aliento. Britt señala hacia las montañas tratando de recuperar la voz, al fin lo consigue.

—Hazme…, hazme un zoom.

—Las baterías están muertas, quieres matarme a mí también.

—Tú hazlo.

Krista se lo piensa sin moverse. Britt se baja la cremallera del mono y se saca el tubo umbilical, se lo alarga a Krista.

—Venga.

—Está bien.

Al segundo Krista tiene conectado el cable de secciones cromadas. Respira profundamente, la cuenca del ojo derecho se desenrosca desplegándose telescopicamente hacia delante, dentro el iris gira con ella, abriendo el diafragma, la pupila es una lente de mediano calibre color infrarrojos.

Krista hace zoom al hueco entre las dos montañas, vuelve a hacer zoom horrorizado, sólo se ve el rastro de una gran avalancha de rocas.

—¡El paso, el paso está cortado, derrumbado, piedras, un alud, no está, no está, no…!

—Ahí no, bobo —Britt lo coge de los hombros girándolo hacia el extremo este de las montañas. Tras algunos mareantes titubeos a lo largo de la línea del horizonte Krista fija el objetivo en un rectangulito negro que vuela paralelo al horizonte.

—Dime que es lo que pienso que es.

Aumenta el zoom, el rectángulo se hace enorme en la lente, se distinguen los vórtices de aire caliente que lo mantienen flotando, unos cuadrantes generados por el ojo de Krista señalan los motores, uno en cada vértice, la cabina de pilotos…

—¿Qué ocurre? —pregunta Osso, recién llegado.

—Sí, es un Hogar de Carne, atraviesa la planicie seca.

—¿Aquí, como es posible? —pregunta Tibbs, con tono de esperanza incrédula.

—Espera, espera, ¿que día es hoy? —pregunta Britt.

—Claro, es el Hogar Kent, su grupo hacía el traslado esta semana—recuerda Osso.

—¿Seguro? —cunde la ansiedad entre los hombres.

—Yo mismo tuve que cambiar las fechas para lo de Madre, seguro, es el Hogar Kent, en ruta a las infraestructuras mineras, donde vamos nosotros— dice Krista.

—Pero está demasiado lejos, no puede vernos —dice Tibbs.

—Mierda, estamos sin radio —recuerda Britt.

—Y no vuelan bien sobre el hielo —continúa Tibbs.

—A la mierda eso —Osso corre hacia el camión—, tengo una idea, dadme vuestros cables de alimentación, todos, de prisa.

Rápidamente todos los hombres conectan sus cordones umbilicales al bulboso vehículo, todos se apoyan sobre su carrocería de pieles y se concentran.

Desde la penumbra del interior de la cabina del Hogar de Carne se distingue un potente destello en la lejanía, alguien señala un segundo destello.

Los faros del camión vuelven a parpadear con una luz cegadora. Se encienden una vez más con gran potencia, y, tras unos palpitantes segundos, se apagan. Un hombre cae al suelo sin aliento, todos están sudorosos y jadeantes, cae otro.

—Se acabó, no podremos hacer otro —dice Britt.

Krista corre hacia un lado, enfoca.

—¡Está girando, está girando!

Osso mira eufórico al camión.

El gigantesco Hogar de cien metros de lado se aproxima, una oscura manzana de casas de cuatro pisos alzada por los aires con la fuerza de cuatro tornados artificiales, miles de toneladas nómadas. En la fachada los motores de dirección brillan como ascuas, disparan algunos chorros de llamas azules, empujando el peso de la finca y haciéndola maniobrar sobre el terreno rocoso del borde de las montañas, cruza por delante de ellas, dejando atrás el paso bloqueado, y gira hacia ellos. Una maniobra difícil, las rutas están diseñadas para no tener que realizar giros pronunciados, a los que los pilotos no están acostumbrados. Cada vez está más cerca, su sombra volatiliza las pequeñas acumulaciones de nieve esparcidas entre las escarpaduras de la extensión de piedra. Krista se fija en pequeños detalles, el diseño de las ventanas del piso más alto, las placas blindadas, las paredes de cemento negro, fija la vista en el motor de la esquina trasera izquierda, el vórtice de aire caliente lleno de polvo tiene un ligero temblor parpadeante y vibra de lado a lado.

—No es el Hogar Kent, es uno militar, el Mantis 14.

—Pero, ¿aún funcionan? —pregunta Osso.

El Hogar de Carne toca la plataforma helada, la bolsa de aire caliente creada por los motores deja un surco de agua fundida a su paso, desciende, sufre un pequeño desequilibrio en el lado del motor con la vieja herida de guerra, los pilotos lo corrigen con un giro sobre el eje del edificio, volviendo su fachada principal hacia los hombres. Krista confirma su suposición, las troneras de la cabina se abren en el cilindro de cemento de una de las esquinas, rematado por una corona de acero y cañones antiaéreos de la que asoman gárgolas de Mantis de afiladas guadañas. Dentro de la cabina una anciana piloto de uniforme y con el pelo gris cortado a cepillo coloca el Hogar casi encima del grupo.

Desde luego el Hogar está habitado, el aire caliente atrapado entre las patas de viento desprende un fuerte olor a humanidad y residuos fecales, una lluvia compuesta de diferentes líquidos vitales cae desde la maraña de tuberías y cables que asoma entre las gruesas costillas de cemento de los bajos de edificio, cubiertas de oscuras manchas de humedad. Los hombres corren apartándose de la trayectoria de los tornados, el pelo de Britt es azotado por el viento, tiene una extraña expresión en la cara. A su lado Krista chilla por encima del vendaval.

—¡Quitaos de ahí, que no os traguen los motores!

Desde un desagüe cae una cascada de agua, se derrama sobre el lago que se está formando bajo el Hogar de Carne. Uno de los hombres resbala en la película acuosa y cae. Los direccionales rugen, el edificio retrocede y se eleva unos metros.

—No podrá aterrizar, ¿cómo va a recogernos? —pregunta Tibbs.

El nivel de ruido baja y el Hogar se estabiliza girando lentamente.

Desde las ventanas corridas del segundo piso un gran numero de rostros curiosos de ambos sexos miran al semioruga y a sus acompañantes. Unas bombillas iluminan las oxidadas planchas blindadas que revisten los cimientos, unas gruesas cadenas se descuelgan pesadamente hasta rozar el suelo, van provistas de ganchos industriales. Una plataforma de hierro impacta contra el agua salpicando a los hombres. Una voz femenina resuena por unos estridentes altavoces.

—¡Eh!, los de abajo, no podemos subiros, espero que ese regalito os dé ideas…, y no puedo mantener este dichoso caracol aquí mucho tiempo, así que arreando, coño.

Krista se gira risueño a Britt, que baja la vista ocultado la cara con una mano, Osso lo mira interrogativo.

—Mi abuela —responde avergonzado.

Sentada con una pierna por fuera, a caballo del marco de una ventana, la anciana uniformada se vuelve a llevar el altavoz a la boca, se dirige a Madre.

—Y tu, vieja zorra, ¿como se te ocurre llevarte a tus niños tan lejos, es que esas ruinas no han hecho bastante daño ya?

******

Los catorce hombres forman un confuso montón de varas y pieles sobre el techo del camión, que cuelga de las cadenas mientras el Hogar de Carne sobrevuela las montañas. El conjunto va siguiendo la ruta marcada para el edificio, delante de ellos ya se vislumbran las primeras praderas verdes de los valles. Desde el oeste se les ha unido un Hogar de Transporte, y, algunos kilómetros por detrás de ellos, vuela el Hogar Kent, todo según el plan trazado, o casi.

Krista desciende por la escalerilla que lleva a la trampilla abierta por encima de sus cabezas, junto a dos potentes bombillas encendidas.

—Vamos a girar ya, empezamos el descenso.

Con una vibración proveniente de la fachada oeste el Hogar empieza a doblar hacia la izquierda, descubriendo un largo valle lleno de bosques y claros, una estrecha carretera atraviesa la mancha parda de un pueblo en ruinas en dirección a las minas de hierro. Tres helicópteros procedentes del Hogar de Transporte se colocan delante, los tres de un modelo que no se veía desde hacia mucho, negros con bandas granates, militares. Britt los observa alejarse a través de las sucias bocas cilíndricas de los motores de vórtice.

El uniforme demasiado nuevo de su abuela y lo que le ha contado confirma las peores sospechas que tenía, las verdaderas razones que habían impulsado aquel viaje al pasado de Madre. Era cierto, el Macho Dominante había renacido en el este, en el mar de cenizas chino, algunos supervivientes olvidados del Gran Horror estaban intentando montar una civilización, lo más probable es que llevasen años investigado su pasado, o lo que creían su pasado solo por escarbar el suelo que pisaban, solo por eso se explica que alguien decida que es mejor vivir atado a la tierra. Estaban construyendo ciudades, competían entre ellos en una economía de mercado, y habían establecido una frontera. Nadie sabe si ya tienen ejercito, lo que sí es seguro es que han cerrado varias rutas de la red, obligan a pagar peaje en aduanas, y que incluso, se dice, han derribado un Hogar. Pronto Madre tendrá que tomar su decisión en una nueva Junta Matriarcal: cortar con ellos, dejándolos aislados y olvidados, solos con su propia vida, o aplastarlos para siempre, ahora que estamos a tiempo, antes de que sea demasiado tarde. *¿Cuántas veces cometerá el hombre el mismo error,*

cuantas veces volverá a creerse dueño de la tierra, cuantas veces habrá que hacer daño para que la gente viva según las normas de su propia carne?

Osso es totalmente ajeno a estos tristes pensamientos, canturrea con los cascos puestos, moviendo la cabeza al ritmo de la música, demasiado joven para pensar en algo así. Krista está sentado abrazado a sus rodillas con la vista fija en el valle, respira tranquilo, seguro de si mismo, las noticias de la abuela han alejado de sus pensamientos todas sus dudas, la decisión es clara, el mundo seguirá nómada, sin fronteras ni propiedades. Britt es el único que ha escuchado las terribles historias de la abuela, ni el reconfortante calor de la pila de su interior, cargada de energía renovada, puede apartar el desasosiego que le producen esas historias de guerras nunca vividas, y trata de alejarlas de su cabeza. Osso canta algo en su versión del francés. Britt alza la voz.

—¿Qué escuchas?

—Desireless, de lo que encontramos en aquel disco duro de las Guerras-contra el Terror. —El viento le sacude el flequillo.

—¿Y lo entiendes?

En respuesta Osso le mete un casco aurícular en el oído. Britt escucha unos segundos de latidos electrónicos. Delante de ellos ya se distinguen la cúpula del Templo rodeada de superficies asfaltadas y diversas estructuras industriales mineras.

—Voyage, Voyage, algo de viajar —traduce Britt.

Un rayo de sol se refleja en sus caras, Osso afirma con un gesto.

—Muy acertado.

El Hogar de Carne pierde altura en dirección este, vuela sobre las copas de los árboles, de un verde brillante bajo la luz del sol del atardecer, sigue el deslumbrante curso del riachuelo que lleva directamente a su destino. Los helicópteros aceleran, encienden las luces de aproximación.

El camión se estremece de repente, los hombres notan cómo se endurecen los músculos debajo de ellos y se miran alarmados entre sí, Osso se quita los cascos rápidamente. La profunda voz de Madre hace vibrar las pieles.

—Tengo contracciones, y va en serio.

—Mierda, ¿estás segura? —Krista se pone de pie cogido a una cadena.

—He parido siete veces, estoy segura.

—Pero mamá, si te lo noté antes, ¿por qué no me lo has dicho? —pregunta Osso.

—Estoy aquí colgada, ¿no?

Osso deja caer la vista hacia la alfombra de afiladas cornisas y profundos desfiladeros que dejan atrás y lo comprende, no hubiera servido de nada sin un lugar donde aparcar, y una cornisa no es el mejor lugar del mundo para parir.

—¿Qué ocurre? —pregunta un hombre con aspecto guerrero desde la trampilla.

—Madre está de parto —responde Osso.

El camión vuelve a vibrar, está vez más fuerte, Madre ahoga un retumbante quejido de ballena. Britt se pone de pie junto con los demás. La abuela se asoma por la portezuela.

—Tía, la que estás liando, todavía hay que hacer las maniobras de atraque, y aún tengo que esperar a los otros Hogares, ¿puedes aguantar?

—¡Quiero tener a mi hijo en el suelo! —ordena Madre.

—Muy bien —la Abuela levanta la vista y se dirige a sus hombres—, venga moveos, los vamos a dejar junto al agua —la trampilla se cierra de un golpe.

Cae la última cadena que sujetaba a Madre, depositada en un claro del bosque, cerca de la carretera y el arroyo, entre la ventolera Osso saca el último paquete de la caja marsupial del camión viviente. Debajo de las pieles de las que ha salido los enormes pulmones respiran profundamente, controlando el ritmo de entrada de aire mediante un ejercicio de meditación. Osso acompaña a Madre, que se mueve rápidamente hacia unos árboles que dan sombra al lado del pedregoso riachuelo. El Hogar de Carne hace un giro sobre si mismo y se encamina hacia a las infraestructuras de un kilómetro más abajo. Se oye la voz de la abuela a través de los altavoces.

—Espero que ahí estéis bien, dentro de una hora mandaré al equipo técnico, y tú, montón de carne motorizada, asegúrate de que mi sobrino nace bien.

—¡Buah, cállate! —gruñe Madre con un eco de cartílagos metalizados. El altavoz se cierra con un pitido de acople. Una nube de hojas estalla cuando el Hogar alcanza la línea de árboles.

De entre las cadenas del bulboso vehículo surge un tubo de segmentos cromados que aparta el manto de pieles que cubre el espinazo que une el tórax con aspecto de cabina con el abdomen del semioruga, dejando ver unos voluminosos y redondeados hombros desnudos. Los hombres desmontan el capó,

asoma una negra cabellera, Madre hace crujir las articulaciones de los brazos para desencajarlas y sus manos sueltan el sistema de dirección conectado a las ruedas delanteras. Luego empuja hacia delante el eje delantero con ambas manos, se desabrocha las correas que sujetan la coraza de cuero que forma el chasis y, empujando con las palmas en direcciones contrarias, desenrosca el tubo de la transmisión, que se saca de entre las anchas cadenas de la parte trasera. Madre se incorpora levantando de ras de suelo la máscara formada por luces y radiador, se quita las gafas de sol, tras los cristales de los faros sus pupilas se achican ante el cambio de luz, Madre se desabrocha la correa que sujeta la mascara al mentón y los tubos que la unen al sistema de dirección, se la quita, dejando ver su amplio y sudoroso rostro, su voluminosa cabeza está a cinco metros del suelo.

—¿Cómo estás? —pregunta Osso.

—Está cerca.

Madre respira hondo, aparta a un lado las ruedas y sumerge las manos en el agua, se lava la cara y se moja los brazos, se vuelve a elevar y se suelta el fuerte pelo de mechones plateados, para sujetárselo bien con la goma. Otra contracción, los hombres se acercan, otra más, Madre hace un gesto de dolor, su grueso cuello emite un sonido y palpita con la potente respiración, el espinazo de Madre se contrae.

—Ya viene…, ¡ya viene!.

—Vamos, chicos, moveos, tú, tráeme la toalla verde, la grande. —Osso corre hasta la parte de atrás del camión, se quita la capa y se arremanga las mangas—. Tibbs ve dentro a empujar.

Madre se yergue completamente, alzando aún más su torso de centauro, el tentáculo metálico sale del centro de la faja que la rodea por la cintura al nivel del ombligo y suelta rápidamente los cierres de la túnica de pieles. Madre se la quita con las manos dejado ver la suave piel cobriza que cubre el vientre y las dos voluminosas masas de músculos, tendones y huesos que dan fuerza motriz a las cadenas de cinco ruedas cada una. Delante de ellas, en los costados, quedan totalmente distendidas las entradas a la caja marsupial, formada por los huesos de la pelvis, cubiertos de membranas decoradas por la red venosa, en el techo se distinguen las vértebras, iluminadas por la luz de un bulbo luminiscente, debajo de él, en el suelo del fondo, sobresale el redondeado bulto del embarazo. Tibbs entra dentro, se quita los guantes y se arrodilla a su lado masajeándolo con firmeza con las manos, detrás suyo la entrada se cierra dejando dos pliegues de salida en los lados, en la cálida humedad del vientre materno la calva de Tibbs se llena de gotas de sudor, su rostro brilla con una plácida sonrisa en la penumbra ambarina que una vez contuvo diez gemelos.

—La verdadera patria del hombre es su infancia, hermanito —murmura.

Continúa palpando la barriga preñada, que tiembla de nuevo, Tibbs escucha y siente la corriente del líquido amniótico.

Sale a chorros por detrás, la cascada forma un charco entre las orugas de Madre. Sus genitales, del modelo humano estándar, pero pequeños para los glúteos que los rodean, están totalmente dilatados.

—Has roto aguas, ya viene —le dice Osso.

—¡Que hago, que hago! —grita Krista en plena pataleta.

—No te quedes ahí, llena la barreña de agua, Britt ven a ayudarme.

Britt se pone a su lado y se acuclilla, esperando. Algunos hombres cogen de la mano a Madre, una nueva contracción pone en peligro sus falanges ante la fuerza del apretón, deciden prudentemente apartarse. Madre se tumba boca abajo en el suelo apoyando las dos manos, los tendones del cuello se le ponen en tensión, se concentra en el pequeño punto de salida, lleno de terminaciones nerviosas al rojo vivo. Su garganta hace un rechinante sonido con el esfuerzo, goteando de sudor.

—Venga, ya lo veo, vamos empuja más —anima Britt.

—¡Tú, haz algo ahí dentro! —grita Osso.

Se oye la apagada voz de Tibbs —Eso hago…, que yo también quiero salir de aquí, esto es un horno.

—¡No te quejes tanto! —ruge Madre, da un puñetazo que hace retumbar el suelo—, ¡me cago en la madre que me hizo!

—Oye, oye, que tú te empeñaste, en el Mary Shelley pudiste ampliarte el coño, pero no quisiste, con ese rollo tan tuyo del dolor vital, ¿eh Madre? —comenta Britt sibilino.

—¡Cállate!

—Vamos, ya lo tienes Madre, empuja un poco más.

—¡Me llamo Mar, imbécil!

—Vale, pero no dejes de empujar, mama, Britt prepárate.

Britt se arrodilla.

—Imagínalo, ahora tendrías montada aquella preciosa vagina del calibre 16.

—¡Me gusta asi-i-i, quiero que duela-a-a!

Madre hace rugir sus potentes muslos, los músculos se contraen, tirando de los tendones de fibra de carbono, haciendo girar los pistones de hueso de aleación. Gruesos tubos inyectan sangre venosa con cada retumbar del corazón, haciendo palpitar todo el interior. El esfínter donde se conecta la transmisión suelta una nube de vapor alrededor de Tibbs.

Krista corre hasta el redondeado trasero del camión con la pequeña barreña, derramando el agua templada por todos lados con las prisas, resopla, debe volver a recoger más.

Britt despliega sus dedos telescópicos alrededor de la cabeza del bebe, que sobresale entre chorros de sangre. Osso se seca el sudor de la frente.

—Mierda, le está costando.

—¿Qué pasa?

—Nada, tú aprieta.

Britt mete cuatro dedos en la vagina, coge la cabeza cuidadosamente y tira de ella suavemente, pero con fuerza continuada. La cabeza sale como un misil, Osso la coge con una mano suspirando aliviado, con la otra abre la portezuela de la caja de herramientas situada encima, saca unas carnosas tijeras y se las pasa a Britt. El resto del cuerpo sale con facilidad, cuatro dedos de Britt pinzan el cordón umbilical por dos puntos mientras corta la carne trenzada con la otra mano.

Krista acerca la barreña donde sumergen inmediatamente al bebe, que hace los primeros esfuerzos para respirar, quejándose al contacto con el agua, sus ojos son dos espejadas gafas de visión nocturna.

—Es una niña —dice Krista.

—Ya lo sé, ¿funciona? —pregunta Madre.

Osso la levanta de las piernas y le da dos palmadas, la niña empieza a llorar, de sus dedos entran y salen letales cuchillas de leche, recubiertas de una cutícula protectora, su mano derecha se retrae una y otra vez dejando ver el cañón de un arma. Britt siente un escalofrío que pronto traduce en tristeza, acaba de conocer la decisión de Madre. Osso lo mira con una desconcertada sonrisa.

—No lo entiendo, ¿qué son…?

Madre avanza con un ronroneo de sus motores y gira sobre si misma, para acunar amorosamente a su bebé en la palma de su enorme mano, lo besa con

cuidado de no taparle toda la cabeza con los labios y luego lo levanta hasta el calor de sus pechos, hinchados como dos esféricas bombonas de gas contenidas entre barras de acero. El bebé deja de llorar. Todos los hombres observan la escena con mirada bobalicona, a su espalda estalla un jaleo, los dos Hogares de Carne restantes pasan cerca de ellos en dirección a las minas. Desde el ventanal corrido del piso habitado del Hogar Kent, el más próximo, una multitud vitorea y aplaude al recién nacido. Madre saluda con la mano mientras los Hogares se alejan. Krista se fija en los flashes del mismo piso del Hogar de Transporte, la estela de humo que dejan los ventanales abiertos le revela la magnitud de la juerga. Una bandera roja y negra del tamaño de una vela mayor se despliega en la fachada ondeando con el viento.

Tibbs se tumba sobre la hierba con la ropa empapada. Osso pasa por encima de él.

—Vamos, hay que dejar a Madre descansar.

******

Es el ultimo anochecer antes de alcanzar el Hogar Arqueológico y Krista se ha subido a un árbol impaciente, está desnudo y observa con su catalejo ocular la pequeña ciudad que se está formado, el Hogar Mantis 14 hace rato que se poso y algunos operarios continúan conectando los cimientos. Sobre ellos el Hogar de Transporte flota en círculos, la fiesta no parece haber bajado de intensidad, sus focos multicolores iluminan el suelo desde las claraboyas abiertas entre los seis motores que mantienen el sobrepeso de sus almacenes. El Hogar Kent hace las maniobras para atracar en las infraestructuras, ahora iluminadas por cientos de puntos de luz. Alrededor los operarios trabajan deprisa, dentro del Mantis 14 se hacen preparativos para unirse a la fiesta, las cúpulas del piso alto se han llenado de banderas rojinegras y han encendido los reflectores antiaéreos, que se mueven lentamente de un lado a otro. Otra fiesta se está preparando en el Hogar Arqueológico, el suyo. Krista espera ansioso la llegada del equipo técnico, hace zoom, la gente baila desnuda en el Hogar de Transporte, celebran los últimos momentos de vida, un frenesí carnal para asegurar el reemplazo de los muertos.

Madre duerme bajo el árbol con su bebe seguro entre sus pechos, protegido por el sostén blindado, Osso respira tranquilo acurrucado a su lado. Tibbs y los demás hombres se bañan desnudos en el riachuelo antes de que el agua se enfríe demasiado, el cambio de temperatura ha sido notable y Britt ya no necesita las pieles. El viento cortante tropieza con las montañas que lo rodean quedando encerrado en sus extensiones heladas o formando dunas en los mares de ceniza, sabe que tendrá que volverlas a ver, pero al menos por ahora han quedado atrás y lejos, Bona lo espera en el Hogar, seguirá enamorada de Krista, pero al menos el contacto con una hembra le quitara la rabia de desear el

heterosexual cuerpo de Osso durante una temporada. Britt se sube al árbol donde está Krista, se sienta en una rama y observa la erección de su primo, que sigue absorto en la distancia.

—Paciencia.

—Ya sabes, tengo demasiada imaginación.

—Al menos esta vez sirve para algo.

Britt se mesa la barba y piensa en los aborígenes australianos que habían tomado la cultura china como suya, allá en el mar de cenizas del este. Que absurdo, comenzar a herir la tierra con tractores muertos cuando se tienen cultivos hidropónicos, plantas transgenicas que crecen en el aire, y encima todo gratis. Cultivar esas fértiles llanuras los hará fuertes y poderosos, y quizás sea esa la única razón: el poder. Dominar la madre tierra siempre ha sido un objetivo codiciado para el Macho Dominante. Controlándola controla a sus hijos, obligados a comprar un suelo para vivir, algo que su madre les daba por nada, algo que ahora no necesitan. Britt contempla el Templo, *por eso nosotros pedimos perdón, un sacrificio por cada hijo que le robamos a la tierra, cada animal muerto para comer, cada mineral extraído, para recordar siempre de donde venimos y a donde volveremos.*

El Hogar Kent al fin se acopla a sus cimientos, varios semiorugas lo colocan en su lugar tirando de él con sus cordones umbilicales, pronto será conectado a la red de infraestructuras, miles de millones de kilómetros de cables trenzados, gruesas tuberías y palpitantes bombas de fluidos vitales, el tejido nervioso de comunicación personal que recorre la Tierra. La noticia de la nueva hija de Madre viajará por todas las comunidades de la red de carne, atravesando venas y arterias, uniendo los Nodos Centrales de todos los Hogares con una llamada para el combate, recorriendo cada capilar con sangre caliente, dando vida para soportar el dolor de la última batalla de la última guerra.

© *Germán Núñez López*

Fanzine de fantasía oscura y terror: http://maycrosoft.com

Poesías

POR UNA ETERNIDAD CAYENDO

por Dorian Cano

Afuera, siempre el fluir de cada instante,
por una
eternidad
cayendo.
Y esa pequeña niña pidiendo con sus tentáculos
que el cielo se detenga y le dé unas cuantas monedas,
que su lluvia ácida le permita hoy su último día
y San Leibowitz la guarde en su inmensa misericordia,
pero le han dicho que él no se ocupa de los mutantes,
hijos fallidos que Dios no quiso y olvidó.

Él se ocupa de guardar un conocimiento perdido para siempre,
pero aquí adentro en esta vieja abadía la fe ya no existe.
Una estrella imposible, por más que se guarde en libros.
Cargamos toda la historia de nuestro pueblo a cuestas
pero no sirve de nada, por que el hombre volverá a perderlo todo.
Toda la eternidad es nada, aun así esa niña tiene
todos los sueños del universo, la esperanza puesta
en que pronto será su compañera y San Leibowitz
los guiará a la entrada del paraíso que su madre
y la iglesia siempre le negaron.

Ella camina hacia la abadía, quizá para dar sus últimas oraciones,
no le han negado la entrada, a ningún condenado
se le niega su última voluntad.
En la vieja abadía se escucha que han accionado el fin de todos los días.
San leibowitz toma a la niña de uno de sus tentáculos.
Ahora seguirán juntos
por una
eternidad
cayendo.

© Dorian cano

TEMPO OLVIDADO

por Dorian Cano

Antes de nombrarla me he dado cuenta de la sangre
que impulsa mis venas, la luz de Siggus y Merridin.
Esos dos soles que arremolinan este paraíso
del tiempo olvidado, esta sangre que se acumula
y gotea a través de la tierra roja, desnuda, de Sirius.
Ella me sostiene con sus cuatro brazos,
Irrumpe su marea medidora, origen
del universo, su cuerpo alado y sus ojos
como sudario de tinieblas que siempre me revuelven
con la pregunta: ¿Qué hago en este mundo
de seis horas de rotación, en este sistema binario?
—Cuando llegue la calma y la medida de los huesos,
ese gozo de esperanza aun rota, lo sabrás.
Sus palabras surcan la cadencia del sonido
irrumpen el fuego, la creación de todo lo hecho.
¿Partiré? Mi hogar está a miles de años luz
y aun así la planicie naranja, manchada,
martiriza mi fantasma terráqueo sin alma.
—Los hombres tienen alma por más que lo nieguen.
Pero descubrimos hace siglos las funciones
químicas del alma y todo quedó desvelado,
olvidado en las venas oscuras de la muerte.
De entonces ahora el cosmos es un espejo estrecho
como mi cuerpo que intenta aferrarse a su sombra
aun a pesar de nuestras razas extrañas,
de las puertas que arden y se pierden en un segundo.
Debo cruzar la catedral luminosa. La boca
donde pasado, presente y futuro se cruzan
y no estar más con ella, reino final del génesis.
Sus ojos se pierden, ¿aunque siempre me he preguntado
si tendrá lo que los humanos llaman lagrimas?
Los Elementales existen, por eso los sueños se crean
así mismos como aquello que no podemos entender.
A ella la entiendo cuando no quiere que me marche
Pero debo partir… Y ella quedará sola
en este planeta que pronto ha de morir.

© *Dorian Cano*

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

Artículos

LA IDEA NO LO ES TODO: SUEÑOS GEODÉSICOS Y MÚSICA EN LA SANGRE

por Pablo Castro

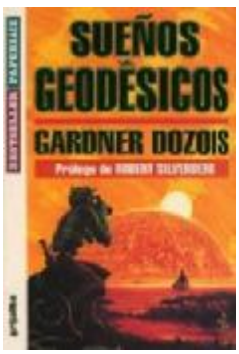
Varias veces he escuchado eso de que la ciencia-ficción es netamente una literatura de ideas, una ficción en la cual las ideas son parte fundamental de la historia, verdaderas vitaminas para el cerebro. Inicialmente estoy de acuerdo pero no por más de tres segundos. Pensar en las ideas como algo definitivo y configurador es creer erróneamente que son elementos protagonistas e incluso esenciales. Pero una idea no es el punto central de una narración como solía pensar **Dick**. Su notable obra, por ejemplo, no destaca en función de los brillantes cuestionamientos de la realidad, sino en la capacidad y énfasis puestos en la manera cómo son expresados tales cuestionamientos. Una buena idea son 100 puntos extras, pero una sólida narración extiende ese puntaje hasta el triunfo final. Esa es la línea que separa a un buen escritor de un buen especulador. El primero, a través de su narración, es fiel a su premisa e historia. El segundo es fiel sólo a la idea misma. De ahí que gran parte de las obras de ciencia-ficción sean sólo trazos de ideas interesantes envueltos en papel de diario.

Un buen ejemplo de esto último es *MÚSICA EN LA SANGRE* (1985) de **Greg Bear**. Jamás en mi vida había leído una historia con una premisa tan espectacular y que al rato terminara convertida en un pantano. Claro que debí tomar algunas precauciones. *MÚSICA EN LA SANGRE* es, en principio un cuento largo publicado a principios de los ochenta y con el cual **Bear** obtuvo un *Hugo*. La historia habla de un científico que se inyecta un cultivo de células inteligentes que terminan moldeando el medio ambiente. **Bear**, alertado de los inusuales alcances de su potente idea (precursora de la nanotecnología) y en un ejercicio de cero humildad, se lanzó a reescribir la historia como una extensa y presuntuosa novela, de inusitados alcances cosmológicos. La crítica lo consagró y **Bradbury** lo signó como uno de los escritores del mañana.

La trama se inicia con el *doctor Ulam* y sus células inteligentes que logran transformar su metabolismo, convirtiéndolo en alguien más saludable y efectivo. Sin embargo las células se vuelven una plaga infecciosa y terminan por

contaminar todo Estados Unidos, desarrollando cambios profundos en la realidad hasta configurar una dimensión llamada Universo del Pensamiento. Es una premisa genuinamente ambiciosa. El problema es que **Bear** fragmenta sin necesidad la historia en aspectos secundarios tratados con un forzado y falso énfasis, buscando darle madurez y seriedad a la novela. Al final no es más que una pérdida de tiempo y todo su estilo narrativo no sólo está de más sino que diluye completamente su idea central. Un buen ejemplo es la inconsistente forma cómo describe el proceso general de extensión y mutación de la plaga nanotecnológica, totalmente ahogado por los diálogos insulsos de científicos y supuestos personajes importantes.

Es difícil explicarse cómo un autor con experiencia, con toda una gama de posibilidades, es capaz de hacer tal bodrio. *MÚSICA EN LA SANGRE* no tiene nada. O mejor dicho, tiene todo, pero distribuido de tal forma que parece nada. **Bear** se esfuerza por construir un decorado eficiente para una idea genial, como si una cosa sustentara a la otra automáticamente. Y en ese proceso el autor se pierde, se aleja y mueve a los personajes como si vinieran de una novela seria y actual a ponerle madurez al asunto, y lo que es peor, trata de darle un aire de misterio y trascendencia a una idea que a la media hora se torna previsible o incoherente, de acuerdo al humor del lector. Por su estilo y estética *MÚSICA EN LA SANGRE* ni siquiera parece ciencia-ficción. A ratos tiene el aspecto de un best-seller, a veces de una novela convencional abrumada por la guerra fría, o incluso una intelectualizada novelización de una película. **Bear**, con premios y alabanzas bajo la manga, toma distancia inusual de todo y pareciera que la historia la hubiese leído en otra parte y estuviese sólo contándola, transcribiéndola de acuerdo a cómo la absorbió.



Muy distinto es el caso de **Gardner Dozois** y sus *SUEÑOS GEODÉSICOS* (1992). Ambos son autores de una misma generación, ambos han obtenido premios y se les puede ver en las infladas convenciones *mundiales*... y sin embargo... ¿Cómo puede existir una diferencia tan abrumadora entre dos escritores de un mismo barco? Es cierto que *SUEÑOS GEODÉSICOS* es un libro de cuentos, pero basta comparar la historia de **Bear** con una de las narraciones de Sueños... llamada *UNA MAÑANA MUY ESPECIAL* para dejar las cosas claras. **Gardner** tiene ese sello sturgeoneano de poner énfasis no sólo en los hechos centrales de una trama sino también en la manera cómo describirlos. Es cierto que tiene una tendencia a veces excesiva a la descripción del entorno de los personajes, pero es una preocupación genuina en relación a los alcances de cada historia.

El libro reúne una variedad de relatos publicados por **Dozois** desde 1971 y muestra con claridad que su producción literaria es escueta en relación a otros escritores profesionales. **Dozois** lleva años dedicado a la dirección litera-

ria del *Asimov's Science Fiction Magazine* y a la edición de varias antologías y rara vez publica uno que otro cuento, en una actitud que contrasta de forma curiosa con el hacer de sus colegas escritores, como por ejemplo esa verdadera línea de montaje de relatos llamada **Michael Swanwick**. Así que el libro es una oportunidad única de apreciar la visión de un hombre que ejerce su oficio de escritor a un ritmo diametralmente opuesto al establishment actual. Quizás demasiado.

Ahora bien, los cuentos de **Dozois** no carecen de ideas llamativas. *NACIDO POR LA MAÑANA* es por ejemplo, una historia sobre el efecto de una enfermedad degenerativa que convierte a un niño en anciano en el lapso de una jornada, ciclo que se repite diariamente. Sin embargo las pocas ideas o especulaciones científicas son más bien descritas a partir de sus efectos y **Dozois** evita diseccionarlas como lo suele hacer **Egan** o **Baxter**. No se trata de juzgar esta colección como un tipo de ciencia-ficción suave (aunque lo sea) y disminuirla de rango por esa topología. Lo que quiero señalar es que más que una idea poderosa y técnicamente bien expuesta, la esencia de estos cuentos va más por la fuerza del escenario que los configura, tanto a nivel de ambiente como de personajes. **Dozois** crea más bien premisas situacionales donde la idea es el pequeño mundo que crea para cada historia, con sus propios límites y reglas.

Es ahí donde los cuentos alcanzan entonces su máximo impacto en el lector. *DE ENTRE LOS MUERTOS* es la historia sobre un vampiro, pero en vez de suceder en Transilvania, Nueva Orleans, o en una futura película chilena, se desarrolla en un campo de concentración nazi, donde el chupasangre es un famélico judío que trata de sobrevivir clavándole los colmillos a sus moribundos compañeros. De esta manera, un tema repetido hasta al cansancio adquiere ribetes terroríficos y uno no llega a concluir si es por las acciones del vampiro o por la certera y violenta descripción de las atrocidades cometidas en el campamento, junto a las horribles condiciones que padecen los prisioneros.

Pero es en *LAS CADENAS DEL MAR* y en *UNA MAÑANA MUY ESPECIAL* donde **Dozois** logra configurar una historia poderosa a partir de un excelente uso del escenario como premisa fundamental. *LAS CADENAS DEL MAR* cuenta la típica historia de una invasión extraterrestre que toma por sorpresa a los humanos. **Dozois** describe detalladamente la primera etapa de esta invasión donde van aterrizando las naves y las autoridades toman distintas medidas para confrontar esta crisis. Pero paralelamente **Dozois** nos cuenta la historia de un niño de clase media baja, que debe convivir en dos ambientes totalmente hostiles: su hogar, donde es golpeado por su padre y la escuela que lo trata como si fuese una amenaza para la sociedad. El niño encuentra su espacio precisamente en el trayecto urbano que separa ambos lugares y es ahí donde ve constantemente a unos extraños seres con los cuales puede comunicarse, seres que parecen habitar una dimensión paralela y que están esperando la

invasión extraterrestre. Su relación con el niño es distendida pero accidental y la verdad es que no tienen mucho interés en él.

Es un relato triste carente de toda redención donde el sentido de la maravilla no puede hacer nada en contra de una realidad demasiado abrumadora y donde cualquier intento de salvación parece no sólo imposible sino que en última instancia, inútil. La manera cómo **Dozois** centra esta verdad en el mundo interno del niño termina por moldear la idea fundamental de que nuestra existencia es indiferente no sólo para la sociedad sino que también para el universo entero.

Pero es quizás *UNA MAÑANA MUY ESPECIAL* el relato por el cual esta colección merece ser comprada y leída. Un viejo le cuenta a un niño la historia de cómo perdió una de sus piernas, en una guerra sucedida décadas atrás. Al principio el viejo se dedica a divagar y dar lecciones de vida, más certeras de lo que uno quisiera, hasta que casi sin darnos cuenta nos hallamos inmersos en una guerra de contornos apocalípticos donde una fuerza denominada *Los Cuestores* combate a una ultratecnologizada civilización llamada la Agrupación. Esta civilización se basa en un orden estratificado de humanos con distintos tipos de clones, diseñados para cubrir diversas funciones. Así tenemos clones llamados, entre otros, omnisensibles, tecnoclons, nulos y toda una gama ricamente descrita a través de un llamativo y sugerente léxico.

Esta sociedad tipo *Mundo Feliz* basa todo su accionar en su avanzada tecnología que le permite una manipulación abusiva de la vida humana. Contra ese orden se rebelan *Los Cuestores* adoptando una inusual estrategia de combate basada en el uso de armas antiguas para destruir las defensas de la *Agrupación*. Sucede que sus avanzados sistemas de combate (basados en la manipulación de campos de energía) están diseñados para enfrentar armas homólogas pero son totalmente inútiles frente a una pistola o granada. *Los Cuestores* no sólo rescatan los planos de estas *increíbles* y prehistóricas armas, sino que además medios de transporte como *bicicletas* y utensilios llamados *cuchillos*...

El efecto es desastroso para la *Agrupación*, pues sus campos de energía no están diseñados para detener una bala o resistir la reacción química de una granada. Pero además los *Cuestores* rescatan tácticas olvidadas de combate y organizan unidades llamadas *comandos* para realizar diversas acciones.

La manera cómo **Dozois** describe estos elementos en boca del viejo es tan fascinante como la fascinación misma del viejo al relatar los detalles, por ejemplo, de una bala, describiéndola como un pequeño misil con poder de penetración. La fuerza de este tour de force semántico no sólo se extiende a la descripción de las armas sino también a los efectos de ellas. El viejo relata con un vívido y detallado horror lo que ocurre cuando le entierras un cuchillo a alguien o cómo los cuerpos de los pulcros clons caen despedazados por las balas. **Dozois** nos trasmite de manera extraordinaria el horror de una guerra, al

mostrarnos una sociedad increíble acabada de manera tosca, sangrienta y brutalmente actual. Los detalles tecnológicos que describen a la *Agrupación* son fascinantes y tal vez por eso su destrucción resulta extrañamente conmovedora, tomando en cuenta que la deshumanización de su sociedad debería abogar por su abierta aniquilación.

Pero **Dozois** no sólo expone este escenario bélico sino que además construye un certero entorno moral en el cual los personajes trasuntan los efectos de la guerra en el carácter humano. El viejo es parte de un comando y así nos habla de cada uno de sus compañeros como también la forma cómo la guerra ha delineado las relaciones entre ellos. La caracterización es tremendamente efectiva y potencia aún más la historia. Esta acaba cuando el comando debe realizar una acción casi suicida donde el viejo pierde su pierna pero además aprende la verdadera esencia de la vida y sus extrañas consecuencias.

UNA MAÑANA MUY ESPECIAL no sólo es uno de los mejores relatos de ciencia-ficción que se han escrito sino también una de las mejores narraciones bélicas que he leído jamás. Su fuerza radica en el poderoso y certero contraste con el cual están configurados todos sus elementos y que en la ciencia-ficción adquieren un poder doble. Es ahí a mi juicio donde debería potenciarse más el género, donde las historias pudiesen ofrecer un cuadro más ensoñador pero también más cercano, porque ¿en qué otro género puedes contraponer de manera tan directa y evidente el destino de una galaxia con la vida de un niño? La ciencia-ficción provee de toda una gama de elementos increíbles y de gran envergadura ya sea por sus alcances científicos o por su fuerza y tamaño estético. Contrastar estas posibilidades con nuestra limitada y diaria escala humana es quizás la más poderosa idea para configurar una buena historia de ciencia-ficción.

© *Pablo Castro*

BIBLIOGRAFÍA:

- **Sueños Geodésicos**, de Gardner Dozois (Geodesic Dreams, 1992). Editorial Grijalbo. Barcelona, 1994.
- **Música en la Sangre**, de Greg Bear (Blood Music, 1985). Ultramar Editores. Barcelona, 1987.

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

EL OSCURO HÉROE COTIDIANO: RELATOS DEL PILOTO *PIRX*, DE STANISLAW LEM

por Reinaldo Avendaño

Debido a que al parecer me he pasado comentando últimamente sobre grandes series (grandes por número de páginas no siempre justificadas por su calidad), compuestas de novelas igualmente gordas, y para no aburrir a quienes prefieren los relatos, esta vez quiero dar mi opinión sobre una colección de relatos de uno de los grandes que trasciende el género, quien, a pesar de no ser una lectura fácil es uno de los escritores más populares en la cf. Este libro, publicado en 1968, al final de la época dorada de los escritos más populares de **Lem**, la década de los 60, son un nuevo enfoque de sus temas recurrentes, pero en este caso tomando a *Pirx* en el papel de una persona corriente, un piloto ordinario sometido a situaciones extraordinarias. Una forma de poner a prueba literariamente al hombre, a nuestro comportamiento muchas veces irracional, provisto sin embargo de una lógica interna que se descubre ante el carácter extremo de un elemento desestabilizador.

En el caso de este ciclo de relatos, la estructura es simple, con un protagonista, el piloto *Pirx*, un humano ordinario (o sea nosotros mismos), y los antagonistas: las máquinas, computadoras y robots fabricados por el hombre, pero no en el sentido clásico de la ciencia ficción de conflicto hombre-máquina, sino que a la manera de **Lem** presentando los efectos en el comportamiento humano resultado de lidiar con extrañas situaciones, según la percepción suspicaz de *Pirx*, de los representantes de la inteligencia artificial.

El tema general se desarrolla en relatos enfocados en las dos ramas que se desprenden de él: los relatos que tienen como propósito descubrir el potencial humano que nos salvará, y que está muy relacionado con las debilidades que nos harán fracasar (más allá de nuestra fe en el poder que nos dan las máquinas); y las reflexiones sobre la naturaleza de la inteligencia, los efectos que una programación cada vez más compleja pueden tener en máquinas con la misma estructura básica actual, programadas con mayor autonomía y abiertas a interactuar con el ambiente, resultando en comportamientos anómalos, mostrándolas como lastradas extensiones de la propia naturaleza humana.

El volumen *RELATOS DEL PILOTO PIRX* comienza con *LA PRUEBA*, donde un joven cadete *Pirx* debe enfrentarse a su primer *vuelo* de prueba, en el tiene su primer encuentro con sus recursos ocultos ante situaciones extraordinarias

al sufrir una serie improbable de averías encadenadas, recursos a los que deberá volver a recurrir en su futura oscura carrera. El lenguaje es, cosa normal en **Lem**, pulcro y objetivo, y con la pericia habitual en un desarrollo lleno de humor de una situación desesperada. Continuamos con *LA PATRULLA*, donde *Pirx* es víctima de una particular avería y de su propia mente en lo que parece una patrulla de rutina, en un cuento que es una advertencia sobre la necesidad de no confiar ciegamente en la precisión de las máquinas. El humor está siempre presente en el desarrollo del cuento, especialmente efectivo en la preparación de la situación.

Los anteriores relatos presentan las reacciones humanas, personificadas en *Pirx*, quien logra la salvación sin tener conciencia clara de cómo, en contraste con lo narrado en *LA ALBATROS*, un pequeño cuento que nos muestra a un *Pirx* como testigo lejano de un desastre, siendo un simple pasajero de un crucero de placer, un espectador de ánimo sombrío que participa de una tragedia que es compartida por todos y que los (nos) hace iguales. Quizás la mejor pieza del libro, por lo menos para mi gusto, es la joyita de *TÉRMINUS*, una cuento de fantasmas espacial, y que nos abre la puerta a considerar las excentricidades en el comportamiento de las máquinas que prefiguran capacidades distintas a las programadas y que precisamente causan perplejidad y temor en los humanos, en este caso el extraordinario comportamiento del viejo robot de mantenimiento de la nave que dirige *Pirx*, que trae de vuelta a la vida el perturbador pasado de la nave.

El cuento que cierra el libro es *REFLEJO CONDICIONADO*, una larga parábola que narra la salvación de *Pirx* de un encadenamiento potencialmente fatal de sucesos aleatorios improbables, otro tema de interés en Lem desarrollado en otros libros como *LA FIEBRE DEL HENO*, salvado por su propia debilidad, su propia inacción, justificada por el primer desarrollo del cuento, la parte más interesante y que nos abre las puertas de la percepción. Estos cuentos contienen lo que se puede resumir en lo dicho por uno de los personajes: *El ordenador es humano y se puede estropear*.

Todos son cuentos en los que el escepticismo de *Pirx* y el sentido común son los recursos de una perpleja e insegura humanidad frente a herramientas que dejan de ser fiables. Aparte es mencionar la habilidad de **Lem** como escritor, capaz de lograr dar largos preámbulos llenos de interés con divagaciones, en este caso en la mente de *Pirx*, sobre la naturaleza del conocimiento, o la percepción en el origen de la mente, nuestra base de comprensión del mundo, y todo en un universo árido, oscuro, insípido, sin viajes ultralumínicos o sin ningún tipo de alienígenas. Los únicos seres diferentes son las máquinas, que sin embargo llevan nuestra herencia, no son más que el reflejo de nuestros errores, por lo que no hay nadie más que nosotros para salvarnos.

© Reinaldo Avendaño

Alfa Eridiani
Revista de ciencia—ficción

Año II. Número 13. Septiembre-Octubre 2004.

SERES CIBERNÉTICOS EN FANTASÍA Y CIENCIA-FICCIÓN

por Omar E. Vega

Los robots, no tienen a Dios en el corazón.

*A **Arturo Aldunate**, inventor de la frase y pensador brillante.*

SOBRE LOS SERES CIBERNÉTICOS

El artículo tratará de demostrar que, con el conocimiento actual de la ciencia, la creación de un ser artificial de tipo cibernético está fuera de nuestro alcance; por ahora. Y que nuestro deseo de crear este tipo de seres, y de creer en su existencia, tiene raíces profundas en la consciencia humana, lo cual nos lleva a cegarnos ante las dificultades de su materialización.

Aquí usaremos el término «ser cibernético» para referirnos a las criaturas de origen distinto al biológico. En particular a las construidas de materias primas como arcillas, metales y plásticos, cuyos sistemas son elementos mecánicos, electrónicos o similares, incluyendo a estatuas animadas por proceso mágicos, autómatas, robots, androides, cabezas parlantes, cerebros electrónicos e inteligencias sintéticas. Estarán excluidas de esta exposición todo tipo de criaturas biológicas modificadas tales como mutantes, homúnculos, seres ensamblados con partes de cadáveres, cyborgs (organismos en parte biológicos) y criaturas biológicas sintéticas; todos los cuales merecen un análisis distinto.

El HOMBRE ARTIFICIAL EN LA IMAGINACIÓN HUMANA

Quizás no exista en la Ciencia Ficción un tema más recurrente que el de los seres cibernéticos que se mueven, piensan y sienten como humanos. Son el elemento central de las tramas de innumerables películas de cine y de obras literarias, formando parte del imaginario colectivo. Quién no se acuerda de los simpáticos *R2D2* y *C3PO*, los robots de la *GUERRA DE LAS GALAXIAS*; del paternal robot de *PERDIDOS EN EL ESPACIO*; del oscuro robot de *EL PLANETA PROHI-*

BIDO; o del traicionero computador *Hall 90000* de *2001: LA ODISEA EN EL ESPACIO*.

Pero los seres artificiales no están limitados a la Ciencia Ficción, sino que impregnan desde siempre la literatura general y aparecen también en numerosas leyendas folklóricas. Es así como en la *ILIADA* de **Homero** (Siglo VIII a.C., Libro XVIII) Vulcano forja unas sirvientas doradas, o autómatas, que ayudan al dios impedido en sus quehaceres domésticos.

El tema está presente en muchas otras historias clásicas, como en la de *JASON Y LOS ARGONAUTAS*, del escritor alejandrino **Apolonio de Rodas** (Siglo III a.C.), donde el mismo dios, *Vulcano*, construye un autómata de bronce gigantesco llamado *Talos* y lo envía a proteger al rey **Minos de Creta**. Para vencerlo, los argonautas le sacan una clavija del tobillo, con lo que *Talos* pierde toda su savia vital, quedando inutilizado. Los seres cibernéticos son tan comunes en la literatura que a veces no los reconocemos a simple vista, como nos ocurre con ese muñeco de madera llamado *Pinocho*, el cual vive gracias a la magia.

La idea de la fabricación de un ser artificial es común en muchas religiones. En particular en las leyendas relacionados con la creación del hombre. No es de extrañar, entonces, que tanto en el *POPOL VUH* maya, como en el *GÉNESIS* hebreo, el hombre sea creado a partir de sustancias naturales, a la manera de una artesanía. En este último, Dios esculpe al hombre de barro dándole un cuerpo que es su sustento físico. Luego lo impregna con mente y espíritu soplándole el aliento vital en su nariz; soplo que se intuye es sinónimo de vida y de alma.

La idea de la creación del hombre a partir del barro caló hondo en la literatura y el ocultismo occidental, al punto que muchas leyendas nacen de ella; en particular la del *Gólem*, criatura de arcilla a la cual se le da vida siguiendo las formulas de la numerología hebrea: la *Cábala*.

El primer registro del *Gólem* data del siglo IV de nuestra era y aparece en el *TALMUD DE BABILONIA*, donde se afirma que el Rabino **Abba Ben Ray Hamma** logró darle vida a una criatura de greda. Sin embargo la variante más conocida de la leyenda proviene de Praga, Checoslovaquia, y es del siglo XVI. Esta cuenta que el anciano rabino **Loew**, queriendo aliviar el trabajo

de su gente, creó un hombre de barro y le dio vida mediante un conjuro extraído de la *Cábala*.

La leyenda del *Gólem* fue, muy probablemente, fuente de inspiración para la novela *FRANKENSTEIN* de **Shelley**, si bien el monstruo no es cibernético (De paso se debe aclarar que aún cuando Paracelso asoció los gólems con los homúnculos, estos últimos son un tipo de criatura distinta, hecha de material biológico).

El gólem también sirvió de inspiración a los primeros relatos de androides con mecanismo de relojería, los cuales son comunes en el siglo XIX, destacándose entre estos la novela *MAESTRO ZACARÍAS* de **Julio Verne**.

Temprano en el siglo XX se define el concepto de robot. El mismo nombre *robot* aparece por primera vez en 1920 en la obra de teatro *RUR* del escritor checo **Karel Capek**. Sin embargo, la imagen visual del robot pareciera provenir directamente del cine, y más precisamente de la apariencia que presenta la robot femenina *Futura* en la película *METRÓPOLIS* (1927) de **Fritz Lang**. El aspecto de ese robot ha influencia la estética de las películas de Ciencia Ficción hasta el presente.

EL SER ARTIFICIAL: UN ARQUETIPO

Arquetipo:

4 *m. Psicol. Imágenes o esquemas congénitos con valor simbólico que forma parte del inconsciente colectivo.*

Vigésima edición del diccionario de la Real Academia Española.

Pensemos por un instante en que representa realmente un ser artificial. Para ello fijemos en nuestras mentes la imagen de uno de ellos; quizás la del *Hombre de Lata* del *MAGO DE OZ*. Observándola con cuidado nos daremos cuenta que se trata del un arquetipo: el robot es un ser que piensa y siente a la manera de un humano, solo que hecho de un material diferente al biológico. Se trata de una máquina que aspira a tener las características propias de la humanidad, y que nos sirve de espejo donde nuestra propia esencia se

ve reflejada. Es el ser humano convertido en máquina. Es, además, un ser inanimado que por medios ya sea mágicos o técnicos adquiere movilidad y vida.

El hombre primitivo conoció ese arquetipo tan bien como nosotros. Estaba presente en los tótemes de los nativos americanos, y en cada imagen de un dios que ha forjado el hombre de todas las edades, y todas las culturas. Se trata de esculturas con forma humana que cobijan un espíritu, y que, por lo tanto, merecen el respeto y adoración de las gentes. Tal concepto se repite en todo el mundo, con variaciones regionales, donde la estatua viviente aparece hasta la saciedad en las artes y en la literatura. En la obra *DON JUAN*, por ejemplo se nos muestra una estatua de metal que cobija el espíritu de un muerto, como también lo hace la estatua sufriente del cuento de **Oscar Wilde**, *EL PRÍNCIPE FELIZ*.

Al igual que las estatuas encantadas del pasado, los robots y androides de nuestra ciencia-ficción son criaturas artificiales que imitan la vida; estatuas animadas esta vez por un espíritu artificial. Se trata de una variación tecnológica del mismo arquetipo universal: del ídolo de piedra animado por un espíritu. Por eso nos resultan tan familiares, ya que, en cierta manera, los hemos conocidos desde siempre.

Como humanos, tenemos necesidad de encontrar criaturas similares a nosotros, ya sea en las estrellas o en nuestro propio planeta. Además, aspiramos a convertirnos en dioses, creando nuestras propias formas de vida. Queremos crear robots porque de esa manera nos igualaremos con aquel que nos insufló el soplo de vida en nuestros cuerpos de barro. Además les tememos, pues nuestro inconsciente nos dicta que un robot es una estatua animada por un espíritu artificial. Un monstruo forjado por nuestras propias manos.

El robot es la síntesis y símbolo de esos sueños de grandeza que nos persiguen. Sueños que están grabados tanto en nuestra cultura como en nuestra consciencia. No es extraño, entonces, que nos topemos diariamente con robots imaginarios en gran parte de la literatura, el cine y las artes en general, pues el tema del robot nos planta una de las preguntas perennes de la humanidad: ¿Qué somos? Por ahora carecemos de la respuesta definitiva.

FACTIBILIDAD DE LOS SERES CIBERNETICOS

Como hemos visto, el tema de los robot, y de los seres cibernéticos en general, esta de alguna manera inserto en la mente humana. Ahora bien, los robots nos son tan familiares que deducimos, quizás ingenuamente, que son perfectamente factibles: eso es al menos lo que nos gustaría creer.

Todos sabemos que la tecnología actual es insuficiente para construir un robot autónomo, pensante y sensible; vale decir, uno que se parezca a los que nos presenta la Ciencia Ficción de manera cotidiana. Por eso proyectamos nuestros deseos al futuro, pensando que con el tiempo el conocimiento científico llegará a ser tan avanzado que será trivial construir esos seres artificiales. En el futuro, decimos, más no tenemos ninguna certeza de cuando será posible.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL: LA MENTE DEL SER CIBERNETICO

Para crear un ser cibernético autónomo y pensante es necesario dotarlo de una mente. Con ese fin los científicos establecieron una disciplina que mezcla las ciencias de la computación con las cognoscitivas y que fue bautizada con el nombre muy optimista de *Inteligencia Artificial.* Si esta disciplina tuviera éxito en crear auténticas mentes artificiales el problema de fabricar una criatura cibernética, como un robot o un androide, se reduciría sólo a la creación de un cuerpo que permitiera cobijarlas y transportarlas.

Ahora bien, en la actualidad la ciencia y la técnica se han dado cuenta de que el problema de fabricar mentes artificiales es mucho más complejo de lo que se creyó en un principio. En efecto, lejos de acercarnos al objetivo, muchos programas de investigación se han suspendido indefinidamente. En los ochenta, por ejemplo, se emprendieron grandes iniciativas para avanzar en el campo de la Inteligencia Artificial (IA). Incluso Japón se embarco en un programa multimillonario que llamó Quinta Generación, cuyo fin era desarrollar computadoras que procesaran proposiciones lógicas en vez de aritméticas, con el propósito de convertir a la Inteligencia Artificial en una tecnología extendida y masiva. El fracaso rotundo que sufrió ese proyecto, que no cumplió en absoluto con las grandiosas expectativas iniciales, puso en evidencia que falta mucho por aprender todavía para estar en condiciones de crear un verdadero pensamiento sintético. Desde entonces se han suspendido muchos programas de investigación en las áreas de Inteligencia Artificial y Robótica, mientras que muchos otros se encuentran desfinanciados.

Hoy en día, en el ambiente de la investigación en esas áreas reina el pragmatismo. Esta claro que no se conseguirá la creación de robots autónomos ni auténticas inteligencias artificiales en el futuro cercano, por lo cual los esfuerzos se redirigen a las aplicaciones concretas: conseguir mejores traductores, mejorar las interfaces de voz, desarrollar mejores robots industriales, etc. Entretanto la investigación sigue adelante, pero los plazos para llegar al éxito continúan alargándose, y los fracasos recientes han convencido a algunos de que el sueño de las mentes cibernéticas se está escapando de nuestras manos, quizás para siempre.

FALSAS PREDICCIONES

Cada cierto tiempo algún experto en Inteligencia Artificial (IA), que es relativamente importante, hace una declaración del tipo: en treinta años más tendremos máquinas inteligentes. Esto lo vienen diciendo desde los orígenes de la disciplina, que data de mediados del siglo XX. Los plazos se han vencido una y otra vez, y todavía estamos muy lejos de construir una verdadera inteligencia artificial. Es más, a pesar del desprestigio que traen estas predicciones fallidas parece inevitable que sigan haciéndose. La razón de las mismas es simple: los investigadores deben promover sus trabajos para poder obtener financiamiento.

Por supuesto que no debe excluirse la posibilidad de que eventualmente tengan éxito. Y bien podría ocurrir que en unas décadas más estemos rodeados de máquinas hablantes y pensantes. Además, el autor no quiere negar lo inevitable, y verse agrupado con esos agoreros del siglo XIX que negaron la posibilidad del vuelo humano y la conquista de la Luna. Sin embargo, en el campo de la IA el camino es más arduo de lo que parece. En efecto, en el ambiente científico la IA es conocida por ser el área campeona de las promesas incumplidas.

En 1968 **Arthur Clarke**, a propósito de su película y novela *2001: ODISEA EN EL ESPACIO*, predice que existirán computadores pensantes a comienzos del siglo XXI. Pues bien, todavía no hay visos de que tal predicción se vaya a materializar. Cuando **Clarke** hizo su predicción tuvo acceso a la información de los expertos en el tema, y la fecha propuesta para la aparición de una verdadera inteligencia artificial parecía razonable cuando se formuló.

Las primeras predicciones datan de los orígenes mismos de la Inteligencia Artificial como disciplina independiente. En 1956, en un estudio famoso y fundacional que fuera financiado por la Fundación Rockefeller en el Dartmouth College, se afirmó lo siguiente:

> *El estudio procederá basado en la conjetura de que cada aspecto del aprendizaje, o cualquier otra característica de la inteligencia, puede en principio ser descrita con absoluta precisión que se podrá construir una máquina para que la simule.*

Sin embargo, para 1970 **James Lighthill** de la Universidad de Cambridge reportó lo siguiente al gobierno británico:

> *...en ninguna parte del área los descubrimientos han producidos el importante impacto que fuera prometido.*

En otro caso conocido, en 1957 **Herbert Simon**, uno de los fundadores de la inteligencia artificial hizo las siguientes predicciones para 1968:

1. *Un computador digital será campeón mundial, a menos que las reglas le prohíban competir.*
2. *Un computador digital descubrirá y probará un importante teorema matemático.*
3. *La mayoría de las teorías en psicología adoptaran la forma de programas de computadoras.*

La primera predicción parece cumplida, pues el computador y softwareDeep Blue de IBM venció en 1997 al campeón mundial **Garry Kasparov** en un match desafío. No obstante, hasta ahora ningún computador ha competido en un campeonato mundial. Sin embargo, las claves de la derrota de **Kasparov** hay que buscarlas en la naturaleza misma del juego de ajedrez. Al parecer, el ajedrez se presta para ser dominado usando esa *fuerza bruta* que tiene una computadora que le permite medir millones de jugadas futuras en tiempos muy breves. Esa potencia es difícil de igualar usando los métodos humanos de reconocimientos de estrategia. Al final no se trata de un problema de inteligencia, sino simplemente de capacidad de proceso.

Sin embargo, la mayoría de los campos donde se usa la inteligencia son bastante menos estructurados que el ajedrez. Ahí la máquina se enfrenta a grandes problemas.

No queda claro, por ejemplo, cuando llegará el día en que los computadores descubran nuevos teoremas por si mismos. Vale decir, sin una programación previa que los dirija al resultado. Tampoco se conoce cuando serán capaces de crear nuevas poesías o cuando podrán trabajar como verdaderos psicólogos. En el presente tales sueños siguen siendo tan inalcanzables como cuando se formularon.

La Inteligencia Artificial ha avanzado muchísimo en campos como la traducción automática, el reconocimiento de voz, el procesamiento de imágenes, el juego de ajedrez, y otras áreas similares. Pero a medida que se avanza pareciera que el camino se hace cada vez más largo. De no mediar una revolución en neurobiología, que sirva de modelo y que dé un renovado impulso a la IA, el progreso en esta área continuará siendo lento en el futuro previsible.

LA PREGUNTA

¿Es posible entonces hacer un ser cibernético; al menos en principio? Al considerar la tecnología actual la respuesta pareciera ser negativa. Las computadoras digitales son demasiado rígidas para imitar la

increíble plasticidad que es tan propia de la mente humana. Incluso en las tareas más triviales, el cerebro es más efectivo para procesar información que un programa. En algo parece que ya no existe duda alguna: con las computadoras digitales del tipo actual la construcción de una mente artificial es sólo una quimera.

Hace falta algo más, tal como lo predijo **Isaac Asimov** en sus cuentos de robots, al darles a estos un cerebro positrónico. En efecto, una tecnología tan exótica como la *positrónica* de **Asimov** pudiera ser la respuesta. Se trata de los computadores quánticos, dispositivos que procesan información basados en los principios de la mecánica quántica.

Ya que cada elemento quántico puede existir en varios estados simultáneamente, en un fenómeno conocido como superposición, un computador quántico podría procesar en instantes problemas que tomarían una eternidad en un computador convencional. Estos computadores son hoy en día sólo una especulación teórica, pero quizás en cien o doscientos años sean tan comunes como los ordenadores actuales.

Pero, ¿bastará acaso con sólo la introducción de nuevas tecnologías para que podamos al fin construir un ser artificial? La respuesta a esto es muy simple: es importante pero no es todo lo que se necesita. Se requiere algo más; algo que no comprendemos muy bien en la actualidad. Necesitamos saber como se hace para crear un alma artificial. Sí, he dicho alma; o consciencia, estado de alerta, sensibilidad, personalidad propia, en definitiva: un ser. Ese es el elemento que falta para pasar de un robot que imite muy bien el comportamiento de un ser humano a la creación de una verdadera existencia artificial. De no ser de esa manera, nuestros seres cibernéticos serían sólo marionetas; artefactos que servirían de entretenimiento, muñecos de feria, pero que serían muy diferentes a lo que la Ciencia Ficción plantea en sus obras: el hombre cibernético. O en sólo una frase: *el hombre de lata*.

Ahora bien. ¿Qué se necesita para darle conciencia a un robot? Para esa pregunta la respuesta es muy simple: no lo sabemos. El tema de la consciencia se encuentra todavía oculto bajo la más absoluta ignorancia. Nadie ha planteado jamás una teoría sobre la consciencia que no pase de ser mera palabrería filosófica. Todavía nadie sabe como medirla o imitarla. A lo más se está llegando a localizarla en ciertas estructuras del cerebro humano.

En este punto entramos en una bifurcación filosófica, o incluso diríamos teológica. Como un robot es una imitación casi perfecta de un humano, debemos conocer, antes que nada, que tipo de criatura es un humano. Siendo más preciso aún, que es aquello que denominamos consciencia o alma; pues sin ella, un robot siempre será nada más que un títere: una caricatura pobre y ridícula de lo que un hombre realmente es.

SI EL HOMBRE TIENE ALMA

Entonces Jehová formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 2,7.

El conocimiento religioso y filosófico convencional de Occidente ha afirmado siempre que el hombre es la unión de dos entidades de naturaleza distinta: de un cuerpo y de un alma. Estas dos entidades conviven en un mismo espacio físico mientras la persona existe; mientras está entre los vivos. Al morir, el cuerpo se descompone y el alma viaja a regiones incógnitas. De ser esto cierto, entonces la razón nos dice que al crear un ser artificial se le deberá dar los mismos atributos que tiene el hombre. En este caso, será necesario proveerle no sólo de un cuerpo sino también de un alma.

Tenemos, entonces, un problema por partida doble, cuya primera parte, la creación de un cuerpo, ha avanzado un poco en los últimos tiempos, pero se trata sólo de los primeros pasos en un desarrollo tecnológico que podría tomar siglos para madurar; sino milenios. El segundo aspecto, sin embargo, se nos presenta como más complejo. Pues ¿Qué es el alma? Ante esa pregunta debemos declarar nuestra completa ignorancia, pues se trata de una entidad que por su propia naturaleza es inmaterial. Entonces. ¿Cómo medirla? ¿Cómo pesarla? ¿Cómo podríamos hacer un modelo de ella para entender su funcionamiento? Y si al final pudiéramos vencer esas dificultades nos encontraríamos con la desagradable sorpresa de que no tenemos la menor idea de que se necesita para construir una entidad inmaterial.

Concluimos entonces que, si el hombre tiene efectivamente un alma, jamás podremos hacer entidad alguna que se nos asemeje. Ese camino está definitivamente bloqueado. Solo Dios es capaz de transmitir el aliento vital; de crear almas.

En consecuencia, si todavía creemos que se puede construir un robot inteligente, no nos queda más recurso que desistir de la teoría del cuerpo y alma, y abrazar la idea de que el hombre no es más que un robot biológico.

SI EL HOMBRE ES UNA MÁQUINA

El cerebro no es más que una máquina de carne.

Marvin Minsky, investigador líder en el campo de la Inteligencia Artificial.

La idea es que el hombre no es más que un robot biológico. Vale decir, que es una máquina dirigida por el DNA, y controlada por un sistema nervioso, que funciona de la misma manera como lo hace un circuito electrónico. Si eso fuera verdad, para construir la mente de un robot bastaría con copiar al modelo: el cerebro humano. Se trata del sueño del *reduccionismo*, que pretende que todo se puede comprender estudiando las partes fundamentales de las cosas.

Hace unas décadas atrás, en una era en la que el término *cibernética* estaba muy extendido, se pensaba que para copiar el cerebro bastaba con mirar desde afuera la manera en que operaba. Lo que ocurría dentro del cráneo era irrelevante. O, usando el término de la ingeniería, se trataba de una *caja negra*. Para imitarlo bastaba con estudiar detenidamente como reaccionaba a los estímulos, y desarrollar un modelo que lo imitara. Con esa idea en mente se uso el computador digital como el soporte físico de los modelos del cerebro.

No obstante, con el paso del tiempo los investigadores se dieron cuenta que el problema los superaba con creces. Faltaba más conocimiento de apoyo para seguir investigando. Se requería una comprensión más clara de la forma en que funciona la mente, pues en caso contrario no sería posible simularla. En resumen, los investigadores se percataron que el estudio de la mente es el desafío más complejo al cual se ha enfrentado el intelecto humano. En comparación, ramas tan complejas como la física moderna parecen mucho más fáciles de comprender. Solo entonces los investigadores se dieron cuenta de lo evidente: que la única manera de crear mejores modelos del cerebro era conocerlo mejor.

Y es precisamente en ese punto donde radica el mayor problema: a pesar de todos los avances, es muy poco lo que realmente se conoce del funcionamiento del cerebro humano. Se sabe que está constituido principalmente por tejido nervioso de un tipo especial, llamado neurona. También se sabe que hay mecanismos químicos que regulan el funcionamiento de las neuronas. Además, se conocen algunas de sus operaciones básicas, tales como los métodos de propagación de las señales en las redes nerviosas, y la localización de algunas actividades mentales básicas. Entre éstas últimas, hoy conocemos los centros que se encargan de: la interpretación del lenguaje, el control de movimientos, el procesamiento visual, y otros.

Ahora bien, ese nivel de conocimiento es claramente insuficiente para lo que se requiere en la construcción de un robot. He aquí una breve lista de las cosas que todavía no se conocen, y que son imprescindibles para crear una mente artificial. A modo de ejemplo, se desconoce los mecanismos que usa la mente para segmentar los objetos que aparecen en una fotografía del fondo de la misma, por lo cual los programas que tratan de imitar el proceso cometen muchos errores, aún en las imágenes más sencillas. Esta misma dificultad se aprecia en muchas otras situaciones, como en el caso del la detección de una

palabra en un flujo continuo de voz, o en la resolución de problemas con información ambigua o incompleta. Todas estas técnicas son necesarias para construir programas que sean capaces de hacer cosas tan simples como reconocer un árbol, entender una lengua con fluidez en un ambiente ruidoso, o planificar el movimiento de los músculos en la simple acción de apretar un botón.

Es más, a medida que la IA ha desarrollado modelos de procesos mentales, en áreas como la interpretación del lenguaje y el reconocimiento de imágenes, ha quedado claro que el cerebro es muy superior a la máquina en la resolución de las tareas más sencillas, en especial en la habilidad de reconocer patrones.

Algunas cosas que para el hombre son triviales y automáticas resultan en extremo complejas para los programas de una computadora digital. Tal es el caso de los siguientes procesos: interpretación del significado de frases en la escritura corriente; determinación de las profundidades en una fotografía normal, usando para ello sólo los datos del sombreado y textura de los objetos retratados; y aprender la estrategia en juegos como el ajedrez, el go y otros.

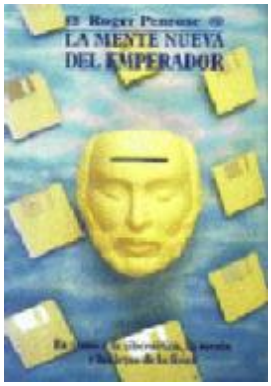
En el último proceso, si bien a los programas de juego actuales se les dota de cierta flexibilidad, las técnicas actuales, llamadas de aprendizaje, consisten sólo en el ajuste de valores en un rango limitado de posibilidades, más allá de los cuales el programa no puede progresar. Para hacerlo se debe proceder a la reprogramación. Vale decir, estamos ante la presencia de un grado de flexibilidad demasiado bajo.

En forma inocente muchos claman que el problema se debe solamente a la falta de capacidad de cálculo de los computadores actuales, pero eso no es tan cierto. En efecto, si consideramos sólo los desplazamientos de las señales electroquímicas a través de las neuronas nos daremos cuenta que los computadores modernos, lejos de ser más lentos, son mucho más rápidos que los procesos neuronales. De depender la inteligencia sólo de la velocidad para desplazar señales eléctricas, las computadoras deberían haber superado al cerebro hace mucho rato.

Es más, existe un factor en el cual el cerebro parece ser muy superior a cualquier circuito de computadora. Se trata de la habilidad que tienen las neuronas para relacionarse con sus hermanas, en tres dimensiones, mediante millones de enlaces entre sí. Estos enlaces, a diferencia de los circuitos integrados, son muy flexibles, y cambian con el proceso de aprendizaje. El cerebro es un organismo que se autorregula de una manera tan compleja que se escapa, por ahora, a la comprensión humana. En comparación, la computadora se nos presenta como una máquina rígida y relativamente simple.

Es más, hay quienes han planteado –como **Roger Penrose** en su libro *LA MENTE NUEVA DEL EMPERADOR*– que el cerebro puede todavía depararnos

sorpresas. En particular se sospecha que en algunos de sus procesos podrían estar involucradas operaciones de mecánica cuántica. Si esto fuese así, el cerebro humano sería un tipo bien especial de computadora cuántica, la que lleva a cabo operaciones que la ciencia todavía no sabe realizar; ni siquiera en teoría.



Es posible que estas y otras incógnitas se resuelvan en las próximas décadas, pero bien podría ser que el misterio se prolongara algunos siglos más. En todo caso es razonable pensar que llegará el día en el cual la IA, y las ciencias cognitivas, serán capaces de construir modelos con la habilidad de simular el pensamiento. Poco después de ese logro sería posible desarrollar verdaderos robots al estilo de la Ciencia Ficción.

Sin embargo, antes que se pueda crear un ser artificial se debe resolver un problema aún más complejo que la simple simulación del pensamiento humano. Se debe conocer que es lo que hace que un animal o un humano sean sensibles a su ambiente. Cual es la razón de que un animal sienta dolor, frío, calor y miedo; en resumen, se deberá conocer lo que es el *ser*; y que se requiere para crear no sólo una simulación de mente, sino una existencia. Es posible que se resuelva el problema de la inteligencia sintética sin que se llegue a resolver el enigma del *ser*. Si así ocurriese, los seres cibernéticos que el hombre construya jamás tendrán consciencia.

CONCLUSIÓN

¿Llegaremos alguna vez a construir un robot de verdad? ¿Existirán en el futuro no sólo simuladores de pensamiento sino que verdaderas entidades artificiales sensibles; verdaderos seres sintéticos? No lo sabemos. Sospecho que la respuesta puede ser negativa. Sin dudas llegaremos a crear entes cibernéticos que *parezcan* ser seres humanos; perfectos imitadores de nuestro comportamiento, con habla, modos y caminar perfectos, y que incluso simulen emociones.

Ese tipo de robots estarán disponibles quizás en trescientos o más años. Pero es muy diferente el imitar la posesión de conciencia a realmente tenerla. Un dibujo digital en una pantalla de computadora puede parecer un ser artificial, pero solo es el reflejo de un programa de software. Otro ejemplo más gráfico es el de un loro que imita la voz humana pero que no comprende el significado del habla. Del mismo modo, un robot podría limitarse a imitar las acciones externas de los seres vivos, sin estar consciente en absoluto. Por todo lo anterior, la respuesta a la pregunta del advenimiento del robot debe limitarse a un estricto y doloroso *tal vez*. Quizás se trata de un sueño inalcanzable, o quizás la solución esté a la vuelta de la esquina.

Sin embargo, sea el resultado de esta búsqueda positivo o negativo, el robot, el ser cibernético, permanecerá con nosotros en lo profundo de nuestra mente como un arquetipo universal, y siempre será el espejo que refleja nuestro propio ser.

© *Omar Vega*

FRANCISCO MIRALLES
(1837-?)

Ingeniero, artista y escritor. Nació en Santa Cruz de Colchagua, el 4 de Octubre de 1837. Cursó matemáticas y ciencias naturales en el Instituto Nacional y la carrera de ingeniero en la Universidad. Se graduó de ingeniero en 1856 y fue nombrado miembro de la Comisión Geodésica. Poco más tarde fue nombrado para igual puesto en el Ferrocarril del sur. Adicto a las bellas artes, se dedicó después a la pintura y a la fotografía, siendo inventor de un sistema original de retratos al óleo. En el género del retrato ha sobresalido como pintor. En 1874 hizo publicar su descubrimiento científico de extraer agua potable del mar, a un precio más bajo que el que producían las máquinas destiladoras. En 1877 se reveló escritor ilustrado, ingenioso y original, publicando una serie de artículos de costumbres en forma de romances, describiendo personalidades notables de nuestro mundo político, en el diario *La República*, suscritos bajo el seudónimo de *Saint Paul*. En 1879 insertó en *El Nuevo Ferrocarril*, diversos artículos literarios, haciendo, la semblanza de las personalidades de la época que más culminante figura hacían en las letras y en la política. Su pluma de crítico y biógrafo era tan hábil como su pincel de retratista. Los más gráficos artículos que se han publicado en nuestra prensa describiendo la fisonomía moral e histórica de **Amunátegui** y de **Echaurren**, se deben a la pluma ingeniosa de **Miralles**. En la *Revista Chilena*, publicó un interesante estudio relativo a *LA TEORÍA DE LOS COLORES* y su novela *AVELINA* que mereció un ameno juicio crítico del galano colorista literario **Pedro Antonio Pérez** [*Kefas*]. Colaboró con admirables artículos de diversa índole literaria en *Los Tiempos*, *La Patria*, *Las Novedades* y *El Ferrocarril*. De sus escritos más notables podemos citar los intitulados *LA PINTURA EN CHILE*; *JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ*; *MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI* y *EULOGIO ALTAMIRANO*. Sostuvo una brillante polémica literaria sumamente curiosa, en *La Patria* de Valparaíso, con don **Eduardo de la Barra**, sobre literatura y artes, en la que decía que el ilustre poeta chileno se había retratado de **Lord Byron** porque creía tener la encarnación de su alma genial. En 1877 dio publicidad a un original y ameno libro, de ingeniosa fantasía, con el título *DESDE JÚPITER*[2]**,** especie de sueños idealistas como las imaginaciones filosóficas y astronómicas de **Flammarion**. Talento raro, poseía cualidades extraordinarias de artista y literato, como dotes de imaginación y fantasía verdaderamente originales, pintando con la pluma y el pincel las bellas creaciones de su inspiración y de su ideal.

[Reseña publicada en el libro: Diccionario Biográfico de Chile, 1880]

---

[2] Posterior a esta biografía, en el año 1883, **Miralles** publicó una 2ª ed^{on} de esta novela *DESDE JUPITER*, que es la que ha llegado hasta nuestros días en la Biblioteca Nacional. Podemos por tanto suponer que la obra tuvo cierto éxito en su tiempo.

El rincón del lector

A PROPÓSITO DE LA VISIÓN DE LUIS SAAVEDRA

por Moisés Hassón

Luís Saavedra

Mi muy querido amigo **Luis** (alias *Lucho*) ha escrito un detallado artículo con su visión sobre el devenir del fándom chileno en la década de los 90 del siglo pasado. Es, por cierto, una visión cariñosa de quién ha luchado innumerables batallas, recibido incontables apodos y asumido con pasión algo que finalmente es una afición.

Yo lo vi desarrollarse y, cual moderno Quijote, luchar contra molinos de viento. Al publicar su fanzine, y conociendo las experiencias anteriores que yo tuve al publicar *Nadir*, asumió que sería imposible venderlo y *Fobos* era declaradamente obsequiada. Aún cobrar un estipendio mínimo es imposible, y las marginales tiradas de *Nadir* lo confirmaron hasta el cansancio.

Editado por SOCHIF, incluye una conferencia de Luis Saavedra V.

Sam Moskowitz

Leyendo el largo artículo y su descripción de las batallas, desencuentros, encuentros y eventos me parece estar en presencia del **Sam Moskowitz chileno**. **Sam** puso por nombre a su libro *LA TORMENTA INMORTAL* describiendo con puntilloso y amoroso detalles la historia del fándom norteamericano. Tal vez **Luis** pueda transformar su artículo en un libro titulándolo *LA TORMENTA INFERNAL*.

Nueva Dimensión inmortalizó a aquellos fans que no hacían ningún gesto por la CF como aquellos de *gordos culos* que no podían ni escribir una carta. Pues si, en Chile también tenemos muchos de esos. Por suerte el esmirriado **Luis** no era de esos. Su espíritu de lucha, su lengua insosegable, su dispendiosa generosidad, lo transformaron por mérito en el protagonista del fándom nacional.

M. Hassón en 1987

Y hablando y escribiendo **Luis** ha terminado en algo que el mismo no reconoce: historiador. Pues sí, él que dice solo **Moisés** puedo serlo, se transforma por mérito propio en uno más. Queda tan palpable al leer sus líneas. El detalle, el guiño a los asistentes, todo, todo ello hace *de* ***SU his-***

toria, LA historia del fándom en la década descrita.

Hoy en mi retiro observo la llama del fuego que alguna vez impulsó parte de mis acciones. Veo que otros toman esa antorcha y avanzan con ella.

Salud, **Luis**. Larga vida al fándom.

© *Moisés Hassón*

Noticias

ÁNGEL TORRES QUESADA, PREMIO GABRIEL

La Junta de la AEFCFT ha acordado la concesión del Premio Gabriel a D. **Ángel Torres Quesada**. Este premio, creado en 1991, tiene un carácter extraordinario, pues no se otorga anualmente y reconoce la labor de toda una vida en el campo de la fantasía, la ciencia ficción y el terror en España. El Premio Gabriel se entregará a D. **Ángel Torres Quesada** el 6 de noviembre durante la cena de clausura de GADIR2K4-XXII HISPACÓN, en el Palacio de Congresos de Cádiz.

Ángel Torres Quesada (Cádiz, 2-4-1940) publicó su primera novela, *UN MUNDO LLAMADO BADOOM*, en 1963, constituyendo el número 233 de la colección Luchadores del Espacio de Editorial Valenciana. Distinguido como uno de los nuevos valores en 1967, cuando incluyó *EL HOMBRE DE LA ESFERA* en la Antología española de ciencia ficción (Edhasa), no fue hasta 1970 cuando vería publicada su segunda novela, *LA AMENAZA DEL INFINITO*, en la colección *La Conquista del Espacio*, de Bruguera. En dicha colección y más tarde en *Héroes del Espacio* y *Galaxia 2000*, alumbraría una de las sagas por antonomasia de la ciencia ficción española: *El Orden Estelar*, reeditada actualmente por Ediciones Robel con la consideración de clásico que merece.

Aunque por entonces ya se había popularizado su seudónimo de **A. Thorkent**, que por política editorial hubo de emplear en docenas de novelas, **Ángel Torres Quesada** firmó con su verdadero nombre algunas obras con las que apuntaba hacia otros horizontes. La Trilogía de los Dioses, que vio la luz en 1980 y 1981 en las páginas de Nueva Dimensión, sólo se editó en parte, con *DIOS DE DHRULE* y *DIOS DE KHERLE*, sin que apareciese la tercera entrega, *DIOS DE LA ESFERA*, hasta 2002, ya integradas las tres en un solo volumen.

En 1989 Ultramar publicó La Trilogía de las Islas, que comprende *LAS ISLAS DEL INFIERNO*, *LAS ISLAS DEL PARAÍSO* y *LAS ISLAS DE LA GUERRA*. Su éxito crítico y comercial fue muy importante siendo reeditada también por Timun Mas y gozando de continuación en WHYARGA (Miraguano).

En 1991 Torres Quesada obtuvo ex aequo el Premio UPC por *EL CÍRCULO DE PIEDRA*. Posteriormente publicaría otras novelas, bien cortas como *UN PARAÍSO LLAMADO ARA* (Espiral), *SOMBRAS EN LA ETERNIDAD* (Artifex Estelar) o *LOS SICARIOS DE DIOS* (PulpEdiciones) o de mayor extensión como *LA DAMA DE PLATA*, en la editorial Júcar, *LOS VIENTOS DEL OLVIDO*, en Gadir, y *LAS*

GRIETAS DEL TIEMPO, en Silente. Cuarenta y un años después de su primer título, **Ángel Torres Quesada** cuenta con más de 124 novelas en su haber.

[**Fuente:** AEFCFT]

COMUNICADO DE LIBRO ANDRÓMEDA CF

Con la finalidad de homogeneizar y equiparar en importancia la futura línea de novela corta con la ya tradicional edición de relatos dentro de la colección Libro Andrómeda, se amplía la convocatoria del Premio Andrómeda 2005 de Ficción Especulativa con una nueva categoría de novela corta.

En años posteriores ambas categorías se convocarán simultáneamente.

PREMIO ANDRÓMEDA
2005
de Ficción Especulativa

CATEGORÍA DE NOVELA:

1.- **Temática libre**. Se abre la recepción de originales de novelas inéditas escritas en castellano y no premiadas en otros concursos, ni presentadas con igual o distinto título a otro premio literario pendiente de resolución, que se puedan enmarcar dentro de los géneros de ciencia ficción, fantasía y terror. **La temática será libre.**

2.- La recepción de originales está abierta hasta la **fecha límite del día 30 de Julio de 2005**. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha.

3.- Se admitirá un sólo texto por autor por cada categoría de participación. **La categoría de novela es independiente de la categoría de relato. El escritor que lo desee puede competir en ambas categorías.**

4.- Extensión de las obras. Se aceptarán obras redactadas con letra de la familia Times, cuerpo 10 a 12, con una extensión de 80 a 120 páginas escritas a interlineado simple. Existe un margen de tolerancia (-10 % por defecto respecto al límite inferior y +10 % por exceso respecto al límite superior), dentro del cual las obras no se rechazarían.

5.- Los originales han de presentarse obligatoriamente en papel (una impresión de la novela remitida por correo postal) y también en soporte electrónico ya sea por e-mail o en disquete que acompañe a la copia impresa. Los originales deben dirigirse a:

Claudio Landete Anaya
Los Álamos, 10, bajo 1
Mataró 08301 España
libroandromeda@hispavista.com

6.- Se concederá un trofeo conmemorativo a la obra ganadora y a la finalista, si la hubiese. La clasificación de ganador o finalista conlleva la publicación individualizada de la obra en un libro en exclusiva para cada novela dentro de la colección **Libro Andrómeda-Ciencia Ficción**, así como la correspondiente cesión de los derechos de publicación por parte de los autores por una única vez.

7.- Los trofeos conmemorativos son una donación personal del escritor Claudio Landete Anaya en el deseo de consolidar un premio literario anual vinculado a la colección **Libro Andrómeda-Ciencia Ficción,** de la cual es el responsable editorial.

8.- El compromiso de edición por parte de la colección **Libro Andrómeda-Ciencia Ficción** sólo abarcará a la novela ganadora y a la finalista, si la hubiese. La publicación se realizaría dentro de los 15 meses posteriores al fallo del jurado, renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo. La colección **Libro Andrómeda-Ciencia Ficción** no editará el resto de obras presentadas a concurso.

9.- Dadas las características especiales de esta convocatoria, sólo se establecerá correspondencia con los autores premiados, una vez levantada el acta del veredicto por parte de los miembros del jurado.

10.- El jurado del Premio Andrómeda 2005 de Ficción Especulativa está formado por Judith Vives, Isidre Fontanet, Abel Rogés y Claudio Landete. **El acta del jurado se hará pública el día 14 de septiembre de 2005 e incluirá datos de participación y procedencia geográfica de las obras.**

11.- Los autores editados recibirán varios ejemplares de la publicación de su novela, y un ejemplar los suscriptores de la colección **Libro Andrómeda-Ciencia Ficción.**

12.- El autor debe firmar su narración y adjuntar sus datos personales: Nombre completo, número de identificación personal, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico de contacto. Los formatos de texto aconsejados son: Word para PC, Worperfect 5.x o ASCII.

13.- Cualquier imprevisto no contemplado aquí será resuelto por la organización de este concurso.

14.- La remisión de originales para concursar en el **Premio Andrómeda 2005 de Ficción Especulativa en categoría de novela**, supone la aceptación de estas condiciones.

[**Fuente:** Claudio Landete]